Periodista, Poeta y Educador

La faceta pedagógica de Nicomedes Guzmán

Alfredo Gómez Alcorta

Periodista, Poeta y Educador
La faceta pedagógica de Nicomedes Guzmán

Alfredo Gómez Alcorta

Editorial
Quilimarí

"Periodista, Poeta y Educador: la faceta pedagógica de Nicomedes Guzmán".
Alfredo Gómez Alcorta
1era Edición
Colección Educación

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

Editorial Quilimarí
Edison 4649, Santiago

Registro Propiedad Intelectual N° 2022 A-6678

ISBN: en proceso
Edición de 500 ejemplares

Imagen de portada: Diseño imagen de Nicomedes Guzmán (Memoria Chilena). Nicomedes Guzmán, hacia 1945. Imagen de Domíngo Ulloa. Fuente: http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-69235.html

Producción: Gráfica Ediciones Quilimarí

Impreso en Chile 2026
Versión Digital: 2026

Proyectaron esta edición: Alfredo Gómez Alcorta

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons. Reconocimiento No comercial. Sin Obra Derivada 4.0 Internacional (CC By NC DN 4.0)

Alfredo Gómez Alcorta

Licenciado en Historia del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile. Profesor de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Gabriela Mistral. Licenciado en Educación, Universidad Gabriela Mistral. Diplomado en Historia Indígena de la Universidad de Chile. Diplomado en Didáctica de las Ciencias Sociales de la Universidad Alberto Hurtado. Diplomado en Humanidades y Artes de la Universidad Gabriela Mistral. Diplomado en Gestión Educacional, PUC - Graduate School of Education Penn GSE. University of Pennsylvania; Magister en Historia, Universidad Gabriela Mistral. Doctor en Educación UBO y Doctor en Educación©, Universidad Privada de Tacna, Perú. Autor de Diversos artículos y libros de especialidad.

Sus publicaciones se han orientado al desarrollo de la enseñanza de la didáctica de la historia, destacando: "Un camino de aproximación a las Ciencias Sociales: la didáctica museográfica" En Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela. ISBN 1316-9505 Enero-Diciembre Nº 9. 2004: 143-168; "Saber escolar y didáctica museográfica: algunas reflexiones y una propuesta metodológica" En Revista de Pedagogía. FIDE. ISSN: 0716-548X. Nº 337-438-439 Mayo-Octubre, 2005; Saber escolar y didáctica museográfica: reflexiones", Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales, Nº 11 - (2006) enero - diciembre 2006: 193-232. En el ámbito histórico sus trabajos se han orientado a la arqueología histórica hispano colonial y la etnohistoria, destacando "Arqueología histórica en Chile. Un modelo de construcción del pasado histórico mediante la empiria arqueológica". 51º Congreso Internacional de Americanistas. International Congress of Americanists, Sumillas del Simposio Archaeology and Phisical Antropology, Arq-15 "Hacia unateoría de la arqueología histórica", 2003; y Antecedentes para la Desmitificación Historiográfica de la "Frontera Pacífica". La Rebelión Mapuche de 1834-1835: el Estado-Nación Chileno Versus el Enemigo Bárbaro. Reedición. Mapuche Documentation Center, Ñeke Mapu. Department of Sociology. Uppsala University. Uppsala, Sweden. ISBN 91-89629-04-3. Autor de libros de especialidad entre los que se pueden mencionar "Bernardo O'Higgins: retrospectiva histórica y herencia del Padre de la Patria", LOM Ediciones y Universidad Bernardo O'Higgins (2009), "Epistolario de don Bernardo O'Higgins", Tomos I y II, Santiago, LOM Ediciones y Universidad Bernardo O'Higgins (2011) y "Documentos para el estudio de la República: El Primer Congreso Nacional de Chile de 1811", Santiago, LOM Ediciones y Universidad Bernardo O'Higgins (2011); "Historia de la Higiene y la salubridad Militar. Hospital Militar de Santiago" (2018); "Bernardo O'Higgins y el orden republicano", Ediciones UBO (2022) y "Atlas Histórico de América. Pueblos Originarios" del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, donde se consigna el aporte de "Adecuaciones y ajustes socio-demográficos". Pág. 165-190. Volumen I. Publicación N° 558. Coordinación de Luis Valenzuela Olivares. Instituto Panamericano de Geografía e Historia y Universidad Andrés Bello. Se desempeña como docente de universidades nacionales como las Universidad de Santiago y la Universidad San Sebastián. Ha publicado en Google académico, research.gate y academia.edu, plataforma en la que constan 35.647 visualizaciones de sus trabajos, colocándolo en el top 3% de investigadores usuarios de la plataforma con 1.070 citas a diciembre de 2024.

Un proyecto pedagógico

En una aproximación al proyecto del Boletín de Informaciones y Prácticas Pedagógicas Escolares de la Sección Pedagógica de la Dirección General de Educación Primaria y del Departamento Pedagógico del Ministerio de Educación, nos permitió identificar un material significativo de Nicomedes Guzmán, publicado a inicios de los años 50 para el magisterio. Invitado por su director, el profesor Víctor Gómez Chaparro, se desarrolló un aporte tendiente a la descripción de la poesía nacional y la identificación de los representantes nacionales de la cultura popular. Aquí se expresa la faceta pedagógica de Nicomedes Guzmán, al incorporar al ideario docente el abordaje de "sujetos populares" con integridad y perspectiva socio-histórica.

La obra en comento se ha trabajado de forma sistemática. El Boletín de Informaciones y Prácticas Pedagógicas Escolares de la Sección Pedagógica de la Dirección General de Educación Primaria y del Departamento Pedagógico del Ministerio de Educación fue un proyecto pedagógico-gremial. Desarrollado por el Ministerio de Educación de la última fase del período del gobierno del Frente Popular. Contiene perspectivas gremiales y perspectivas militantes que responden al período en que se gestó. Pero también es un proyecto cultural, por ello toma más relevancia la participación del poeta Nicomedes Guzmán, desarrollando un foco decisivo en torno al cultivo de la identidad nacional y el fomento de la cultura popular- Su información es de un invaluable valor pedagógico, para comprender indicios de una identidad narrativa. El Boletín de Informaciones y Prácticas Pedagógicas Escolares es una publicación serial de 42 números que contiene numeras publicaciones referidas a las prácticas pedagógicas de docentes de las diversas disciplinas de educación primaria. Conservándose muy fragmentariamente en los últimos 70 años, hemos reconstruido la obra completa y nos encontramos trabajando sus diferentes abordajes pedagógicos, representando una valiosa fuente para la Historia de la Educación chilena, ya que nos permite identificar antecedentes teóricos-metodológicos de la formación pedagógica y del escenario de la práctica pedagógica del período, comprendiendo problemas como su interacción que los instrumentos curriculares y las diversas herramientas de valor normativo que los gobiernos de la época emitieron.

Los textos que aportó el poeta han sido transcritos literalmente modificando aspectos muy marginales como errores tipográficos y se ha modernizado el uso de los acentos. A la vez, se ha incluido de forma correlativa, los dibujos en tinta elaborados por el ilustrador Osvaldo Salas Veas, para sus artículos. Ellos han sido trabajados digitalmente para mejorar su aspecto general y permitir su apreciación estética en su real dimensión, ambos representando un aporte contundente a la formación de alumnos y profesores, así como al desarrollo de las letras del país.

Oscar Nicomedes Vásquez Guzmán - **Nicomedes Guzmán (1914 – 1964)**

Oscar Nicomedes Vásquez Guzmán fue hijo de Rosa Guzmán Acevedo y Nicomedes Vásquez Arzola. Su identidad popular y proletaria la amasa en una vida marcada por el trabajo y el esfuerzo por sobrevivir. Sus tiernos años en el Barrio Club Hípico de Santiago de Nueva Extremadura, al sur de la ciudad, le marca su vida en el sector poniente, en Barrio Mapocho, lo que fue conocido como los suburbios de Santiago, desde donde lleva a las letras la identidad proletaria, la imagen de la familia y su esfuerzo por sobrevivir en los años en barrio Mapocho.

Su identidad popular y su profunda vocación humanista y social lo identifican como uno de los miembros más notables de la generación literaria del 38; tras su publicación de "La ceniza y el sueño" ese mismo año.

Retrato de Nicomedes Guzmán en su juventud. Fuente: Memoria Chilena.
Referencia: http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-758.html

Oscar Nicomedes Vásquez Guzmán pasa a llamarse Nicomedes Guzmán en busca de una identidad artística. Su profesión es periodista, y se desenvuelve en los círculos literarios y bohemios santiaguinos como un intelectual marxista lleno de ideas revolucionarias y fuerza transformadora que no eran más que esperanzas por un mundo donde la pobreza no fuera el signo de la existencia de los hombres. Él llega al Ministerio de Educación Pública a trabajar en el escenario de la educación de adultos, pero se transforma en un temprano colaborador en el *Boletín de Informaciones y prácticas Pedagógica*s y traba amistad con Víctor Gómez Chaparro. Allí se desarrolla la convergencia de experiencias, miradas profesionales y perspectivas intelectuales más atractivas del segundo tercio del siglo, ya que los aportes poéticos y la prosa de Nicomedes Guzmán se va a canalizar a la entronización de la difusión de la cultura del mundo popular a los profesores normalistas del país. Además, Nicomedes Guzmán fue un gran dibujante, y aparentemente el mismo ilustró sus páginas de prosas, o las ilustrara con la colaboración artística de Víctor Gómez, a la sazón director de la Revista, pero dibujante y pintor, habilidades refrendadas por su estudio en la Academia de Artes de Santiago. Guzmán es una bisagra entre la vanguardia artística de la primera mitad del siglo XX, ya que es consignado como integrante fundamental de la Generación Poética del año 38, y se relaciona con el equipo de profesores normalistas que integran esta vanguardia tardía de profesores normalistas intelectuales que escriben para el Boletín de Informaciones.

La obra literaria de Nicomedes Guzmán es parte integral de la memoria colectiva de los Santiaguinos, sobre todo de las poblaciones populares y en particular de los más pobres, llegando a representar una literatura realista e inquietante que llega a rozar la brutalidad y la inhumanidad a la que son sometidos quienes subsisten en el contexto de la deprivación más aberrante y vergonzosa para el conjunto de la sociedad. La obra literaria de Nicomedes Guzmán no deja indiferente a nadie; algo le debe a las obras de Oscar Castro y "*La vida simplemente*", pero no esconde su vocación social y su compromiso político. Guzmán no es querido por toda la sociedad nacional, ni es un literato celebrado por todos, ya que muestra aquello que la sociedad no desea ver, enrostrándole su indolencia y su incapacidad de enfrentar su propia miseria.

Su obra "*La sangre y la esperanza*" representa su mayor y más conocida creación, redime los valores humanos y el informa a la oligarquía nacional que los pobres tiene alma y voz propia. Pero el literato y poeta no dejará de ser un marginal para la sociedad santiaguina y nacional, ya que comparte el pecado original de la pobreza, ya que nunca abandonó su barrio, y el de ser un marxista sin redención. Su temprana muerte, creemos, lo eximir de una sumaria ejecución en el contexto de la Dictadura Militar, no obstante, su obra fue sancionada, silenciada e invisibilizada. Como experiencia personal, los libros marxistas y, entre ellos las ediciones de Guzmán, se escondían en el entretecho, en el espacio del polvo y las ratas, por el medio a sufrir un allanamiento y ser delatados por los libros. Una ridiculez en estos tiempos, sin embargo, es difícil ponderar el miedo de los protagonistas de esa época. Regresando a nuestro autor, Guzmán ha sido redescubierto en las últimas décadas

y revalorizado, quedándonos la tarea de redescubrir parte de su obra como se hace en este esfuerzo de investigación.

Nicomedes Guzmán aborda los problemas sociales de su época en propiedad y con dignidad. No aquella auto conferida por el intelectual, sino por la justificación moral del sobreviviente que cuenta los terrores que sobre lleven en una infancia llena de sufrimiento, cuyo olvido demandó esfuerzos dramáticos e infructuosos que lo hicieron caer en el alcohol. Es el autor proletario por excelencia y cuyos laureles no se pueden ganar, se sobrellevan en el peso de la desdicha de tan amarga experiencia. Su vida su breve y falleció demasiado pronto, ya que vivió poco más de medio siglo, dejando como herencia una obra inquietante y en espera de ser revalorizada como una fuente cultural, artística e histórica de la sociedad urbana de la primera mitad del siglo XX.

Retrato de Nicomedes Guzmán en su juventud. Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Nicomedes_Guzmán#/media/Archivo:Nicomedes_Guzmán_ca._1944.jpg

Retrato de Nicomedes Guzmán. Fuente: Sociedad de Escritores de Chile. Fuente: Memoria chilena.

En torno a su abundante producción literaria, Venegas (2014) resume eficientemente la labor intelectual de Guzmán, a saber:

> "*Es autor de las novelas "Los hombres obscuros" (1939), "La sangre y la esperanza", (1943 y publicada en Buenos Aires en 1947) y "La Luz Viene del Mar" (1951); de conjuntos de narraciones o no velas breves: "Donde Nace El Alba" (1944), "La Carne Iluminada" (1945), "Una Moneda al Río" (1948), "Coin in the River" (1950) en Illinois, Estados Unidos, "Leche de Burra" (novela de bolsillo, 1953), "Una Moneda al río y otros cuentos" (1954, Illinois Estados Unidos), "El Pan Bajo la Bota," cuentos (1960); "La Por uña" y "Los trece meses del año" (1964, capítulos de novela inconclusa); y "Estampas Populares de Chile", crónicas (2007). Los escritores nacionales reconocen en Guzmán a un promotor excepcional de la literatura chilena, en general, y de los jóvenes autores, en especial, en talleres literarios, en municipalidades y universidades del país. Lideró obras editoriales tales como la antología "Nuevos Cuentistas Chilenos" Editorial Cultura (1941). "Antología de Baldomero Lillo" (1955), "Antología de Carlos Pezoa Véliz" (Poesía y Prosa, 1957); "Antología Autorretrato de Chile" (1957, recopilación de 50 autores chilenos). "Antología de Cuentos [de] Marta Brunet" (1962) "Antología de Cuentos Chilenos" (1969). Así mismo cumplió un rol fundacional del taller literario en Chile desde 1958, fue invitado observador de los similares realizados en Argentina y Uruguay participando en variados talleres literarios en Iquique, Rancagua, Concepción, Valparaíso y Punta Arenas. Además, fue invitado a dictar una gran cantidad de conferencias a lo largo de Chile. En 1944 obtuvo el Premio Municipal de Santiago, por su novela "La sangre y la esperanza" y en 1963 recibió el Premio Nacional del Pueblo*" (Venegas, 2014, p. 2).

Guzmán se involucró en el ejercicio de la difusión cultural para maestros normalistas. Entendía la urgencia y la importancia de la misión. No solo creó un puente para la enseñanza de la poesía, también estableció un puente para la difusión del alma popular chilena y la cultura rural. Realizó contribuciones sistemáticas a la Revista de Educación y al Boletín de Informaciones y Prácticas Escolares.

Nicomedes Guzmán y Jacobo Danke junto a mujeres y sus hijos, habitantes del lugar; en Mapocho N°2940, en puerta principal del cité o conventillo donde vivió Guzmán su infancia.1954. Fuente: Fundación Nicomedes Guzmán. Archivo del autor.

Nicomedes Guzmán La familia Vásquez Guzmán. Nicomedes está de pié, el primero a la derecha, año 1926.
Fuente: Fundación Nicomedes Guzmán. Archivo del autor.

Nicomedes Guzmán Con Neruda, Ma Elena Walsh, Rodolfo Araoz, Lola Perricolli, Jacinta Steimberg, Domingo di Rizzio y Enrique Cornejo (Penike), en Buenos Aires 1955.
Fuente: Fundación Nicomedes Guzmán. Archivo del autor.

Un escritor amargado que capta la perfección del mundo. Quizás más biuen un escritor que descubre la belleza allí donde ya no hay esperanza; redención donde no hay salida. Aborda la vida cotidiana de millones de personas y la muestra a los que no quieren escuchar, a los que no comprenden. Tempranamente Nicomedes entra al mundo del trabajo para ayudar a sus padres. Era el tránsito dramático y doloroso de:

> "*…dejar de ser niño ser niño sin ser un hombre todavía. Es una etapa dolorosa, de ingrato deambular porque deben nuevamente mudarse de sector, esta vez a la calle José Besa, cerca de Loyola, y él irremediablemente sufre la nostalgia de su entrañable barrio Mapocho*" (Vásquez, 2014, p.3).

Venegas (2014) expone sobre los principios de la escritura de Guzmán:

> "*…bondad, solidaridad y amor real y respeto por el prójimo, por el ser humano. Estos valores destacan en el hombre proletario quien, aunque frecuentemente abrumado por las carencias materiales, destaca en su genuina ternura, en su alto sentido de la justicia y de la libertad; lo cual nunca está ajeno a la organización, tan natural en medio de la lucha social*". (Venegas, 2014, p. 24).

1955, con Enrique Cornejo (Penike) sentado a la derecha.Con Pablo Neruda. Abajo, con su hijo Darío en ocasión de los 50 años del poeta,en Michoacán de Los Guindos, 1954. Fuente: Fundación Nicomedes Guzmán. Archivo del autor.

Nicomedes Guzmán con Luis Sánchez L (Filebo), Julio Moncada y tres de sus hijos: Darío, Florencia y Ximena, en casa del Nicomedes, Pezoa Véliz 730, Quinta Normal, 1945. Fuente: Fundación Nicomedes Guzmán. Archivo del autor.

Con otro grande Antonio Acevedo Hernández, 1943.Abajo: 1963 en San Miguel. Recibe el Premio Nacional del Pueblo. Con Raúl Morales A., Tito Palestro, Pablo de Rocka, Mario Ferreiro, Juan Godoy, Teófilo Cid, Nicomedes ya con su salud quebrantada, y Mahfud Massis. Fuente: Fundación Nicomedes Guzmán. Archivo del autor.

Boletín de Informaciones y Prácticas Pedagógicas Escolares. Sección Pedagógica. Dirección General de Educación Primaria y del Departamento Pedagógico. Ministerio de Educación. Santiago. Fuente: archivo del autor.

Portada del Boletín de Informaciones y Prácticas Pedagógicas Escolares. Sección Pedagógica. Dirección General de Educación Primaria y del Departamento Pedagógico. Ministerio de Educación. Santiago. Fuente: archivo del autor.

Nicomedes Guzmán se perfiló como uno de los más grandes intelectuales de la primera mitad del siglo XX. Encabezando una vanguardia intelectual a la que responde desde su creatividad artística progresista, abriendo nuevas lentes perceptuales en la literatura para aceptar a los "otros" invisibilizados por la indiferencia y el egoísmo. Su obra intelectual no se separa de su identidad social y política, y su actitud ante la sociedad. Su vida está enmarcada por una extraña coherencia en los intelectuales vanguardistas. La coherencia y eticidad de su obra son parte de su legado literario y poético. Respecto de su naturaleza íntima, Venegas (2014) expone:

> "*De allí que, por ejemplo, el poema Imagen tropieza en su deseo de esculpir música y hemistiquios perfectos en un pasaje que resulta peculiarmente paradójico: "Yo leo la poesía simétrica de tu alma". Cuando Croquis del Corazón no tenía más que una sola lectora, y luego de publicarse La Ceniza y el Sueño, la lírica pareció rendirse ante la narrativa y las respectivas declaraciones del escritor no hacían más que reforzar la idea. Sin embargo, la temprana porfía métrica del literato es la mejor pista para decir lo contrario. "Y hasta buscó, a la llegada de los crepúsculos, en los ojos turnios y legañosos de sus ventanas, el reflejo de sus largas barbas, antes de despedirse del mundo y de los hombres", reza el comienzo de La Sangre y la Esperanza, como si consistiese en la versión extendida del señero "cierra el ojo del día su párpado tremendo". Casi una década después del silencioso cuaderno, la resonante novela haría suyo algo más que el tema de aquel verso. Y es que el remate del párrafo encierra en prosa un alejandrino. Tantas veces relegado, Óscar puso al fin en primera plana dos hemistiquios perfectos, y llevó a puerto tal audacia diecinueve años "antes de despedirse/ del mundo y de los hombres*" (Venegas, 2014, p.23).

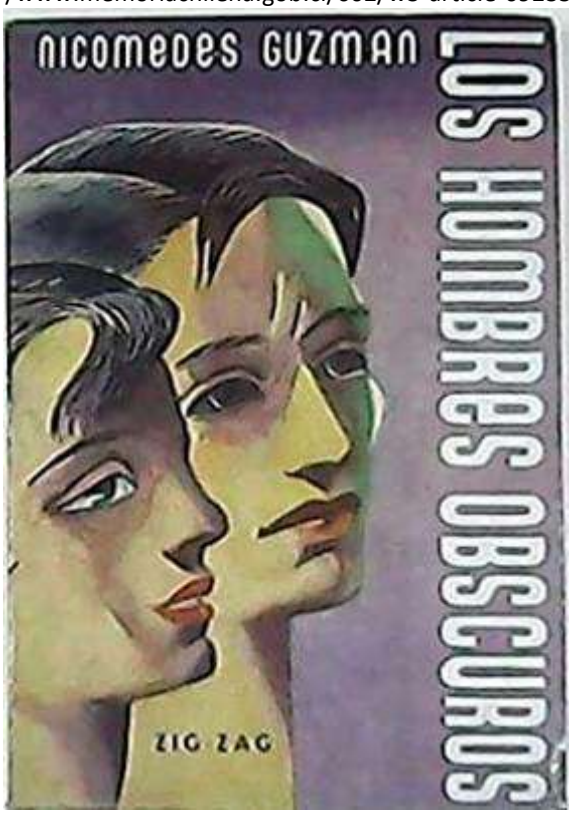
Fuente: Nicomedes Guzmán en una inauguración de una exposición artística.http://hitosdechile.blogspot.com/2012/07/nicomedes-guzman.html

El final de sus días estuvo marcado por una larga y temprana enfermedad. El sufrimiento no le dio paz al escritor, por lo que debió cargar con el peso y el dolor de su experiencia, sin olvidar su origen y su real identidad, un joven solitario que no encontró el cobijo que buscó toda su vida. Padre amoroso, político comprometido, trabajador riguroso, no encontró el desahogo al horror de la realidad. Vasques, (2014) expone en referencia al final de sus días:

> "*El 44 se metió a la Alianza de Intelectuales donde estaban Pablo Neruda, Francisco Coloane y Volodia Teitelboim. Siempre fue de izquierda y el Partido Comunista fue su referente. Había estado celebrando con sus hermanos y mi familia su cumpleaños y esa madrugada cuando yo estaba con mi mamá murió. Le escuché a mi madre Lucía Salazar que mi padre sentía que no iba a poder ir a Punta Arenas, muy querida por él y no ver el triunfo de Salvador Allende el 64. Murió al día siguiente de cumplir 50 años el 26 de junio de 1964 y el futuro presidente de Chile fue a su funeral. Como lo puedes ver en la imagen*" Vásquez, 2014: 32).

Nicomedes Guzmán. Fuente: Memoria Chilena.

Nicomedes Guzmán, hacia 1945. Imen de Domíngo Ulloa. Fuente:
http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-69235.html



Portada: Los hombres obscuros. Novela de Nicomedes Guzman. Editorial Zig-Zag, 1964, Santiago
https://es.wikipedia.org/wiki/Nicomedes_Guzm%C3%A1n

Nicomedes Guzmán. Última foto. 1966. Fundación Nicomedes Guzmán, Santiago de chile. Fuente: https://patriasia.vercel.app/post/nicomedes-guzman-poemas/

Como lo habíamos adelantado, el Golpe de Estado de 1973 y el advenimiento de una época de represión y violencia política, las obras de Nicomedes Guzmán sufrieron una censura implacable. Su carácter marxista las colocó en el terreno de la censura. La voz del pueblo fue silenciada hasta el olvido. Es así como, en portales de difusión comentan de manera asertiva que:

> "*Con la llegada de la Unidad Popular, la editorial Quimantú publicó 50 mil ejemplares de La sangre y la esperanza. Y sus novelas y cuentos aparecen en los textos y programas del Ministerio de Educación. Pero los libros de Guzmán saldrían de la primera fila de la literatura nacional con la llegada del golpe militar de 1973. "Bajo la dictadura fue eliminado de los programas escolares. En las hogueras que proliferaron con los allanamientos se vio arder La sangre y la esperanza junto a Los hombres oscuros y otros textos considerados subversivos",*

señala hoy el hijo de Guzmán, del autor que registró los sinsabores y alegrías del pueblo".[1]

En el año 1956, llevó a cabo una ambiciosa iniciativa en el que convocó a figuras como Luis Enrique Délano, Gabriela Mistral, Benjamín Subercaseaux, Homero Bascuñán, Jacobo Danke, Andrés Sabella Ernesto Silva, Raúl Carmona, Raúl Norero, Ricardo Latcham, Oreste Plath, Daniel de la Vega, Joaquín Edwards Bello, Augusto d´Halamar, Marta Brunet, Roberto Montandón. entre muchos otros. Proyectó la creación del libro "*Autorretrato de Chile"*, un recorrido por la geografía y el imaginario chileno a través de la mirada de múltiples de escritores nacionales.

Quienes, a través de la plástica, la prosa y los poemas bosquejarían al territorio nacional y la diversidad biogeográfica y de sus habitantes. La obra fue publicada, finalmente, por editorial Zig zag, en 1957 y reimpresa en 1974, en un formato moderno y fue publicado el "*Autoretrato de Chile*", una geografía poética que no ofendía a nadie y que calzaba con las perspectivas nacionalistas de la época.

La herencia intelectual de Nicomedes Guzmán se traduce en su gran trabajo como creador y editor de obras literarias donde profundizó su trabajo sobre el imaginario popular chileno y abordó los problemas del país desde una mirada que cultivaba su deseo de lograr en el país una anhelada la justicia social para todos sus connacionales. Representa el mejor rasgo de la vanguardia del 38 y de la modernidad literaria latinoamericana.

[1] Texto n: Wikipedia: enciclopedia libre. Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Nicomedes_Guzman Consultado: 07-08-2021

Ilustrando una visión poética: creador de belleza visual del trabajo de Nicomedes Guzmán

Osvaldo Salas Veas (1915–1999)

Osvaldo Salas Veas fue uno de los más destacados caricaturistas y artistas plásticos chilenos del siglo XX, cuya obra articuló con singular agudeza el humor político, la gráfica editorial y la reflexión crítica sobre la vida social y pública. Tras el golpe militar de Augusto Pinochet en 1973, se radicó en Costa Rica, país donde desarrolló una fecunda etapa de su trayectoria artística y periodística hasta su fallecimiento. A su llegada a Costa Rica, firmando con el seudónimo "Jano", comenzó a colaborar con la revista Excélsior entre 1975 y 1978, y participó activamente en el Salón de Caricatura de 1975, integrándose rápidamente al medio cultural y periodístico costarricense. Desde 1978 y hasta 1999, publicó de manera ininterrumpida en la sección editorial del diario La Prensa Libre, donde sus caricaturas —frecuentemente a color y en página completa— aparecieron bajo el título Pura vida, denominación que se consolidó como sello identitario de su espacio humorístico y que lo acompañó hasta el final de su vida. Paralelamente, sus trabajos fueron difundidos por Primera Plana, órgano oficial del Colegio de Periodistas de Costa Rica, entre 1986 y 1990, reafirmando su influencia y prestigio en el ámbito del periodismo gráfico regional.

Trayectoria y lenguaje gráfico

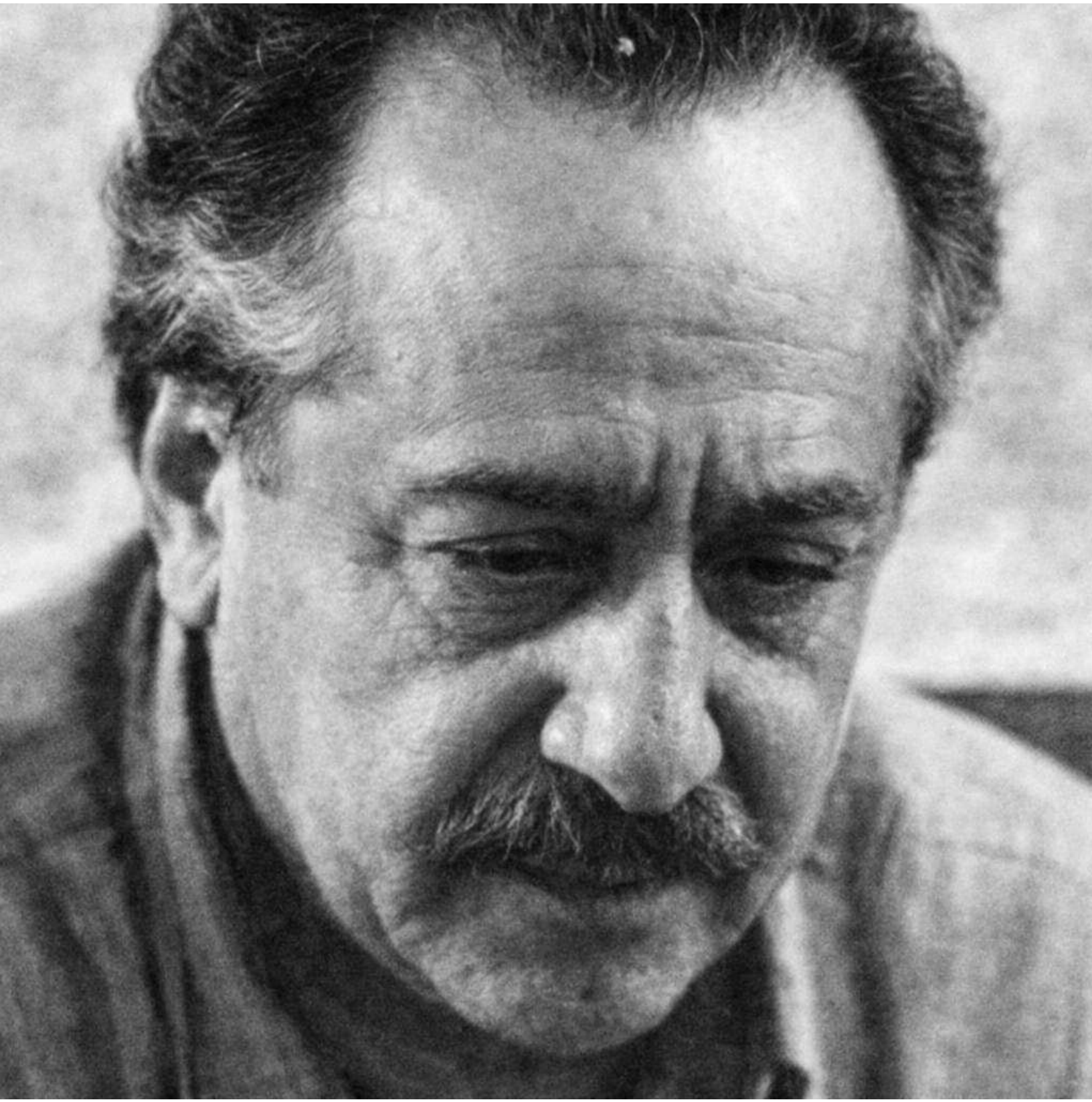
La carrera de Osvaldo Salas como dibujante gráfico se había iniciado en Chile, en el diario El Siglo, donde dio vida a su personaje más emblemático: Don Inocencio, o el hombre que creyó en las promesas electorales. Esta historieta política, publicada diariamente en portada y en medias planas o páginas completas —especialmente en ediciones de fin de semana—, se convirtió en un referente del humor político chileno de mediados del siglo XX. El humor de Salas se sustentaba en el lenguaje: el juego de palabras, la ironía, el absurdo y las expresiones populares constituían el núcleo de su propuesta estética y discursiva. Lejos del chiste superficial, su caricatura operaba como una forma de pedagogía crítica, capaz de interpelar al lector desde la sencillez aparente de la risa.

Formación y obra artística

Formado universitariamente en artes gráficas, con mención en grabado, Osvaldo Salas desarrolló una obra plástica amplia y diversa. Realizó más de quince exposiciones individuales y colectivas en Chile, Costa Rica y China, abarcando distintas disciplinas y géneros, entre ellos el grabado, el dibujo, la pintura y el cartel. Este último ocupó un lugar destacado en su producción, alcanzando en Chile un reconocimiento equivalente al de las artes mayores. Además de su labor como caricaturista y artista plástico, Salas ejerció como profesor universitario, diagramador, portadista e ilustrador de libros y revistas, contribuyendo de manera decisiva a la formación de nuevas generaciones y al desarrollo del diseño gráfico y editorial en ambos países.

Reconocimientos y legado

Su trabajo fue distinguido con importantes premios y reconocimientos internacionales. En 1967 recibió el Premio Nacional de Periodismo en Dibujo Periodístico, el máximo galardón otorgado en Chile en esta especialidad. Dos años más tarde, en 1969, obtuvo la Medalla de Honor en el Concurso Internacional de Dibujo Periodístico realizado en Moscú. En 1997, el Colegio de Periodistas de Chile le rindió un homenaje en su país natal, reconociendo su trayectoria y su aporte a la cultura gráfica y al pensamiento crítico. Un año después, en Costa Rica, diversas entidades nacionales e internacionales celebraron la publicación de su libro antológico Pura vida (Editorial Educa–CSUCA, 1997), que reunió una selección de veinte años de caricaturas editoriales y consolidó su legado en el ámbito centroamericano. Como homenaje final, en 1998 el cineasta cubano radicado en Costa Rica Leonardo Roque realizó el documental Jano, obra que condensa la vida, el pensamiento y la producción artística de Osvaldo Salas Veas, dejando testimonio audiovisual de una figura fundamental del humor gráfico latinoamericano.



Osvaldo Salas Veas (1914-1999)

Algunos antecedentes

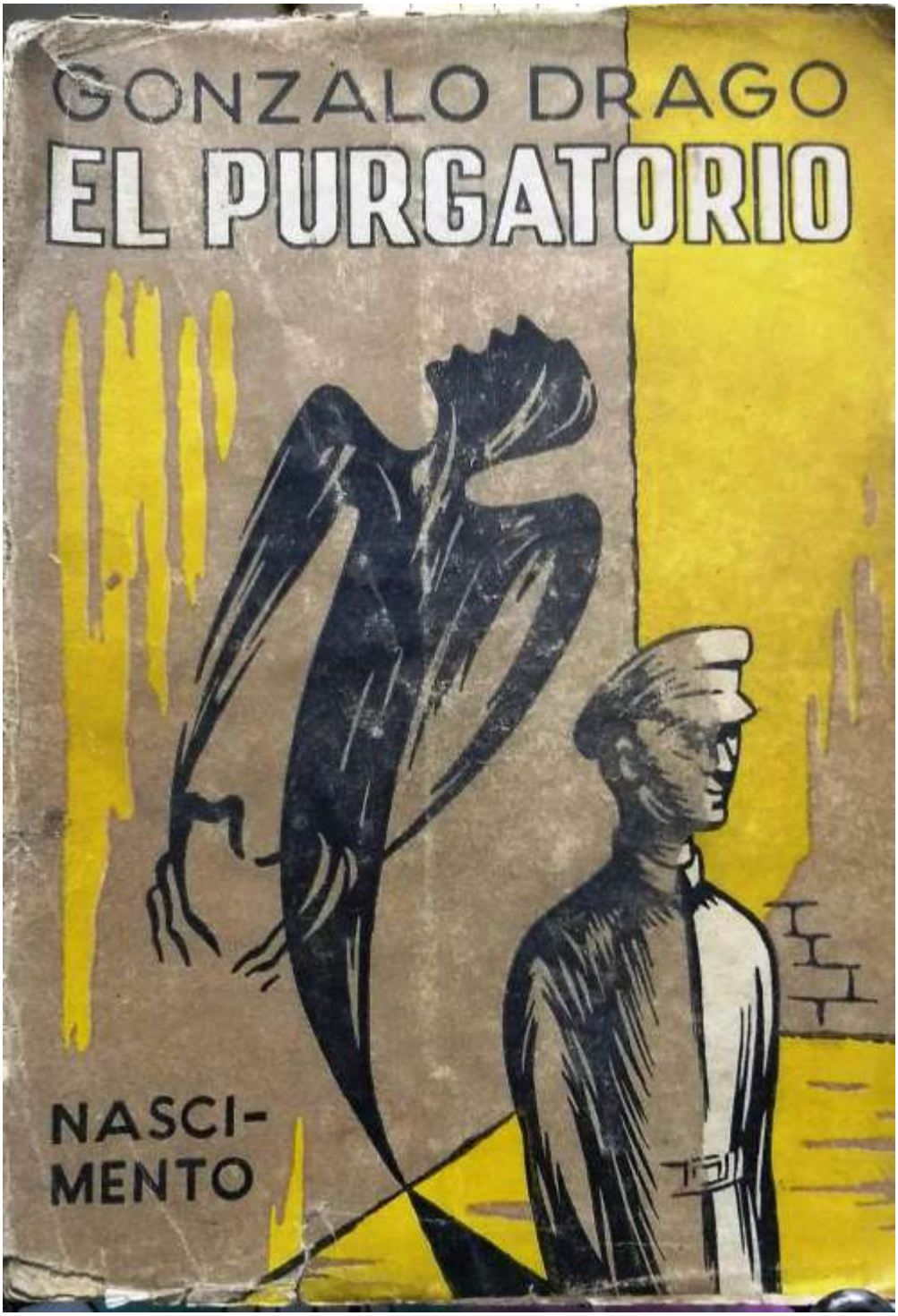
Salas Veas, Osvaldo (1915 – 1999)

"*Caricaturista y artista plástico chileno, radicado en Costa Rica tras el golpe militar de Augusto Pinochet. A su llegada al país, "Jano" publicó en la revista de Excélsior (de 1975 a 1978) y participó en el Salón de caricatura (1975). Publicadas a menudo a color y en página completa, sus caricaturas aparecen bajo el título Pura vida, nombre que conservó como identificador de su espacio humorístico hasta el día de su muerte, en la sección editorial del periódico La prensa libre (1978 a 1999). De igual forma, Primera plana, el órgano del Colegio de Periodistas de Costa Rica, difundió sus obras (1986 a 1990). Su trayectoria como dibujante gráfico inició en el diario chileno El siglo, con su personaje "Don Inocencio o el hombre que creyó en promesas electorales", historieta política publicada diariamente en portada y en medias planas o planas enteras, algunos sábados o domingos. El fundamento de su humorismo radicaba en la palabra, en los juegos del lenguaje, en las expresiones populares: así explota la ironía y el absurdo. Con formación universitaria en artes gráficas con mención en grabado, realizó más de quince exposiciones individuales y colectivas en Chile, Costa Rica y China, en las distintas disciplinas y géneros artísticos que practicó. Además de caricaturista y artista plástico, Osvaldo Salas fue profesor universitario, diagramador, portadista e ilustrador de libros y revistas. En grabado, dibujo y cartel -esta última una especialidad con rango artístico en su país natal- recibió importantes galardones y reconocimientos: en 1967, obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en dibujo periodístico, el máximo galardón en Chile, y en 1969, la Medalla de Honor en el Concurso Internacional de dibujo periodístico en Moscú. En 1997, recibió un homenaje en su tierra natal, por parte del Colegio de Periodistas y un año después en Costa Rica, cuando varias entidades nacionales e internacionales se unieron para celebrar la publicación de su libro antológico Pura vida (Editoriales Educa Csuca, 1997), con una selección de veinte años de caricaturas editoriales. En 1998, como un homenaje más, el cineasta cubano radicado en Costa Rica, Leonardo Roque, condensó su vida en el documental titulado Jano*".[2]

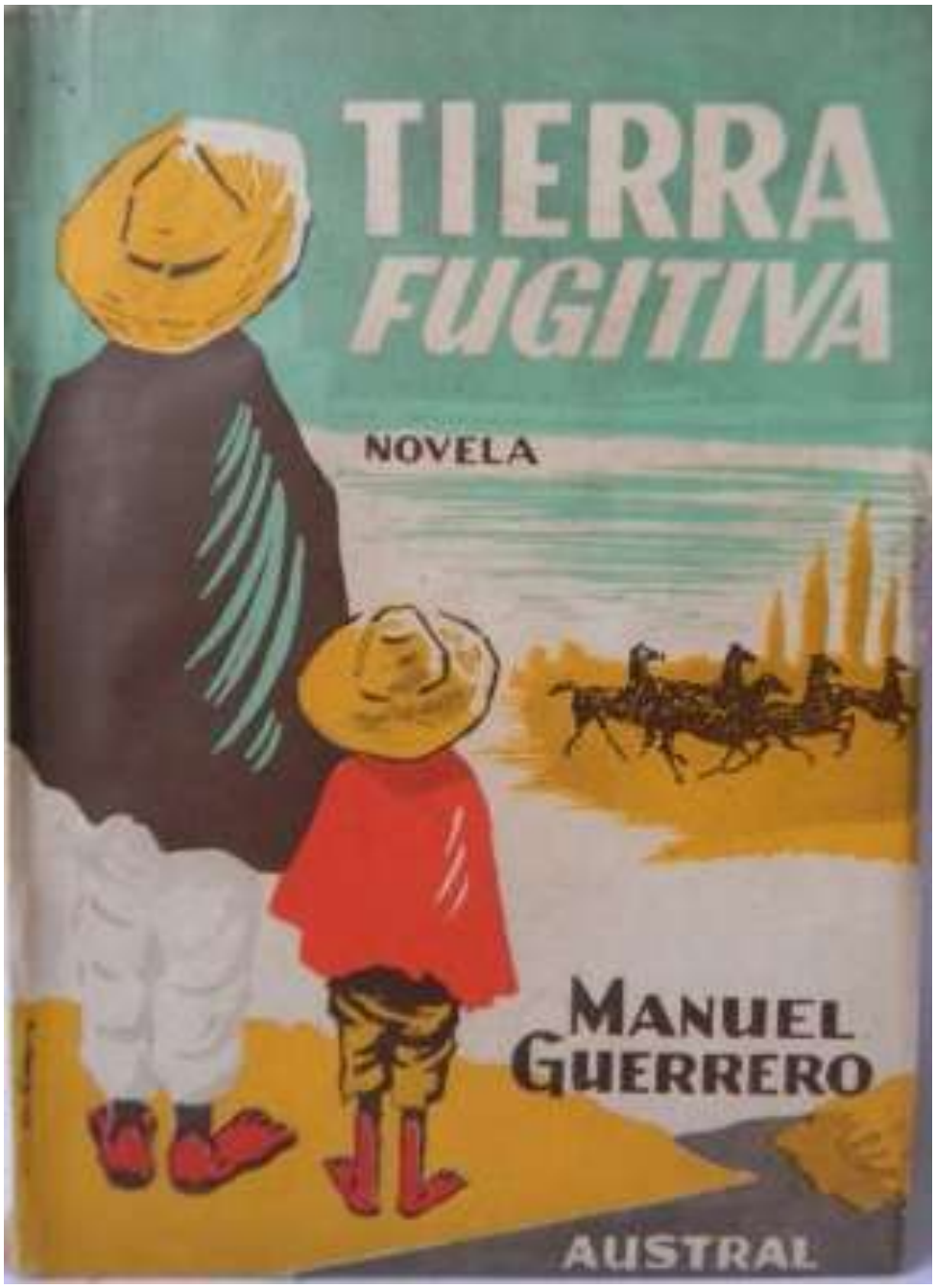
[2] https://www.sinabi.go.cr/DiccionarioBiograficoDetail/biografia/547

Don Inocencio. Personaje de Salas para El Siglo.[3]

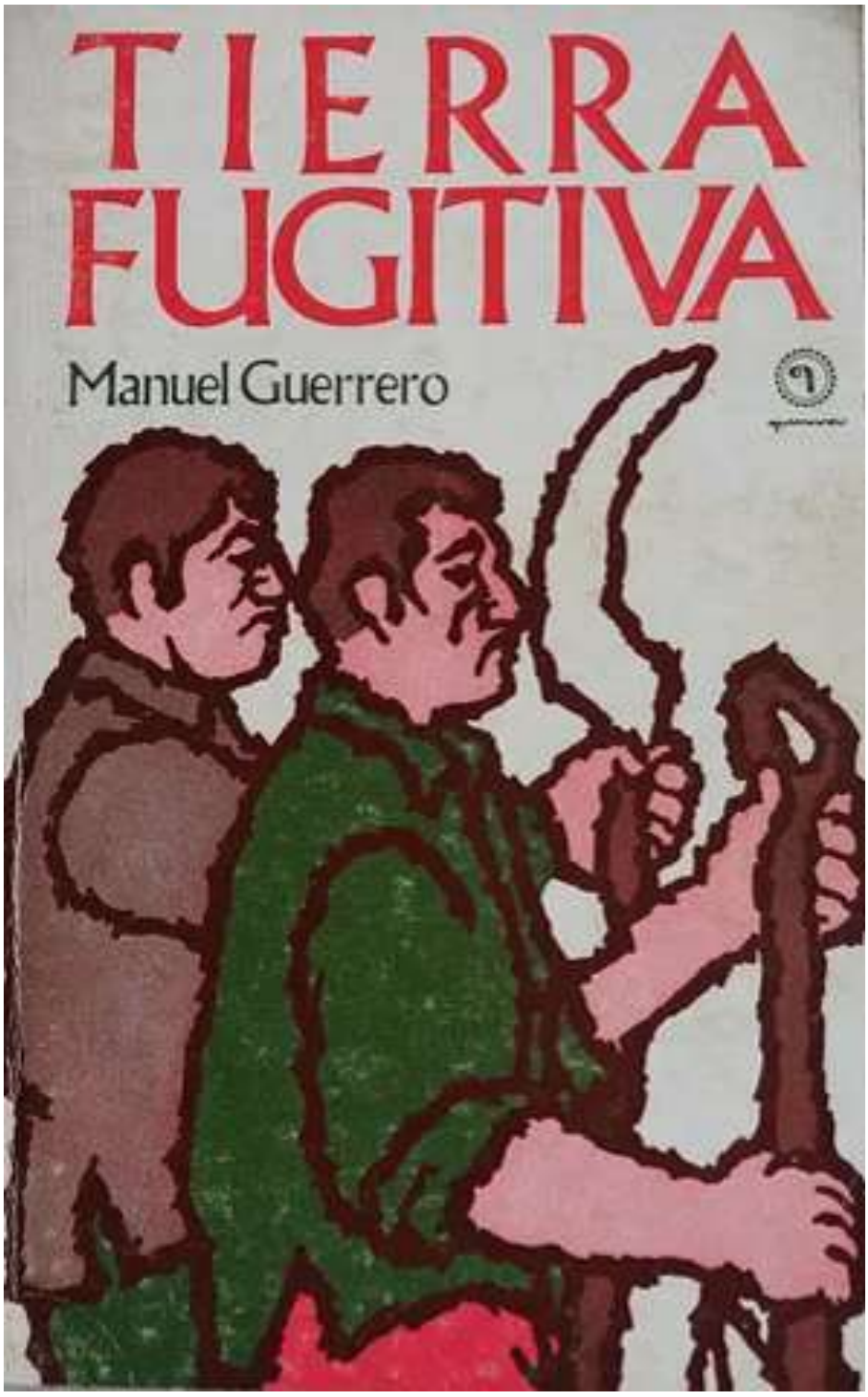
[3] http://www.meliwaren.cl/articulo.php?id_articulo=42



Portada realizada por Osvalso Salas. Editorial Nascimiento.



Portada realizada por Osvaldo Slas. Editorial Austral.



Portada realizada por Osvaldo Slas. Editorial Austral. Editorial Quimantú. 1972.

"EL MERCURIO"

Lanzado contra Chile

Defiende a las compañías del cobre diciendo que la nacionalización afecta "al Tesoro y a los contribuyentes norteamericanos". Le niega a Chile el derecho a ser independiente porque es "un país pequeño". "Eso es traición a la patria", dijo Víctor Díaz en una enérgica respuesta pronunciada en la Conferencia del PC.

POETA NICARAGÜENSE

hoy debe llegar a esta capital el poeta ...ntiguense Ernesto Cardenal, quien permanecerá en Chile diez días en que desarrollará diversas actividades, entre ellas, recitales, encuentros con escritores y una conferencia de prensa.

EL SIGLO

el primer activista de la revolución chilena

EN ORBITA LUNAR

La estación automática Luna-19 entró ayer en órbita lunar, según anuncio de la agencia TASS. El artefacto lanzado el 28 de septiembre pasado, trabaja normalmente, empieza el anuncio, circunvalando la Luna cada dos horas y dos minutos a una altura de 140 kilómetros del cuerpo celeste.

PC LLAMA A EMPUJAR LOS CAMBIOS.

"CON LAS MASAS Y A LA OFENSIVA"

ALLENDE: "CADA ATAQUE AL PARTIDO COMUNISTA ES UN ATAQUE AL GOBIERNO QUE PRESIDO". (Carta de saludo enviada a la Conferencia Comunista).

Con intervención de resumen a cargo de Víctor Díaz y aprobación de un llamamiento al país terminó la Conferencia del PC. El torneo aprobó un voto de solidaridad con periodistas perseguidos de "El Mercurio" y todos aquellos que son blanco de las calumnias e injurias de los reaccionarie

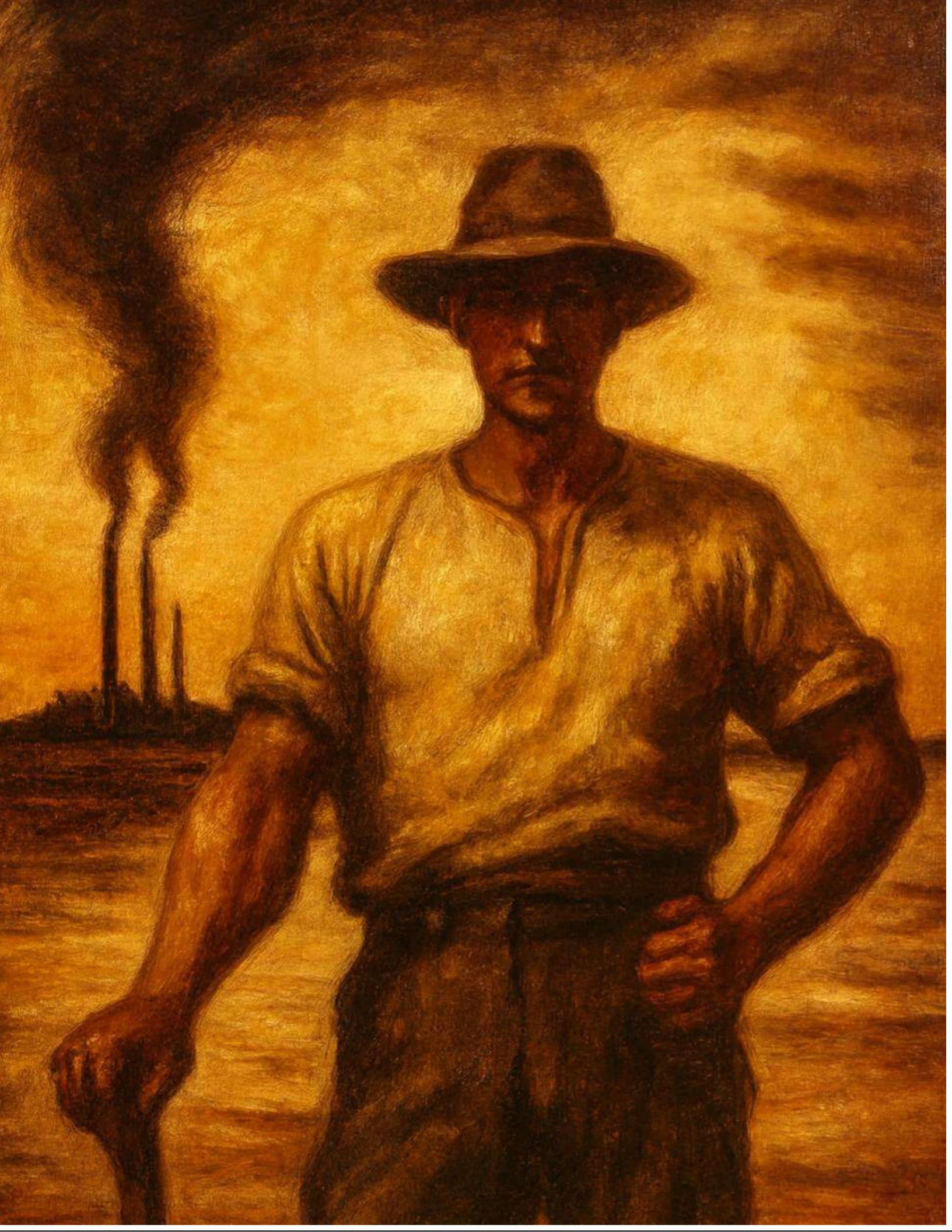
ENTONANDO "LA INTERNACIONAL"

LA MAS MODERNA DEL PAIS:

FUEGO DESTRUYO PLANTA DE YODO DE PEDRO DE VALDIVIA

HOMENAJE A LA RDA

Ejemplar de “El Siglo”, periódico del PC chileno donde se desempeñó como ilustrador Alvaro Salas Veas.



Transcripción de los artículos de Nicomedes Guzmán publicados en el Boletín de Informaciones y Prácticas Escolares (1950-1952).

Textos por

Nicomedes Guzmán

Ilustraciones por

Osvaldo Salas Veas

Transcripción y digitalización por

Alfredo Gómez Alcorta

(2026)

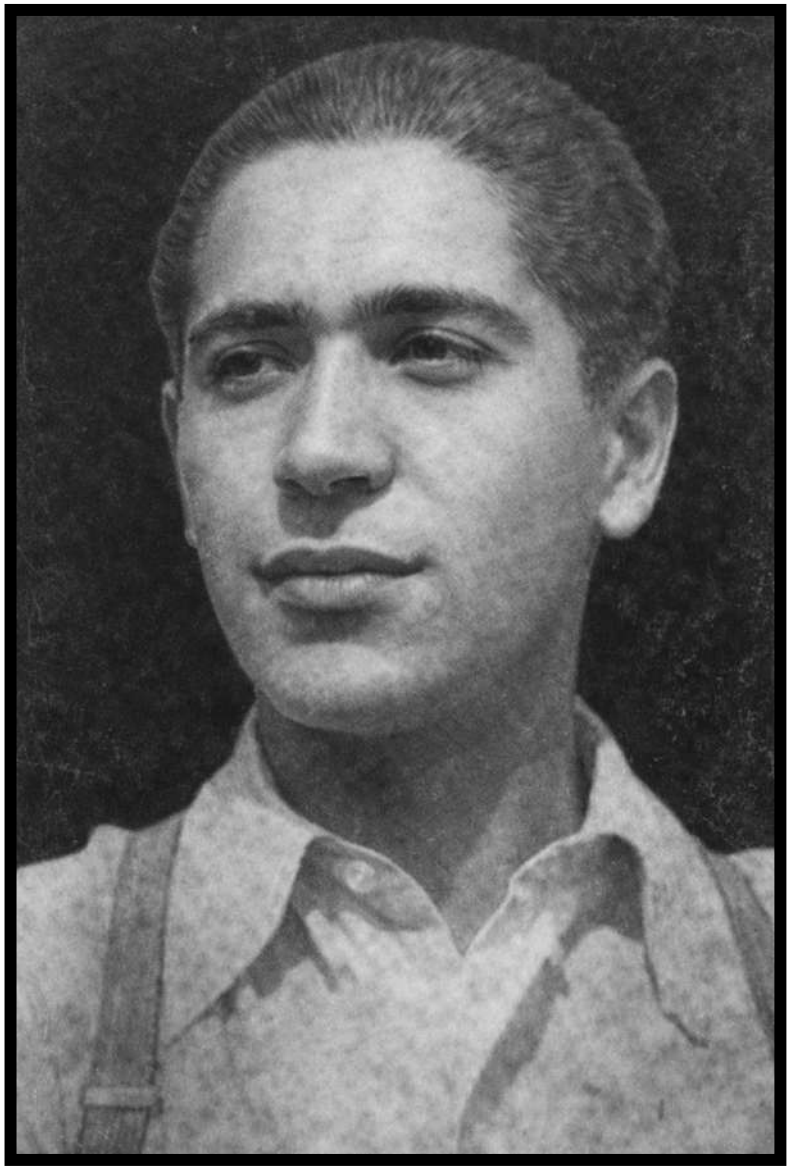


Imagen: retrato de Nicomedes Guzmán. En: *Boletín de Informaciones y Prácticas Escolares*. Dirección General de Educación Primaria — Departamento Pedagógico. Julio 1950. Año VI — N.º 31. Pág. 26. Santiago de Chile. (recuperada digitalmente).

BOLETÍN DE INFORMACIONES Y PRÁCTICAS ESCOLARES

Dirección General de Educación Primaria — Departamento Pedagógico

JULIO 1950

AÑO VI — N.º 31

Págs. 26-31 y 64

Director: Víctor Gómez Ch.

Santiago de Chile

NUEVAS TENDENCIAS Y CARACTERÍSTICAS EN LA NOVELA CHILENA

Nicomedes Guzmán

NICOMEDES GUZMÁN, uno de los más recios y ser los escritores nacionales del presente siglo contribuye hoy a orientar las páginas del "Boletín de Informaciones y Prácticas Escolares", con su trabajo "Nuevas características y

tendencias en la novela chilena". Es Nicomedes Guzmán un escritor de admirable personalidad, su actitud ante la literatura le sitúa entre los novelistas más serios del continente. Sus trabajos han marcado claros destinos a la literatura chilena y americana y bien podemos afirmar que, la novela social por él cultivada, adquiere alta categoría en Chile, desde la publicación de esa admirable obra que es "La Sangre y la Esperanza". Guzmán aborda al hombre no en lo periférico sino, en esa contextura honda e indestructible que es la personalidad humana. Con ese vigor tan propio del que más que contemplar la vida la ha vivido, Nicomedes Guzmán va hacia lo profundo del espíritu para llegar a la tragedia del hombre y darla, en gracia de Arte con la claridad y la transparencia de la Belleza que, ciertamente, no necesita mentir ni negar la realidad. Inquietud de espíritu, dinamismo constructivo, pasión hecha a fuerza de dolor y responsabilidad ante un destino son lo que caracteriza a este novelista y da seguridad a su obra.

La novela nacional, desde sus orígenes hasta nuestros días, ha ofrecido siempre una característica específica: su fisonomía nacional, chilenísima. Alberto Blest Gana, el padre de este importante género literario, anima en la totalidad de sus ya tradicionales páginas un espíritu que es el espíritu criollo del siglo pasado en esencia; a la aguda observación psicológica a unos elementos humanos de robusta raigambre popular temperamentalmente nuestra. Más aún, los alientos colectivos que vigorizan sus mejores obras, especialmente "Durante la Reconquista", dotan de un brillo particular a la personalidad de este creador admirable. Difícil sería encontrar entre nuestros novelistas a alguno que le supere en maestría y destreza para completar o ensamblar sus materiales de creación y suscitar una atmósfera de ficción tal ligada a la realidad, mediante el aprovechamiento de lo que nos ha pertenecido y nos pertenece en chilenidad.

Después de Blest Gana, casi en general y hasta la tercera década del presente siglo, los autores de novelas han circunscrito su tarea a la creación de tipos y descripción de ambientes, si bien chilenos, personificados por caracteres y matices de origen agrario. Salvadas las excepciones —en las que ronda el

conflicto psicológico o la intriga exótica y la aventura fabulosa que fueron propiedades del "imaginismo"—, es el "criollismo" el que alimenta muchos de los mejores momentos de la novela nacional. Esta corriente literaria, es decir, el "criollismo", cuenta desde princi-

pios de siglo con un personero máximo: Mariano Latorre, quien, desde la publicación de "Cuentos del Maule" hasta "Viento de Mallines", pasando por lo más característico de su obra, como "Cuna de Cóndores", "Zurzulita" (lo más integral en novela que el autor ha escrito), y "Mapu", es el animador más fiel de los ambientes rurales del centro de Chile. Virtualmente, nuestra literatura novelesca, incluso el cuento, ha vivido de esta especie de glándula mamaria inagotable y vigorosa que es la vida campesina. Mucho de égloga, mucho de paisaje, un poco de sentimientos humildes, otro poco de captaciones costumbristas y típicas, una porción de pintoresquismo, y por sobre esto un todo de fuerzas que se unan para exaltar, con aciertos unas veces, equivocadamente otras, el discurrir de vidas, ambientes y elementos de médula hondamente chilena en lo que el agro tiene de tal. He aquí el "criollismo", madurado después de Latorre, al calor de talentos como Luis Durand, Marta Brunet, Lautaro Yankas, Maité Allamad y muchos otros que la limitación de esta nota impide citar. A su margen, como desterrados de esta corriente que debiera abarcar toda intención de interpretación nacional, se realizan un Baldomero Lillo - cuentista insuperable, intérprete imponderable de la vida en las minas de carbón – y Eduardo Barrios - novelador acucioso y profundo de los bajos fondos humanos, de carnes y cuerpos adentro.

Sin embargo, el panorama literario - casi fundamentalmente constituido de asuntos agrarios - que presenciamos en cuanto a novela varía desde hace unos veinte años. Lo verde se hace gris: gris de tierras inhóspitas, de villorrios y suburbios angustiados y esperanzados. El escritor comienza a buscar arcillas en lugares donde estas son poco asequibles, en rincones donde el tiempo se ha detenido como temeroso de ahondar en los daños humanos. Hay una veta nueva donde descubrir la belleza. Es menester, naturalmente, rastrear en la miseria - en la basura, diría un crítico versallesco - y, después de la ardua

búsqueda, descubrir la luz. Lo que la savia ofreció en belleza pura, con generosa displicencia, para la pintura copista de este o aquel emotivo cuadro, se hace ahora sangre caliente y correntosa, descubierta después de haber hincado profundamente el bisturí. Alberto Romero, Eugenio González y Carlos Sepúlveda Leyton, son indudablemente los novelistas chilenos que por primera vez remecen las superficies de los elementos interpretativos para alcanzar los estratos de una vida ciudadana donde una chilenidad anónima, pero positiva; mísera pero esperanzada, se esfuerza - que no se encanta - por el alcance de horizontes más alentadores, menos obscuros. Utilizan las materias mismas que avivara la pluma maestra de José Santos González Vera en "Vidas mínimas", pero profundizando en el hecho social, en las acciones y reacciones colectivas con intuición de artistas o escritores compenetrados de la realidad de su época. Con estos novelistas podría decirse que el arte novelesco de Chile amplía sus perspectivas, o sea, su madurez, se vigoriza mediante una concepción nueva de lo humano, observado en sus estadios más permanentes de chilenidad.

Más, no es esto todo. Lo que se limitó antes mera u hondamente al campo, al agro y a la gran ciudad o a la captación de lances psicológicos y pasiones encontradas, se supera al ímpetu de nuevas intenciones. El sentido social de la literatura, evidente en González, Romero y Sepúlveda y aún en Juan Modesto Castro, más de acá de Joaquín Edwards Bello, se asocia a un anhelo más libre de interpretación de Chile. Ya no es sólo la ciudad y el campo de la zona central lo que inquieta el espíritu creador de nuestros novelistas. Si bien es cierto que Víctor Domingo Silva nos entregó alguna vez visiones sentimentales y vigorosas de la vida en la pampa del salitre, o Zady Zañartu y Andrés Garafulic nos mostraron el espectáculo mágico y angustioso de la existencia de los ca-

lista, que bien pudiera emparentarse con la posición de una Virginia Wolf, por ejemplo y por encontrarse alguna raíz formal. En su caso, diferente al que ofrece Edmundo Concha Contreras, psicólogo también, pero más alerta frente

a los problemas inmediatos de la época, que hace de su primera novela "Los Gusanos", una obra de tesis y de polémica. También difiere, a su vez, de este último, Luis Meléndez, que en "El Unicornio, la Paloma y la Serpiente", impone un prestigio de novelista atento a las inquietudes de creación que, lejanas, a las especulaciones criollistas, esbozan contornos de humanidad enfrentada a su propia fisonomía. Podría representar él la trayectoria de los destinos individuales expectantes sobre su propia huella. La brevedad de este recuento no es obstáculo para la observación directa de cómo nuestros novelistas trabajan a base de la verdad íntegra de la tierra chilena y su vida. La característica más evidente en la obra conjunta de estos escritores son la conciencia y los sentimientos de captación de realidades que abarcan en toda su longura y en toda su anchura, desde las inhóspitas tierras norteñas hasta los fríos panoramas australes y desde montaña a mar, el espíritu de Chile. Es este un rasgo de tipo literario que alienta una consecución no advertida en las anteriores generaciones que, repetimos, circunscribieron su labor casi exclusivamente a la cosa campestre, sentando un precedente de criollidad que ahora se amplía y se supera. Seguidamente, y en cuanto a tendencia, es fácil advertir la intención de los más recientes escritores en el sentido de aplicar a sus creaciones un espíritu en que se insinúa la lucha social, en cuanto a contenido, y un afán de innovación, en cuanto a lo formal, al estilo, a la estructura novelesca.

BOLETÍN DE INFORMACIONES Y PRÁCTICAS ESCOLARES

Dirección General de Educación Primaria — Departamento Pedagógico

JULIO 1950

AÑO V — N.º 34

Págs. 29-36

Director: Víctor Gómez Ch.

Santiago, Chile.

-29-

Arte en el Boletín

INFORME DE LA POESÍA GENERAL DE CHILE 2° PARTE

NICOMEDES GUZMAN

Ángel Cruchaga Hp Santa María, también se le asemejan en altitud y hondura expresivas. Más cerca. Este de la autoría. De. El ruego. Y de. Pedro Prado, sobre todo en intención, renovadora, exalta una pasión. ¿Qué es la de aquellos místicos que observan al hombre y al amor en su más? Sencillas. Y a la vez más. Sempiternas actitudes sentimentales.:

"*Los brazos están pobres, la luz descolorida.*
Entre la luz del cielo cansado, el mundo rueda.
Huracán de cenizas cayó sobre mi vida.
¡Qué lejos está inmóvil tu albo perfil de sedal!
No vuela el corazón con los pájaros puros.
Mi espíritu va en flechas hacia la eternidad.
Se caen en la noche los planetas maduros.
Y llora el caracol de mi Honda soledad".

Una fuerza nueva, aisla, sin embargo, a Cruchaga Santa María y le insufla alientos que nada le igualan a los más novísimos creadores líricos de estos tiempos. Es místico, de un modo distinto, personal y original, dueño de un lenguaje secreto y sugestionante, que hace suponer luces superpuestas en medio de sus pardas angustias:

"*Somos la remembranza de la tierra vencida*
Necesitaba Dios nuestro vaivén profundo

que era el ritmo en sus venas y en su carne florida
la invencible y eterna melodía del mundo".
"Nuestro vigor es fuerza y raíces…
¡Los árboles nos dieron sus moribundos bríos!
Señamos en las claras y enormes cicatrices
Que abrían las soberbias quillas de los navíos".

No aquí el verso fácil y a veces manido de algunos otros poetas que pudieran asemejarse en tendencias. No obstante, su voz es directa. Tampoco el rebuscamiento que malogró más de algún otro talento. Todo en Cruchaga es espontáneo, de una espontaneidad que encuentra fin emocional de fervientes fibras. Aun en su palabra dirigida al amor, se le sorprenderá independiente de toda influencia:

"En mi silencio azul lleno de barcos
Sólo tu rostro vive.
En el mar de la tarde el día duerme
Eres más bella cuando estás triste.

"Tiembla mi amor como una voz antigua
Sobre la calma verde.
El sol cantando como los pastores
Te dió su medio día hasta la muerte".

Se advierte hasta aquí la poesía nacional se fortifica con voces de grandeza indiscutible, original y gallarda. Un pulso de vigor sin precedentes señala la constructiva fiebre de innovación que animan y superan todos los propósitos. Este anhelo instintivo de dar cuerpo original dentro del continente a nuestro

tra lírica, lo continúa Pablo de Rokha, otro de los luminosos audaces de la expresión poética. "Los Gemidos", su primer libro, remece todos los ámbitos intelectuales de Chile. Su verso trepa a la cordillera e invade fronteras. Es un verso que luce otro y más diverso modo de caminar por el mundo de la expresión. Arrebata su altisonante y bronca música:

"El graznido cosmopolita de los crepúsculos
azota mis angustias,
derrumbando los árboles enloquecidos y las ideas oceánicas
Ide los árboles enloquecidos.
Yo estoy botado aquí
con mis zapatos
y mis universos,
como la mar, sonando
muerto, completamente muerto, y haciendo viaa a lágrimas:
crecido de montañas con las hojas marchitas,
y la voz de los ruidos dispersos y rodantes
en la audacia negra del canto".

Pablo de Rokha de esta manera, con estilo que es estilo de entraña, vísceras, corazón y hasta de sexo, es uno de los pedestales más visibles de la poesía. Allí redobla, su canto, lo expande como metralla a todos los horizontes:

“Soy el hombre casado, ya soy el hombre casado que inventó el matrimonio;
varón antiguo y egregio, ceñido de catástrofes, lúgubre;
hace mil años, mil años hace que no duermo cuidando chiquillos y las estrellas desveladas
por eso arrastro mis carnes peludas de sueño
encima del país gutural de las chimeneas de ópalo.
Dromedario, polvoroso dromedario,
gran animal andariego y amarillo de verdades crepusculares
voy trotando con mi montura de amores tristes ...
Alta y ancha rebota la vida tremenda

sobre mi enorme lomo de toro;
el pájaro de tongo de lo cotidiano se sonríe de mis guitarras tentaculares y absortas;
acostumbrado a criar hijos y cantos en las montañas,
degüello los sarcasmos del ave terrible con mis cuchillos inexistentes
y continúo mis grandes estatuas de llanto;
los pueblos futuros aplauden la vieja chaqueta de verdugo de mis tonadas".

El drama del hombre actual es para Pablo de Rokha, lo fundamental y lo hondo de su poesía anchurosa. Mira a su alma, grita su angustia y encima de ella ironiza la tragedia. Un humor sangriento le nace del alma y se fija en sus palabras como marcado a fuego. Y ya no parece que cantara, sino que bramara. Es indiscutiblemente uno de nuestros más ciertos poetas sociales. Se doblega a su fuerza poderosa, el verso de otros poetas: Juan Guzmán Cruchaga, semeja una filigrana:

"Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.
Una lampara encendida
esperó toda la vida
tu llegada.
Hoy la hallarás extinguida".

Y contraponiéndose a ella, una vez más la arrebatadora voz revolucionaria, similar a la de Víctor Domingo Silva, presente en las "Rebeldías Líricas", de Domingo Gómez Rojas. Avasallado por la lucha social impreca contra la injusticia y la explotación del hombre por el hombre. Más luego, se recluye, sin desvirtuar lo medular de sus propósitos líricos, en la intimidad de una poesía de tipo místico que le permite revelar sus dones de profundo creador:

"Madre: cuando hayan muerto nuestra carne y el mundo:
cuando ausentes del cuerpo las almas tengan alas:
cuando armoniosamente lo invisible y profundo
nos lleve por divinas ascensiones de escalas:
supervive la esencia de mi triste palabra
supervive tu amor, pues en él me consagro
para la vida eterna, y espero que Dios abra
para tus santidades las manos del milagro:
y cuando nos gocemos de la vida futura,
superviva el pasado de esto valle desierto
para que entonces, Juntos, lloremos con dulzura
por esta tierra de hoy que será un astro muerto".

Falleció Domingo Gómez Rojas, víctima de incomprensibles persecuciones de orden político, en 1920. Pero su voz de poeta tiene y tendrá un lugar selecto entre lo mejor de la literatura nacional.

Winnett de Rokha, que en su adolescencia dijera un verso romántico sin ecos se ubica entre nuestras más altas poetisas, una vez que se une un matrimonio a Pablo de Rokha. Su voz se vigoriza, madura y se enancha. Sus estrofas, dirigidas hacia un fin social, acallan a ratos sus estallidos de gran exaltación humana. Y la encontramos diciendo a media voz palabras de 'ternura, tras cuya transparencia vibra una fuerza de emoción singularísima:

"La mancha trágica de tus cabellos
encarna un mar fascinante y entenebrecido.
Albea tu frente magnífica, escrita de surcos
y tus sienes como dos azucenas puras".

María Monvel ingresa también al grupo de voces femeninas que con más certeza han fortalecido el movimiento lírico femenino de Chile. Su poesía, de

tierna y apasionada, se hace comúnmente fuerte y apasionada corriente erótica.

Así, la poesía no da tregua a su especie de gigantesco e incesante ajetreo oceánico. Acalladas algunas voces por la muerte, silenciosas deliberadamente otras, los valores se multiplican como por encantamiento. Nuevos nombres surgen y complementan este piélago inquieto y musculoso: Neftalí Agrella, Raimundo Echavarría y Larrázabal, Roberto Meza Fuentes, Alberto Rolas Giménez, Jooquín Cifuentes Sepúlveda, Rubén Azócar, Manuel Rojas y otros determinan su paso por la literatura poética, con bríos seguros y arremetedores. Románticos, los unos, animados por nuevas corrientes y, por ende, nuevas formas, los otros, cual más, cual menos, implantan una conducta de firme sobriedad creadora. Entre estos últimos. Mcmuel Rojas es quien demuestra una más vigorosa destreza poética. Se inicia con estrofas de tranquila prestancia filosófica: mas, en seguida se define como un canto que quiere liberarse en medio de la alegría del lenguaje ancho y estimulante:

"Despierto tendido sobre la cubierta del día que zarpa
entre los gritos esbeltos de las sirenas de las fábricas.
Estas es la mañana con sus canastos de frutas y carretones panaderos.

Golpeo sus lisas tablas con mis pies que aún persisten
semidesnudo canto, en el aire mi cabeza molada.

Abiertos los brazos le siento, corazón, viejo amigo,
a quien todos los días se estrecha la mano con ternura:
está ahí dispuesto a partir hacia donde sea
llevando un rostro de mujer en tu latido exacto
Tú dormirás aun con el rostro vuelto hacia mí, recuerdo
y tu sonrisa distante sostiene mi remo esta mañana.

¡Eh, marinero
estamos listos otra vez, suelta las amarras!

Manuel Rojas parece beber en su propia poesía los jugos ubérrimos de la libertad, mientras los otros, cantan al mar, al amor, a la ternura. Rubén Azócar, por ejemplo, encarna una curiosa voz evocativa:

"Puerta ruinosa, puerta obscura,
eres como mi madre,
que me abría los brazos cada vez que volvía.
Yo recuerdo que cuando se la llevaron muerta,
abriste las dos alas
como un pájaro triste que se va de la jaula"

Pero, detengamos un rato para esperar el advenimiento de la más grandiosa voz que se haya producido entre nosotros. Voz venida del medio sur chileno, como Gabriela Mistral del medio norte, porta en su alma la fecundidad de la tierra, al matiz de los copihues, la fuerza tranquila del indio. Su palabra no disuena. Es simple y sugerente:

"Fragancia
de lilas ...

Claros atardeceres de mi lejana infancia
que fluyó como el cauce de unas aguas tranquilas"

El canto de Pablo Neruda es por entonces -fines de la segunda década del siglo-, como un apretado mensaje de melancolía, de suave tristeza, de tibias remembranzas. Un juego de musicales y cordiales voces que danzan y se inclinan alrededor de un corazón abierto entero balo la rosa de los vientos de la emoción:

"La mariposa volotea
y arde —con el sol— a veces.

Mancha volante y llamarada
ahora se queda parada
sobre la hoja que la mece

Me decían:-- No tienes nada.
No estás enfermo. Te parece.
Yo tampoco decía nada.
Y pasó el tiempo de las mieses."

La melancolía y la tristeza, que la música no consigue ocultar, son dos madres gemelas de los pasos que el sentimiento ensaya sobre este "Crepusculario", de Neruda. Sin embargo, no es raro que, a través de su característico tono de iniciado, se oiga algo como un golpe de martillo sobre yunque.

-36-

Hay quienes dicen no explicarse los diferentes rasgos que adopta la línea del gran poeta, observándola desde sus comienzos hasta la actualidad. Nos inclinamos a creer que, fundamentalmente, tal diferencia no existe. Lo que existe es una adaptación del poeta al tiempo, a la nueva vida, a la tragedia y a la sangre circundantes, y un cambio en cuanto a elementos de expresión. Su poema: “Maestras da Noche”, que integra "Crepusculario", se aparece con una fuerza admirable y ya es un anuncio de la madurez sobrehumana alcanzada hoy por el poeta:

"Fierro negro que duerme, fierro negro que gime
por cada poro un grito de desconsolación.

Las cenizas ardidas sobre la tierra triste.
Los caldos en que el bronce derritió su dolor.

Cada máquina tiene una pupila abierta
para mirarme a mí.

En las paredes cuelgan las interrogaciones,
florece en las bigornias el alma de los bronces
y hay un temblor de pasos en las cuartos desierto. [sic]

Y entre la noche negra -desesperadas- corren
y sollozan las almas de los obreros muertos."

El acento social, que es el pulso de la poesía nerudiana actual está revelado en toda su plenitud en su poema de hace treinta años. Es un acento espontáneo sobre la superficie tersa de sus primeros versos:

"Para mi corazón basta tu pecho,
para tu libertad bastan tus alas.
Desde mi boca llegará hasta el cielo
lo que estaba dormido sobre tu alma."

Muchos, a propósito de su "Residencia en la Tierra", han llamado a Neruda "poeta del inconsciente". ¿Hasta qué punto tiene fundamento esta afirmación? No es este asunto posible de analizar aquí. Pero resulta francamente curioso cuando, caminando por las páginas de su "Residencia en la Tierra", nos acercamos, por ejemplo a su "Entrada a la madera". Acaso haya en sus palabras una sensación de sueño. Pero es la sensación que produce el drama inconfundible de la poesía de Neruda. Humano en las más esenciales patencias de su talento, el poeta pone en trance de humanidad cuanto alcanza su

sensibilidad. Nada de complejos en su incursión por el mundo vegetal agonizante:

"Dulce materia, ah rosa de alas secas;
en mi hundimiento tus pétalos subo
con pies pesados de rola fatiga,
y en tu catedral dura me arrodillo
golpeándome los labios con un ángel.

Es que soy, ante tu color de mundo,
ante tus pálidas espadas muertas,
ante tus corazones reunidos,
ante tu silenciosa multitud."

Estamos ante un mundo extraño pero real, que el poema reconstruye como yo mismo, teniendo entre los dedos el símbolo preciso y cabal.

-34-

Ya lo dijo él alguna vez: "Hablo de cosas que existen. Dios me libre de inventar cosas, cuando estoy cantando" ... Esto, que parece ser una profesión de fe, es la razón de sus búsquedas y sus anhelos, siempre dirigidos a encontrar al hombre en las más anónimas y más trascendentales cosas.

La anchurosa realidad universal que es hoy la poética de Neruda, tiene sus vaticinios en las más viejas palabras del poeta. Ya en "El Hondero Entusiasta" cantó, en su afán de humanizar las materias que le circundan:

"Pero quiero pisar más allá de esa huella:
pero quiero voltear esos astros de fuego;

lo que es mi vida y es más allá de mi vida,
eso de sombras duras, eso de nada, eso de lejos,
quiero alzarme en las últimas cadenas que me aten,
sobre este espanto erguido, en esta ola de vértigo,
y echo mis piedras trémulas hacia ose país negro,
solo, en la cima de los montes,
solo, como el primer muerto,
rodando, enloquecido, presa del cielo obscuro
que mira inmensamente como el mar en los puertos".

Es el fuego de la esperanza que se enciende en los leños de su propia humanidad. Humanidad que tiene un destino grandioso que cumplir. Y lo cumple. España, la gran España, lo define en sus más imperdurables brasas.

Nace de esta definición el poeta social que conocemos. Pecho a pecho con la tragedia de un pueblo, lo entiende en su realidad misma:

¡No han muerto! Están en medio
de la pólvora,
de pie, como mechas ardiendo!

Sus sombras puras se han unido
en la pradera de color de cobre,
como una cortina de viento blindado,
como una barrera de color de furia,
como el mismo invisible pecho del cielo.
¡Madres! Ellos están de pie en el trigo,
altos como el profundo mediodía,
dominando las grandes llanuras!
Son una campanada de voz negra
que a través de los cuerpos de acero asesinado
repican la victoria".

La voz se le ha hecho otra vez límpida. Luego la hoguera de la guerra reafirma en una convicción lírica de trascendencia monolítica. La patria chilena es motivo de su raigambre poética. Y lo es también América toda, como lo es al mundo.

¿Será indispensable, entonces, insistir en palabras que pretendan definir al Neruda de estos momentos y su torrentosa influencia en las generaciones actuales? Toda una etapa de veinte años de lirismo chileno se estremece con la influencia poderosa y vivificante de este escritor, en que la poesía de toda una nación llegó a una edad mayor. A su influjo, en menor o mayor intensidad los compañeros de generación y los que le han seguido, continúan dotando de adultas virtudes el acervo de nuestra poesía.

Regresemos, abarcando unas dos décadas, y la presencia de dos poetas de aglutinado estrato humano nos sorprenderá con su palabra enigmática: Rosamel del Valle y Humberto Díaz Casanueva. El primero dirá:

(34)

“Según qué palabra resbale de tus palabras mínimas
o de la sombra que crece como un cielo.
Según la dirección de los perfumes al borde de estas cosas,
tu puedes dormir de alguna manera en mi memoria".

Y el otro a su vez:

"El sombrío color de mis cabellos cubre el mundo,
reprime mi corazón hasta que las luces son atadas,
golpeándome las sienes; lo que moraba en ellas
he arrancado desamparándome hasta una pureza sin más".

Ambos, hermanos de alma, dejan que sus palabras broten y rebroten trashumando esencias bíblicas.

Romeo Murga dirá alabanzas a la amada lejana. Gerardo Seguel estará de pie aún para musitar algunos de sus versos que precedieron su lírica actitud de bardo social:

"La noche trae manos azules en el viento
pasan detrás de los astros las palabras que caen a tus pies
una flecha de olvido que lleva tu mirada en la frente
tu mirada que podría iluminar los mares".

Y bien, el mar por ese tiempo hizo oír sus rumores sonoros en la palabra exótica de Salvador Reyes. Siendo uno de los sustentadores del "imaginismo", valga decir, pasión por lo exótico y lo aventurero, habla por boca del océano:

"Dentro de mí hay un viejo lobo de mar
el buen piloto de un bergantín negrero ...

- Acaso el del divino
Tristán Corbiere?...
-Acaso ... "

Luis Enrique Délano estará pronto a pronunciar:

“Sobre la tierra huid, ¡oh, huid, perdeos,
que abre su boca negra el desdentado invierno
por donde un temporal de lenguas desatadas
sale a cantar, sale a morirse".

En cuanto a Jacobo Danke, marinista declarado como Reyes y como Oreste Plath, medio a medio del piélago habrá de alzarse, en la mano la rosa de los vientos, para cantar:

“Bramaban las poleas en el aserradero
Una mujer estuvo detrás de él, llamándome
tiernamente. Y su voz tenía sabor de llanto:
el hijo que no quise rescatar de su sangre.
¡Quien sepa una oración para un viejo astillero
destruido, que venga, por piedad, a postrarse
para que así le ayude a enterrar el pasado
a aquel que va clavado,
como un pendón, a un mástil
Yo pregunto del roble que se trocó en criatura
desarraigada y lleva sobre los siete mares
mi destino apoyado de codos en la amura.
Me está desintegrando de imaginarios viajes".
(35)

-36-

En cambio, Juvencio Valle, hombre y poeta de selvas adentro, en pleno sur, tocará sus caramillos de launa lírica para revelos:

¿Con qué llave de cábata han de abrirse tus arcas?
¿Con qué piedra de gracia he de golpearme el pecho?
para que al fin se me abran como flores tus puertas?
¡Oh, majestuoso duende de barba florida!

Y será menester que levante la vor Tomás Logo, en trance de misterioso descubrimiento:

"Entonces yo callaba como un muerto. Era la noche, la noche alta y profunda con su ruedo ultramarino: el calor de mi corazón vehemente y también la angustia a veces ante su magnitud. Ahora otra vez es lo mismo,
he aquí el propósito descubierto, ¡oh poetas!
Y yo canto, cantad, cantemos".

Fernando Binvignat y Olga Acevedo tienen también por estos días la garganta fácil para expresar los secretos de su alma, en versos que, en el uno son románticos, y en la otra, de caluroso fulgor de vida angustiada. Les sigue Juan J. Hidalgo, que no descuida tampoco el manejo de la estrofa de acento amoroso y fraterno. Omar Cáceres profundiza en los caudales de su sangre y de aquí emerge con la palabra hermética, como una remembranza de Rosamel del Vallo o Humberto Díaz Casanueva.

Pero, en medio de todo este concierto, nace esbelta y grácil la intervención de los "runrunistas", que parecen hacer bailar, como Alejandro Galaz su "trompo de siete colores", la imagen y la metáfora estrambóticas. Juan Marín, Augusto Santelices, Clemente Andrade Matchant, Pérez Santana, Alfonso Reyes Messa y algunos otros exhiben la virtud de hacer una poesía alegre, como de diversión, pero no exenta de valores sentimentales e imaginativos.

Caupolicán Montaldo precede a Tullo Barrenechea en la impostación de una voz madura de claridad emocional:

"Adelante.
Adelante.
Pasen, ustedes, señoritas estrellas.
Si se han de estar la noche asomadas a mi ventana.
mejor pasen adentro
si algo les interesa.

Pasen no más, sin miedo, que si alguien me pregunta qué es lo que hay en mi cuarto.
yo les diré que son luciérnagas".

Más tarde, la emoción de Barrenechea se vierte en lo formal y sus versos adquieren una musicalidad de maravilla.

Las nuevas promociones de poetas derivan su expresión de diversas corrientes universales, primando, en muchos de ellos, el mágico influjo nerudiano. Juan Negro, asimila la gracia "runrunista" y acendra su palabra, engastada de imágenes, en cordiales vertientes humanas. Hernán Cañas, inunda da alegría borboteante su verso:

"Quiero echar palomas en la pesebrera
Los caballos duerman en el palomar.
Quiero que la miel que hay en la colmena
Se la come íntegra el gusano de seda.

Quiero oír la abeja de voz silenciosa
volar con el ruido de la mariposa.

Quiero plantar rosas en la casa del porto
Y darle langostas en lugar de afrecho.

Quiero que el ovillo guardado en la máquina
Sea para el gato dulce ratón blanco"

(Continúa en la pág. 64)

(De la pág. 26)

El suyo es un júbilo desencadenado que proporciona a su poesía un positivo optimismo.

Francisco Santana incorpora al verso más reciente una voz clara de alcurnia sureña. Aldo Torres Púa, también hijo del sur, construye estrofas en que se transponen y también confunden los claroscuros de los paisajes naturales y las angustias anímicas.

Antonio de Undurraga es un buceador de formas y expresiones. Sus poemas son siempre la revelación de un temperamento que no quiere permanecer sujeto a parentelas líricas. Busca su personalidad con ahínco, mediante métodos metafóricos de cabal categoría.

Entre todos estos valores nuevos, definidos o no, la poesía agrariamente humana de Oscar Castro Z. impone una luminosidad de campo a pleno sol. Profundo y cultivado en la escuela clásica del verso, su voz es de una pureza diáfana y profunda:

“Tierra, como si fueses mi corazón, te quiero.
Para decir tu salmo sobre ti me levanto.
Alzo la frente, pero mis pies en ti reposan.
Soy un tallo moreno en la espiga del canto”.

Victoriano Vicario, maneja la imagen y los símbolos con una maestría singular. En los libros de belleza sorprendente:

"Un poema o una ola, qué más da, si es el ritmo
del corazón poblado de ciudades y pájaros

el que hace andar con buen paso los vidrios
del sueño por los largos hospitales anclados.
Tú sabes cómo el tiempo nos aprisiona dentro
de un margen de desidia o abandonado espanto.
Pero si nos arrastra la luna, ¿es que morimos?
Flecha pura en la alcoba de un guerrero apagado".

Gonzalo Drago, más cercano a Óscar Castro, exalta junto a su hermano Luis la belleza campesina con dejo de nostalgia y melancolía. Andrés Sabella, expande sus voces al través [sic]de una poesía decantada y cordial. Canta a los niños y a la lucha social, exalta los valores permanentes del hombre. Gonzalo Rojas Pizarro, a su tiempo junto a Baudelaire sus experiencias de espanto y las trasvasa a un verso humano y angustiado.

Julio Mondaca es otro de los poetas jóvenes de mayor permanencia. Alerta a los grandes movimientos colectivos, los observa y los canta con simpleza y honduras admirables.

Y bien, muchos más son los cantores de la vida que se agrupan en el más inmediato movimiento literario de Chile. El panorama es vasto y en él los nombres ostentan sus virtudes y sus brillos: Alfonso Gomez Libano, Omar Cerda, Mila Oyarzún, Luis Merino Reyes, que deviene en novelista (aquí su talento luce más definidos arrestos), Carlos René Correa, Nicanor Parra (gracioso intérprete del decir y del sentir popular, en sus iniciaciones), Víctor Castro, Ricardo Marín, Carlos de Rokha, María Cristina Menares, Carlos Sander, Irma Astorga, Hugo Golsack y tantos otros dignos de hacer crónicas por sus propios méritos.

He aquí, pues, el informe que en esta oportunidad hemos querido rendir alrededor de la poesía de Chile. Es posible que muchos talentos que se nos capan supervivan aun por sobre el vaivén del tiempo. Por ahora quede nuestra

noticia circunscrita a esta más o menos completa visión de un género literario que muy justamente debe enorgullecer a los chilenos.

(64)

BOLETÍN DE INFORMACIONES Y PRÁCTICAS ESCOLARES

Dirección General de Educación Primaria — Departamento Pedagógico

JULIO 1952

AÑO VI — N.º 42

Págs. 21-26

Director: Víctor Gómez Ch.

Santiago de Chile

CONOCIMIENTO DE CHILE POPULAR

Nicomedes Guzmán.

EL ROTO

El día 20 de enero de cada año se celebra en nuestra tierra la Fiesta del Roto Chileno. Esta fiesta tiene raíces en nuestra alma porque lo recordamos bien — ¿cuántas veces en un día como el citado, nuestros buenos padres nos encaminaron a reprimendas tiernas, para que no nos apartáramos de su lado, hacia la Plaza Yungay de Santiago, en donde se alza el monumento que perpetúa el espíritu de nuestro prototipo popular y en donde el pueblo desborda su homenaje, año a año, en juegos artificiales y júbilo, y guitarras sonoras y cuecas bajo las ramadas improvisadas, para quien es su representante en entereza, heroísmo y carácter! Hay quienes hablan del roto chileno con acento insolente y despectivo. Roto, para mucha gente, es denigrante y despreciable. No es así, la simple palabra "roto" es humillante. El roto, como hombre, precisamente nace en el individuo chileno que, por su pobreza, va zaherido. Pero, este hombre desciñe, corazón y sentimiento hechos del espíritu puro y grandioso de la tierra chilena—supo, a través del tiempo, dar categoría a su título. El roto chileno, a través de la historia aguerrida del pueblo nuestro, se ha forjado su propia historia. De Rotos fueron compuestas las huestes de Manuel Rodríguez, cuando el noble y grande guerrillero de la Independencia preparó el terreno en Chile para la llegada de los Ejércitos Libertadores. Rotos fueron también en gran parte los soldados que formaron la legión de los Húsares de la Muerte. Rotos fueron los hombres que, tras el talento admirable y la iniciativa incansable de don José Santos Ossa, se lanzaron al encuentro de los desiertos y arrancaron a las pampas nortinas su rico secreto de caliche. Rotos habían sido también quienes se aventuraron tras el hallazgo de Juan Godoy, a la conquista de la plata de Chañarcillo. Rotos fueron quienes se lanzaron al norte en 1879, para defender, contra el medio ingrato e impiadoso y contra la fuerza humana y mecánica, los territorios

conquistados a costa de tantos sacrificios. Rotos chilenos fueron, en fin, los que, por querer imponer en gesto heroico sus derechos, doblegaron sus vidas en la matanza de la Escuela Santa María, en Iquique, y las masacres de San Gregorio, Punta Arenas, La Coruña, Lo Almonte de las Delicias, Vallenar, Ranquil y otras. Así, entre múltiples actividades que, no por ser anónimas dejan de ser grandes y heroicas, el roto chileno ha forjado su historia, grandiosa y admirable. De este modo, entre gesto y gesto, en que la sangre muchas veces ha formado caudales increíbles, el roto chileno ha creado su propia psicología y una modalidad tan digna y determinada frente al mundo. Inteligente, agudo, esforzado, valiente, incorruptible, audaz, decidido, tierno, rebelde —amén de otras loables cualidades— el roto chileno se encuentra muy distante de aquellas opiniones que tan maldosamente se han emitido acerca suyo. Para zaherir el espíritu nacional, los antipatriotas que nunca faltan—exactamente los mismos que le han explotado y tosquichado la condición humana en su construcción condición humana han chocado a nuestro roto defectos que se encuentran lejos de sus costumbres. Es menester, de una vez por todas, catalogar a los hombres de Chile y no confundir a nuestro roto, laureado honrosamente por la tradición y que subsiste hoy como subsistirá siempre, con el sub hombre del vino, con el trasnochante ladrón, con el vagabundo piojoso, especímenes propios de una sociedad universal, mezquina y egoísta. Nuestro prototipo popular ha escrito en

La historia de Chile y en su propia historia, páginas acendradas y gloriosas en todo orden de actividades. La vida nocturna está ligada férreamente al brazo de nuestro roto. El trabajo de la tierra y su progreso, y su altura, y su estado de prosperidad están ligados al músculo, a la energía y al pensamiento de nuestro roto. Porque este roto chileno, pese a la miseria material que se le ha impuesto, ha sido la palanca poderosa y creadora sobre la cual se alza el prestigio que Chile tiene ante la función constructiva mundial.

De aquí que el roto, por la tradición que justificó su prestigio y por la realidad humana que significa en la actualidad, no pueda morir como ser representativo de la raza chilena.

Muchos aseguran que ya ha muerto, que sólo vive en la leyenda, específicamente minera y guerrera, que el vicio lo ha diluido y que no es más que un recuerdo más o menos lírico en la mente de los ilusos. Lejano o esto, nuestro roto vive, y por él vive nuestra tierra. Nuestro roto vive y vivirá siempre. Lo hemos visto en función de esfuerzo en los andamios, en los minerales, en las salitreras, en los tranvías, en las industrias, en el mar, en todo sitio en que la nacionalidad reclama su presencia para su grandeza.

Nuestro roto vive, y los que le niegan, que miren un poco hacia su propio corazón y hacia su fortuna, y que digan qué es lo que serían sin la cooperación constante de este ser social egregio que ellos quieren suponer perdido.

No. Es tiempo de que nos aboquemos a la realidad chilena y a nuestros valores, con toda entereza, limpieza y valentía. En medio de esta realidad y entre estos valores, el roto se ha impuesto mediante la credencial que le ha conferido su natural y espontáneo patriotismo, conformado en sangre y sudores.

Ubiquémosle, entonces, en el sitio de honor que le corresponde. Que no sea sólo la barriada popular del sector de Mapocho la que vaya a rendirle su homenaje en la noche del 20 de enero a la Plaza Yungay, en su tradicional fiesta. Que sea la nacionalidad entera la que se encuentre a su frente, no en memoria de lo que el roto fue, sino en gesto de admiración por lo que es y en apostura de seguridad por lo que será. Que la patria se lo debió todo, le debe todo y le deberá todo.

Símbolo y realidad, el roto es algo más que carne y hueso cubierto con unas cuantas ropas muchas veces a mal traer. Es espíritu eterno de honra chilena y de grandeza criolla. Nunca se le llamará en mejor forma chileno a un hombre que cuando se le diga rote con la honradez y la pureza y el misticismo patriótico, si se quiere, que el término exige.

HOMBRES DEL RIEL

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

Quién no les ha visto? ¿Quién no les conoce? De niños, ya tratabamos amistad con su presencia de agua fuerte. De grandes, tendremos obligadamente que encontrarles: donde haya líneas tranviarias en desperfecto, allí estarán ellos con su pujanza, su energía y su esfuerzo.

Titanes altos o pequeños, espaldudos o no, pero generalmente sudorosos, son el prototipo del obrero chileno de la capital, recios símbolos del roto inmortal, ciudadano que, al decir equivocado de muchos, ya va muriendo. Son ellos los que, en las labores del salitre, fueron los derripiadores. Nunca como en su tarea; puede apreciarse aquella figura literaria que desde hace largos años nos habla de "el canto al trabajo".

En realidad, el hombre del riel merece una sinfonía. Música ronca y potente la que arranca de su rítmico "combo" cuando cae sobre la cuña de acero que se adentra lentamente, golpe a golpe, entre las juntu-

ras de los adoquines; ella se repite en notas y se prolonga en matemáticas vibraciones tras los movimientos de torsos y brazos. Enraizados los pies en el suelo, tensos los nervios, los mangos breves de los "combos" firmes, entre los sudados dedos viriles, el trio humano parece competir en un torneo de plástica, poderosa y ágil poesía.

Y de aquí la música, la sinfonía, movimiento a movimiento, golpe a golpe. Esto es como un arte del trabajo. Y es también como las matemáticas. El arte y la ciencia confundidos en el combate por el pan.

Se transpira, se aceza. Y el concierto sólo se suspende para dar paso a los tranvías atestados. Luego, se sucede el despliegue del esfuerzo. Y el hombre

dará pruebas de su maravilloso sentido del ritmo. Espectáculo puro de belleza éste; los que le aprecian en su primitivo significado que son muchos y hasta hacen rueda a veces los trabajadores - es posible que no observen los parchados pantalones ni las terrosas camisas pasadas de sudor de quienes lo animan.

En todo caso, lo cierto es que estos hombres merecen admiración, como la merece el trabajo libre en plena madurez, y como la merecen todos los trabajadores de esta nación. Los hombres del riel, los chilenos del riel, no conforman con su rítmico esfuerzo, sino la partitura del gran concierto del trabajo de esta tierra.

Necesitaremos ubicar una a una las labores de los obreros nuestros, descubrir hasta las más ignotas e increíbles labores de nuestros hombres para sentir a todo corazón, a todo entero espíritu la belleza de los más dignos forjadores de nuestra nacionalidad.

Por hoy, hablando de los hombres del riel, localizándoles aunque sea en forma más o menos ligera y lírica en estas cuartillas, miremos también a los que complementan su trabajo, es decir, a los soldadores nocturnos, a los que el uruguayo Fernán Silva Valdés llamaría los "creadores de estrellas terrestres" y a quienes, de veras, hemos visto en las noches, como con las manos llenas de constelaciones, apegados al hierro descubierto a golpe de "combo" y penetración de cuña, enmascarados, como buzos con su escafandra, dueños de sí mismos y de la energía.

Sinfonía de acero y de luz, el trabajo de los hombres del riel, los diurnos y los nocturnos, delinean en la historia del esfuerzo chileno aguafuertes a que los artistas tienen la obligación de atender.

Prop. 4.900
Foto. Mora
— Monumento al Roto Chileno

Público asistente a la fiesta del roto chileno en Plaza Yungay, 20 de enero de 1947. Colección: Museo Histórico Nacional.

TRANVIARIOS DE ANTAÑO

Dediquemos un recuerdo a los viejos "carros imperiales". Nunca falta quien los añore, como muchos evocarán de vez en cuando el arrugado tiempo de los "carritos de sangre".

Conocimos estos últimos apenas por las noticias pintorescas, recibidas graciosamente de nuestros abuelos. Más, los "carros imperiales"; los conocimos muy de cerca, puesto que pertenecieron al mundo de nuestra infancia: de niños, vivimos en Santiago, exactamente frente al depósito llamado Cueto, por Mapocho abajo, y en donde por las noches iban a guardarse los típicos vehículos. Eran de color azul, lo recordamos bien, un poco a mal traer en su pintura, pesados, quejumbrosos, de un cansancio sin edad.

Hablamos del tiempo agitado de la Federación Obrera de Chile, del tiempo en que el movimiento social se incorporaba a nuestra historia en cuerpo bien definido, organizado y dinámico (años 1918 al 1922).

Entonces, a los chiquillos los encontraban las noches en jugarreta ilimitada alrededor de los carros que se guardaban. En racimos - esta es la verdad - nos colgábamos de los pasamanos, apoyando los pies en las pisaderas o nos escabullíamos al interior de los vehículos en movimiento a fin de recolectar boletos usados, que como flores verdes y rosadas, atraían nuestro interés desde los desastillados pisos. Nos agradaba ese olor a aceite quemado que tenían los tranvías. Era como un olor preciso a viaje, a lejanía un poco feliz y otro poco melancólica. Acaso ya entonces soñáramos con viajes. Y acaso, al treparnos todos los camaradas de juego a los carros, realizamos soñadas fugas. Como estas fugas que emprendemos a veces y que dejan en el recuerdo una fragancia de trenes en marcha o aviones en vuelo.

Pero dejemos estas divagaciones. Íbamos hacia otra cosa. Hacia la conquista de ciertas remembranzas, en que existen ciertos hombres y ciertas mujeres: aquellos que "gobernaban" los viejos tranvías imperiales, con segundo piso destartalado y al dominio entero de la luz, los aires y las aguas.

Los maquinistas .-

Se les vio por entonces, a los maquinistas, soportar la vida invernal con gesto entero y duro. Los tranvías no tenían parabrisas y las plataformas se hallaban expuestas a todos los embates: los del hielo, los vien-

tos y las aguas. Por esa época las agujas de las aguas parecían ser más oblícuas y más agudas. La nieve - que por entonces nevaba con alguna regularidad - debía de ser dura y cruel. Y allí sobre la plataforma delantera, los maquinistas iban manejando sus carros, heroicos, campaneando, silbando alguna canción en boga, tal vez algún "fado" o el "Cielito lindo". A mitad de las cuadras más prolongadas, tiritando, soltaban la palanca para frotarse las manos entumecidas y encarrujadas por la humedad. Cuando llovía, el agua les chorreaba por la visera de la gorra, se le escurría a las barbas y al cuello, y los hombres podían chapalear en el piso de la plataforma en medio del agua que se apozaba. Para evitar las mojadas, ellos acostumbraban rellenar los zapatos con papeles de diarios y a tapizar con "gangochos" el suelo.

Sin embargo, resistiendo todas las contingencias y los rigores,; los maquinistas tenían ánimos para cantar y dicharachar con más de algún pasajero. De nada servían los paraguas llamados "de familia", por lo grandes y anchos y que los hombres acomodaban de cualquier modo, con la intención de precaverse de

la lluvia. De nada servían, pues, como ya hemos dicho, las aguas celestiales; por aquel tiempo, parecían ser más oblícuas que las de hoy y más cruel el viento que las arrastraba. De tal modo, los golpes líquidos tenían presa segura en los rostros varoniles curtidos, enrojecidos. Y por sobre esto, los hombres cantaban. Los maquinistas, como buenos hombres del pueblo, se llevaban en la sangre, en orgánica entereza, aquel dicho sano y viril: "A mal tiempo, buena cara".

Las cobradoras .-

Lo mismo puede decirse de las cobradoras. Todos sabemos que antaño no había hombres encargados del cobro de los pasajes en los tranvías. Ellas, las buenas mujeres que fueron cobradoras, son en el recuerdo como una viva estampa de pintoresco color.

Entradas en años o jóvenes, usaban el clásico delantalcito blanco, bien almidonado, que parecía ser todo cartera, ornado de encajes o bordados de algodón. En la cabeza llevaban un sombrero de cartón forrado de hule, al estilo cordovés, y que ellas sostenían atravesando la copa con un largo alfiler, de modo que hiciera eje medio a medio del moño.

Y he aquí la estampa: sombrerito de hule, delantal almidonado , muy pequeño, como para una muñeca, zapatón de charol de torcidos tacos. Andando el tiempo, el sombrerito de hule fue trastocado por un “yoque” grande, que les llegaba hasta las orejas abarcando la cabellera. Si el maquinista - tal como hoy – era un servidor público hecho de esfuerzo en su función, la cobradora, como el cobrador actual, no le iba a la zaga.

Era de verlas subir a las metálicas escoleras de los carros en semiespiral para cobrar a los pasajeros de segunda – porque el imperial era de segunda clase -

que sólo pagaban un "cinco" por el pasaje. Por muy gordas que fuesen y a pesar del cansancio - horas y horas de pie, trajinando- se mostraban dotadas de una agilidad que asombraba al trepar al imperial. Lo mismo cuando tenían que descender en circunstancias en que el tomacorriente se había desprendido del cable.

-Se le salió el palo, señora ...- gritaba graciosamente algún palomilla o algún obrero chistoso, con no poca reticencia en el decir.

El maquinista ya había frenado el vehículo. Y mientras el hombre campaneaba y campaneaba reclamando intencionadamente, pero sin maldad, mayor prestancia y premura en el restablecimiento del "troley", ella se lanzaba como si fuese una niña a reparar el accidente. Si llovía, volvería a la plataforma con el rostro mojado. Allí estaba su puesto de lucha por el pan. Si había sol, el oro del astro le mordería los ojos. Si era la noche, tendría un premio de refulgentes estrellas para sus pupilas: las chispas que arrancaba el roce del tomacorriente con el cable. Esto es algo de la vida de los tranviarios de antaño.

Muerto ese tiempo, aquellos hombres y aquellas mujeres palpitan vivamente en el recuerdo. Los días han cambiado. Y ahora, los pocos tranvías que resisten al embate de los años reservan, para los que en ellos trabajan, más de alguna pequeña comodidad. Luego, y por lo demás la vida parece ser más benigna a pesar de todo. Se acabaron las lluvias de días y más días, las nevadas, los vientos impiadosos. Se terminaron también los paraguas "para familias". Los tranvías son cerrados. Pero no por eso puede dejarse de exaltar el esfuerzo de estos hombres populares, que son los tranviarios de hoy, hijos de los aguerridos y pintorescos tranviarios del tiempo ido.

El CARTERO

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

Por mucho que se piense, nunca nadie podría medir en toda su longitud cuanto de relación hay entre la actividad del hombre individual y el hombre colectivo.

Miramos a un hombre que se encamina a medio día desde la fábrica en que trabajaba hacia su hogar y no nos ha sido posible suponer que fue lo que ese hombre hizo durante la mañana por nosotros. Algo fue, ante su máquina dio fin a la costura de unos zapatos que cualquier día calzarán nuestros pies.

No se trata ya de los sacrificios de ese hombre en su labor, sino de la íntima correspondencia que hay entre los seres de trabajo.

Si existe el gozo del trabajo, podría residir aquí: en la conciencia de servirnos mutuamente, a pesar de nuestras diferencias y a pesar de todas las injusticias.

Y bien. Entre los servidores públicos de Chile, pocos los hay de una simpatía tan evidente como la del cartero ha hecho historia en nuestra tierra. Su existencia se remonta a los días mismos de la Conquista. Pasa por la Colonia, en medio de tierrales, sobre lomos sudorosos de mulas y caballos, persigue las ansias de libertad en el corazón ardido de un Manuel Rodríguez y continúa su marcha, a la grupa de la sangre, de las ilusiones, de lágrimas y suspiros. El viejo recadero de los viejos tiempos, es la delineación humana primera del cartero de nuestros días. Donde haya colectividades de hombres tendrá que imponerse como engranaje específico la función del cartero. Pero es en la ciudad, su centro y sus suburbios en donde la figura del portador de buenas o malas nuevas se destaca con relieves más precisos. Gorra al ojo, ágil y alegre cuando joven, agachado y de caídos mostachos cuando viejo, el cartero se desparrama por los barrios con su cargamento generalmente precioso. Nunca mujer enamorada anheló tanto la llegada de un hombre como la del cartero, cuando sus cuitas se encontraron suspendidas por la ausencia. La voz amorosa del amante lejano se hace cierta o vaga o vacía en la aproximación del anhelado

mediador. El cartero es, entonces, si de sentimientos se trata, un animador o un matador de ilusiones.

Hemos visto alguna vez a la modesta pero bella y noble niña del suburbio, esperara la puerta de su casa, circunspecta y tierna, la llegada del hombre de las cartas. A su pasada, ella no pregunta nada. El hombre se echa más hacia un ojo la gorra. No mira ni dice palabra alguna. Y es que no quiere ver cara larga ni oir quejas de las cuales no tiene culpa. Mas, ¡qué diferencia cuando su bolso atestado contiene un sobre para la niña! Este puede decir, con letras que parecen huellas de patas de gallina:

Señorita

Rosalinda del Socorro Vallejos

Luego, la dirección, las señales necesarias para que la carta no se extravíe, amén

del consabido "urgente".

El cartero entrega el sobre, recibe las monedas del pago; pero la mejor remuneración es aquella sonrisa cálida de la chiquilla. Le guiña el ojo y prosigue su tarea. Y así va el cartero por las calles, de puerta en puerta, gritando unas veces; silbando las otras. Es el dueño de los sentimientos del barrio. Controla y gradúa alegrías, lágrimas, angustias, dolores. Aquilata paradojas. Sopesa significativos silencios. Salu-

da a los vendedores callejeros. Todo esto, llueva o no llueva, haya sol o esté nublado.De allá, un viejo vendedor de mote con huesillos, le chilla:

-¿ Y, compadre, no trae unn esquelita pa mi?

Ahora no, viejo!

-¡Por la entretela - ironiza el vejete

- ya me olvidó mi tía rica!

La tarea es ardua. Andar, andar, hasta que el bolso de cuero desteñido y ajado quede vacío. No siempre ocurre esto. Un cliente que falleció, una familia que trasladó su domicilio. Otra que fue intempestivamente desalojada. Una dirección mal puesta. Todo esto y otras circunstancias determinan que algunos sobres sean devueltos al Correo. Aquí le espera otra tarea: recibir y seleccionar cartas. Después, nuevamente a la calle. Ir y venir todos los días. Lo que nadie sabe es aquello que él siente lo que sufre, lo que ansía.

Nadie tiene idea de su vida; quizás si tiene mujer, hijos. El cartero adivina, en cambio, con una intuición poderosa, en los ojos de las gentes, sentimientos y pasiones, teje ciertas historias en su imaginación avezada ante un solo mirar soslayado de pupilas, ante una lágrima, ante un gesto mínimo.

El cartero es una especie de ola humana. Va y viene sobre un mar ora calmo y sereno, ora encabritado y rabioso. El cartero, triste o alegre, es un hombre popular e irradia esa alegría inconfundible de la gente que vive feliz de servir.

BOLETÍN DE INFORMACIONES Y PRÁCTICAS ESCOLARES

Dirección General de Educación Primaria — Departamento Pedagógico

JULIO 1952

AÑO VI — N.º 43

Págs. 7-10

Director: Víctor Gómez Ch.

Santiago de Chile.

-7-

CONOCIMIENTO DE CHILE POPULAR

por Nicomedes Guzmán.

EL ORGANILLEROMY EL COMBO

Era domingo, Mañana llena de sol, invadida por dedos de tremolante y amarilla luz, que inquietaban de nervios brillos la superficie de los charcos.

Un olor como a neblina, olor como a humedad entibiecida parecía flotar en el ámbito, fluctuando al mismo ritmo de los sones arrancados del campanario de la parroquia cercana. Mañana tibia y lustrosa.

Iban a misa las mujeres. Y algunos chiquillos también, tras el pancillo de miel, en forma de guitarra con cuerdas trazadas a hilillos de caramelo coloreado; y tras el "punto" para el regalo de fin de año que, después de oída la ceremonia religiosa, le obsequiaban las damas catequistas.

Ya'a esta hora había pasado el carretón de basura tirado por los machos llagosos: en la lejanía sonaban aún, de rato en rato, los diminutos y huecos campanilleos que anunciaban su paso y que se dirían bastardos de los metálicos llamados parroquiales.

Gritaban los suplementeros a voces mondos y melladas. Y, según sus intereses chillaban a su vez los verduleros callejeros con sus canastos atestados de carne vegetal, resumando fragancia espesa, concentrada, penetrante a berros, apio, cilantro y perejil.

Pululaban los lustrabotas buscando clientela entre los grupos de obreros apostados en las esquinas. Por ella, restallaban, argentinos de destellos, los níqueles de diez centavos tirados al aire por los jugadores de chapitas.

Pasaba el vendedor de carretitas de madera y de monitos de cartón pintarrajeado, de piernas y brazos movibles. Y pasaba también le vendedor de remolinos, con su arboladura de primavera multiplicada en giros en la corona de sostén de su mercancía dicharachera de colores. A ambos lo perseguían los chiquillos haraposos o no, , alabando los juguetes. Había matices de arcoiris en los gritos de los que compraban el embeleco. Y había plomo de tristeza en los pechos de aquellos que se hallaban privados de conquistar un poco de alegría mediante una mísera moneda.

Pero, en seguida se acercaba el paliativo a la pena transitoria: venía el organillero, y, con él, el bombo. Venían la música gangosa y el ampuloso trepidar del gran tambor a las espaldas de dos haraposos sujetos, dos hombres trashumantes de júbilo y alegría, portadores de regocijo, a trueque acaso de su propia tristeza, como

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

los payasos de los circos proletarios o como algunos poetas del vino amargo.

Quizás, tal vez, si el organillero y el bombo fuesen poetas. Lo que fueren, la verdad es que alegraban. Y allí se encontraban, dispuestos a dispensar sus dones.

Antes de detenerse, ora frente a una cocinería, ora frente al portalón de un conventillo o bien ante el despacho próximo, ya estaban rodeados de la chiquillería numerosa, incontable y variada en edad y vestimenta. Muchos de las zarrapastrosos venían apegados a sus pasos desde lejos. Y así, el espectáculo o el humilde concierto no podía carecer —agregados los muchachos que les salían al encuentro— de entusiastas espectadores, incluidos los que se acercaban corriendo desde cuadras más adelante. Se detenían, también, empinándose en sus chancletas, las jovencitas y las mujeres maduras que andaban de compras con sus cartuchos y sus canastos sebosos.

Así, comenzaba la fiesta.

Ya estaba apoyado en el húmedo y blanducho suelo el organillo, vacilando en su única pata desastillada. Lucía en sus costados litografías borrosas, calcomanías exóticas. Alzaba el organillero la felpa de un verde añejo y gastado que cubría su instrumento, mientras el compañero meneaba ya la cabeza coronada de un metálico gorro circuido de bronceados y sonoros cascabeles.

Cuando comenzaba el gangoseo musical merced a las vueltas que daba a la manivela el hombre del organillo y el hombre del bombo ya había metido uno de sus pies en el lazo de la cuerda que, después de atravesar el costado a

costado, verticalmente, el gran tambor, desde el centro de los platillos separados por un resorte, pendían hasta el suelo. Aquí, en este extremo que tocaba casi la tierra, quedaba la rodela del lazo. Y aquí metía uno de sus pies el hombre del cucurucho con cascabeles. Y comenzaba el baile, a “pata coja”, girando, como emborrachándose, al ritmo del vals destemplado del fado cadencioso que manaba del viento del “piano”. Y se aceleraba el movimiento de la cabeza, al mismo tiempo, de tal manera que el sonido de los cascabeles pisara los talones de la música; y tiranteaba el hombre, al mismo tiempo, con el pie la cuerda enlazada a éste, lo que producía el milagro argentino de los platillos colocándose en lo alto del tambor. A su vez, el mango de escoba cabeceado con tiras que manejaba en su diestra, golpeaba una de las barrigas del bombo. Asó, los sonidos se confundían, se ampulaban, rutilaban, se confundían, se pagaban en los aires. Y la danza endiablada arrancaba trisas a las personas dichosas.

Cuando acababan música y baile, rebujiña de gargantas infantiles invadía en altos y bajos los ámbitos. Y empezaba de nuevo la fiesta. El hombre del bombo cambiaba el pie cojo y reiniciaba la danza, a saltos, girando, moviendo la cabeza en medio de graciosas muecas que hacían ver sus dientes cariados, tiranteando la cuerda de los platillos, golpeteando la barrilla del gran tambor adosado a sus espaldas, dueño entero de su arte primitivo, protesco, pero gracioso, cálido de humor. Transpiraba copiosamente, enrojeciendo. Acezaba. Y asi, rojo el rostro, transpirado, acezante, se descubría, terminado el tercero o cuarto baile, se abría paso entre los espectadores, y se iba, entre persona y persona y de puerta en puerta, alargando el sonoro gorro cascabelero, en busca de las dádivas. Era, mientras caminaba, todo un ser ruidoso, pues su andar hacía juntarse levemente los platillos; y él, adrede, movía el

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

cucurucho que sostenía en la diestra y zarandeaba el bombo que retumbaba en continuos truenos artificiales. Hecha la recolección de monedillas, volvía a la vecindad del organillero que había comenzado su lloriqueo musical. Y se imponía otra vez la danza. Poco tardaba en cesar el tumulto de ruidos y risas. Si el organillero venía provisto de la jaulilla con el loro de la suerte, allí estaban ciertamente las mozas comprando la pequeña esquela que elegía con el pico el ave y que le revelaba los secretos del porvenir: "Serás dichosa. Los buenos amores de un joven moreno te aguardan. Sé constante y triunfarás. El siete es el número de tu suerte. Tendrás dinero y cinco hijos. La maldad y el odio intentarán malograr tu felicidad, pero tus brillantes virtudes te harán ser siempre limpia de todo mal".

Y era tiempo de irse. Y se iban los haraposos infantes, a las espaldas los buenos instrumentos con que ganaban su pan, dispensando alegría acaso a fuerza de la congoja de sus propios corazones, como los hombres de los circos o como los poetas del vino amargo.

Espectáculo callejero. Santiago. 1948. Archivo. MHN.

HOMBRES DE LA CONSTRUCCION

Vivimos en una ciudad. Admiramos las bellezas urbanas, sean ellas naturales o creadas por el hombre. Los adelantos y los progresos ciudadanos son motivo de atracción, de admiración y hasta de emoción. La pureza de líneas de un edificio podría evocar a un poeta el vuelo de una paloma o el liviano tránsito de una golondrina en busca de su albergue. Pero, seguramente el poeta que evoque estas gracias no imaginará ni evocará el proceso de esfuerzo humano realizado para lograr ese fruto de concreto, de correctas y sobrias líneas, de maravillosa apostura, de inmóvil gigantón elevándose sobre sus propios fundamentos.

Allí donde se levanta un bello y elegante edificio hubo antes un caserón viejísimo, de los tiempos coloniales acaso, y que fue demolido por mandato del progreso urbanístico. Mientras una veintena de peones trabajaba durante unos cuantos días despojando de tejas, de vigas, de puertas, de ventanas la antigua y achacosa construcción, muchos recuerdos fueron muriendo. Sin techumbre, despojado de todo aquello que daba calor de intimidad y cordialidad de eterna penumbra y sensación de cálido secreto al caduco caserón, los gruesos murallones de adobe se sorprendieron al golpe total de la luz. Los desteñidos papales desgarrados de aquella alcoba violada en su hermetismo de viejas reminiscencias, tuvieron que soportar los manoseos de los vientos. Luego, cuando los adobes fueron paulatinamente desprendidos por las afanosas manos de los trabajadores, murió el arrugado olor a incienso, a maderas apolilladas, a vejez en sollozante reposo, tan propio de aquella alcoba en que varias generaciones de jóvenes matrimonios probaron la transparencia de la transitoria felicidad.

Pero el afán humano no acabó aquí. Limpio el lugar de murallas y de todo olor y recuerdo, las manos perseverantes, entre sudores y quejidos elocuentes de energía en despliegue manejaron los chuzos y las palas cavando la tierra y manejando las carretillas. El aparente afán destructor no devoró sólo el viejo

edificio de un piso, sino que ahora seguía hacia lo hondo de la tierra, arrebatándole arenas y piedras de azulada epidermis, que se amontonaban por allí como contribución para el milagro del nuevo edificio. La tierra y los escombros, partían en rugientes camiones hacia lejanos andurriales. Tampoco paró todo aquí. La gran boca cuadrangular fue tapiada con blancos tablajes de álamo. Se construyó un rancho también de tablas para el sereno y otro para habilitarlo como bodega y oficina. Se colocaron grandes letreros que anunciaban los nombres de profesionales y de casas proveedoras de ciertos artefactos y diversos materiales. Y acudieron sinnúmero de trabajadores especializados en diferentes otras labores: enfierradores, carpinteros. Llegaron camiones enormes portando panzudos sacos de cemento, limpia arena y fabulosas porciones de ripio, además de los atados de fierro y rollos de alambre.

Todo estaba preparado. Y donde hubo la aparente destrucción, empezó la definitiva labor de construcción. Una transparente teoría: "Destruir para construir", se verificaba aquí. Vino el rumor grandioso del trabajo colectivo. Chirriaron acompasadamente los serruchos. Cantaron los martillos ese canto tan rudamente melodioso que les es propio, y que es para el oído como una ruda parábola de luz sonora. Armazones para cadenas y zapatas y pilares fueron saliendo de las manos callosas y expertas de los enfierradores. Y luego, la betonera comen-

zaría su labor incansable bajo la también incansable voluntad de los jornaleros. Los moldes de álamo hechos por los carpinteros, encerrarían en seguida las armazones de fierro: cemento, arena, ripio, buscaría a impulso humano, su destino de eternidad en el interior de esos moldes.

Cotidianamente, día a día, tarde y mañana, desde que la barreta o el trozo de riel colgado en algún lugar a modo de campana suena anunciando la hora de entrada a la brega, hasta el instante de la salida, los trabajadores se estarán -

herramientas y elementos de trabajo en las manos- dando su esfuerzo a la consecución de la gran tarea constructiva.

Pasarán los meses sobre aquel lugar. Ya medido que ellos pasen, aumentará el ajetreo de los trabajadores y sus herramientas. Habrá necesidad de armar una torre para instalar el huinche que eleve el capacho con concreto. Se creará, entonces, otra música, una nueva aria del trabajo. Música de abeja colosal en continuada actividad. El ruido del concreto vaciándose en los moldes tiene apariencia de un espeso sudor vertiéndose como semilla tras de aguerridos y no vanos ímpetus.

Mucho de vida humana, de fragor viril va quedando enredado entre las armazones de hierro, en el esqueleto del edificio que va cubriendo la recia y dura carnadura del concreto. Los brazos no se dan tregua. Las carretillas se deslizan por las rampas, sonoras, rechinantes. Las empujan, llenas de zangoloteante materia obscura, morenos jornaleros que crispan el rostro en el esfuerzo. ¡Persistentes son las manos en la continuidad de la labor bulliciosa!

Y así, en medio de una rebujiña confiada y luminosa de hierros y gargantas, los pisos van alzándose como un grandioso milagro del músculo y del tesón humanos. Más tarde, aun antes de que el último piso quede terminado en su obra gruesa, se acoplarán a la ardua labor los albañiles, los buenos artesanos de la mezcla y del ladrillo. Los pisos, entonces, irán adquiriendo, al embrujo de la nueva labor, categoría de aposentos. Vendrán después artistas estucadores, con sus cantos, sus puyas y su yeso. Vendrán los pintores de overol saturado de aceite y trementina. Vendrán los electricistas, los gasfiter y toda suerte de hombres especializados para realizar la terminación de la obra.

Todos ellos, en común, entregan su energía, al servicio del coloso a punto de terminarse. Muchas vidas han desfilado a través de su propio cuerpo de hierro y materia bien fraguada para formar la realidad enhiesta de su organismo bien

constituido. Y no tardarán en retirarse quienes le insuflaron su espíritu mediante sudores quejidos, risas y cantos. La sinfonía del hierro en trabajo acabará entonces. Y acabarán la rebujiña de los serruchos y de las gargantas.

Terminado el edificio, sus habitaciones sabrán de olor a cera, a perfumes; sabrán de músicas de radios y pianos, de violines, también, y aflautadas voces de damas elegantes.

Y mientras el confort conseguido con los sudores y esfuerzos de los hombres de la construcción, después de disfrutar, noche a noche de la magra acogida del cuarto de barrio pobre, seguirán día a día, dando vida a nuevas construcciones y a nuevos opulentos hogares.

Y así, al evocar una lírica metáfora, cuando se miran las líneas maravillosas de algún edificio levantado en medio de la urbe, es raro que se piense en la contribución gigantesca de energía humana que se precisó para su logro.

En las inmóviles arterias de los edificios pulsa violentamente la misma sangre de los obreros que los alzaron.

BOLETÍN DE INFORMACIONES Y PRÁCTICAS ESCOLARES

Dirección General de Educación Primaria — Departamento Pedagógico

JULIO 1952

AÑO VI — N.º 45

Págs. 7-10.

Director: Víctor Gómez Ch.

Santiago, Chile.

-7-

CONOCIMIENTO DE CHILE POPULAR

por Nicomedes Guzmán.

CUNA DE CONDORES

Cuesta

HAY un libro de Mariano Latorre, nuestro célebre novelista, que llevo por título: "Cuna de Cóndores". Bello título para una obra literaria, sin duda. El nos vino a la memoria muchas veces, cuando, dejando atrás el chato y miserable caserío de Pueblo Hundido, casi en la frontera norte de la provincia de Atacama, el tren particular al mineral de Potrerillos comenzó su rodaje entre cerros, en potente ascensión. Parco, seco, hosco el paisaje. En la quebrada paralela a la vía, apenas aflora la agria espesa y corrosiva del canal que conduce la borra del mineral hacia el mar. Riscos, soledad. El desierto, las pampas, parecen no perdonar, y siguen hasta aquí grabando con sus sarmentosas garras grises los flancos del lijoso roquerío. El ámbito de horno atrapa los sentidos. La imaginación intenta inútilmente plasmar formas, corporizar figuras que ilustren la mente acerada de los esfuerzos, de las energías desplegadas en estos páramos, para abrir brechas hacia la industria de las alturas. Lentamente, la cuesta se pronuncia. El convoy, oruga pétrea y pujante, mordisca los laderos pétreos. El paisaje se hace movible, de repente, en las presencias distantes de un hombre y su mula, en esforzada conquista de una senda risconosa. Abajo, al fondo de la quebrada, la muerte se agazapa a la espera de imposibles presas. Los túneles abren sus bocas negras y desdentadas.

Transcurren las horas. La pampa amarga deja atrás, duele en el recuerdo y duele a toda garra en el cielo mismo, gris y magro, que parece ahora reflejar su

rostro de lomajes arrugados y hoscos. Pero, el transcurrir del tiempo no es inútil. El oleaje de su edad, casi infinida los eternos momentos del viaje, el tumulto de pétreas aguas, los inmutables rostros, inmutables y primitivos de las rocas, han de vaciarse luego, en una lenta cascada de descanso. La soledad va muriendo. Y el tiempo adquiere una fisonomía de luz nueva y fresco, casi júbilo. El paisaje seco, ardiente e impiadoso, persiste, pero sobre él el hombre impulsa su presencia colectiva. Y ahora, mientras el tren penetra en la estación de Potrerillos, se piensa nuevamente en aquel título de Mariano Latorre: "Cuna de Cóndores". La planta No son en verdad cóndores los que anidan en este espacio de meseta en que la planta y la población minera han fundado sus posiciones. Hombres de carne y hueso nos reciben, hombres cordiales e íntegros, un poco rudos y otro poco sentimentales, obreros de Chile, perdidos del mar, distantes aún de la pampa, lejanos de lo que se llama civilización, pero civiles de corazón y de cerebro en el hombre de su existencia positiva. Rumorea como avispa monstruosa la planta industrial. Desfilan por las enormes

chimeneas sus humos gruesos contra el cielo opaco y magro. La población en declive parece agitarse de humanidad ferviente y curtida.

¡Cuna de cóndores!

De nuevo asistimos aquí al espectáculo majestuoso y edificante, austero y recio; panorama vasto, ilimitado y ardiente del espíritu nacional condicionado a una conducta de esfuerzo y contumacia.

No podría hablarse aquí de la influencia extranjera, de la acción extraña que, impulsada por la capacidad material, más bien económica, convirtió estos páramos en un mundo humano en trance perenne de construcción. Hay más bien que hablar del alma de nuestros hombres en eterna peregrinación de luz para la demostración de las capacidades de la raza.

Los que hemos tenido en suerte el estrechar las manos encallecidas de nuestros mineros del carbón, en el sur; en Coronel, Lota, Curanilahue, Colico Sur, Colico Norte, Plegarias; los que tuvimos la honra de conquistar la pampa en la palabra ronca de los trabajadores del salitre; quienes alternamos de hombre a hombre con los obreros de las industrias de la capital, quienes adivinamos en los ojos de los pescadores, en las caletas de nuestras costas.

Una pasión laboriosa en bien de la nacionalidad, no podemos por menos que ver en los hombres del cobre, aquí en Potrerillos, una nueva, lenta pero segura afirmación en que el alma de Chile aprenderá sus mejores dones.

Si Chile geográficamente semeja un ancho toldilla parece que brotase en que el aspecto de lo inasible. Lo espiritual es lo mismo que lo terrestre que brilla en su bandera y pudiera ser también como un brazo y un puño curtidos esperando la hora que están declarados una rigurosa absoluta acerca de la verdad del esfuerzo que significa esta nación.

Este se comprobó hace mucho en Potrerillos.

De pronto el viajero no se explicó, puede explicarse la maravilla humana que guarda aquella meseta que es la población, digamos, el pueblo de Potrerillos. En la labor, en la calle, en el Sindicato, hay algo de extraordinariamente humano que signo a estas gentes perdidas en la cumbre de los cerros, lejos de todo contacto espiritual que no sea el que ellos mismos nutran y compañeramente se proporcionan.

Estar entre estos hombres es sentir de veras que en Chile se gesta una nueva vida. Y se imagina desde ya el rostro futuro de la Patria, cuando contemplamos

en hermosa solicitud a estos seres, siendo parte integrante de la nacionalidad, viven su reducto industrial, dando a esta tierra su parte anónima de lucha.

La luz tiene su dominio. Pero en este dominio el hombre juega su parte fundamental. Los hombres de Potrerillos participan de la luz verdadera que es todo Chile. La realidad chilena en su grandeza es determinada más que nada por los hombres del pueblo, por los trabajadores, por los únicos elementos humanos que, poniendo al servicio de su patria el capital de su corporal y mental, el capital de su sangre, de su sudor, tienen el derecho más puro de hablar de Chile como de su patria.

Y es que la Patria son ellos mismos.

¡Cuna de Cóndores!

No son cóndores propiamente. Y, sin embargo, algo más: hombres que dejan el espíritu y en los músculos para dominar el medio y a las dificultades. Hombres que, bastándose a sí mismos, bastan para la tierra, distante del gran mundo, lejos de las brillantes ciudades, del loco ajetreo de la capital y de los puertos.

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

Sindicato

¡Cuna de cóndores!

El Sindicato es su arma. Y el hombre la blande con seguridad y con orgullo. En Potrerillos, la dignidad obrera se mide a través de la actitud de sus organizaciones gremiales legales (Planta y Mina).

Más allá de la conducta de manos unidas que expresan estas dos grandes entidades sociales, sólo está la lucha; lucha en dos aspectos: en el aspecto íntimo e interno, en relación con las aspiraciones colectivas; y lucha en el aspecto general, ciudadano y patriótico, destinada directamente a prestigiar aquella que se refiere a Chile en cuanto a organismo de entera contextura.

La mina

Hemos visto la mina de Potrerillos.

Un viaje de más de media hora en bus, al borde de barrancos y quebradas, nos permitió llegar hasta el corazón de la tierra cuprífera en el campamento de Las Vegas; y allí mismo asistimos a nuevas fases del carácter humano de los hombres del cobre de esa región.

Interrogaciones. Respuestas. Cordialidad. Afectos.

Pero todo se apaga cuando el hombre se sumerge en la tierra, en los socavones mineros.

Un casco. Una lámpara. Una pila ceñida a los riñones, después de todo un overol. Y he aquí el sujeto que imprime dinamismo a la producción del cobre.

Las botas de goma no están de más. Porque abajo, el agua que desciende los túneles llega a veces hasta la cintura.

Suenan los pasos por las galerías ensordecidas por los rumores del trabajo. Convoyes que van y vienen. Llamados, timbres. El canto brutal y escarbado de los buzones, cargando rotativamente los carros. Todo gira... Da vueltas, enloquece, espolvorea el alma de pasión constructiva, cuando la tierra espolvorea los óxidos.

Es como si allá abajo, a doscientos y tantos metros de profundidad, en las vísceras del cerro, el tiempo se deslizara por una doble vía. Los túneles no logran esconder la verdad humana. Aquí, como en otras partes de Chile: Chuquicamata, El Teniente, Lota, el hombre forja grandeza mediante el trabajo aguerrido.

Regreso

De la noche levemente temporal pasada en el vientre de la montaña, salimos a la noche profunda de camanchaca de la superficie. Es la hora de la vuelta a la planta. En la ladera de la quebrada, la cinta del camino se entrega resbalosa como si la niebla la embadurnara de jabón.

Aquí se impone la cautela del piloto. A ratos, el camino se extiende encima de volados naturales, salientes roqueales que aparecen colgar de los taludes pétreos.

Los faros del coche alumbran y es como una resolana de luz la que golpea los ojos. Hay que apagarlos. Es menos peligroso gobernar a oscuras, según dice el chófer. Él conoce la ruta, pero la tensión nerviosa es inevitable. Son minutos contados como con gotas de sangre. Se respira a pleno pulmón cuando la noche espesamente lechosa y helada se alumbra y se plantea con las luces y el fragor de la planta elaboradora.

Uno vez más se piensa en “Cuna de Cóndores”, es en el momento de la partida, cuando se abandonan las manos curtidas y las buenas miradas de los amigos. Mientras continuamos nuestro viaje.

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

Trabajadores de la mina El Teniente. (Siglo XX). Archivo MHN.

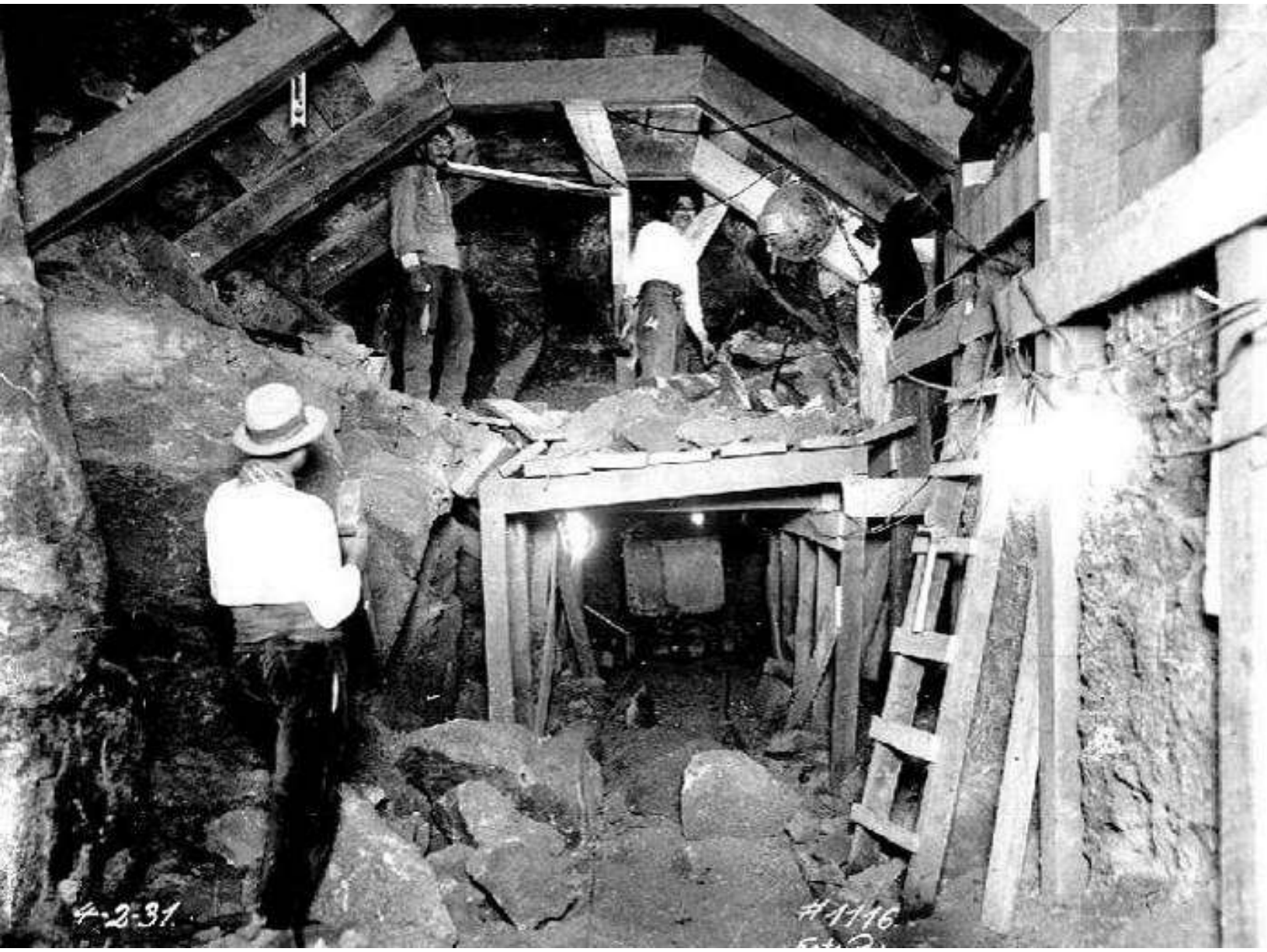
Observación, ellos continuarán en su rotunda laboriosidad. La amanecida nos encontrará “hundidos entre las quebradas, buscando en el autocarril vertiginoso las lontananzas de las pampas calcinadas.

A lo largo de todas las rutas férreas de Chile, sur, norte y ramales, encontramos de vez en cuando ciertas paralelas truncadas en su afán de infinito. A sus extremos, se extienden muchas veces esmirriados poblados, antiguos caseríos, mohosas poblaciones de calamina. Son las “puntas de rieles”. Allí detienen su carrera que pareció incansable ciertos convoyes. Allí parecen morir los anhelos del viaje. Los villorrios abandonados tienen aquí en la punta de rieles, a su hermana de desamparo.

Decimos desamparo. Y es el instante recordar las puntas de rieles del norte. En medio de los desiertos y las pampas, no faltan junto a las vías los hierros arrancados, floridos de moho y de briznas que señalan el término de una ruta. Se levantan como los cuernos de un buey cansado que hubiera echado allí su osamenta. Sobre ellos el tiempo parece posar en actitud de añoranza enternecedora.

Cuando se alzan al flanco de un pueblo derruido, abandonado, sin puertas, sin ventanas, sin techos, sin ojos humanos, sin ropa tendida a los vientos alegres, hasta entonces de tan solitario y sórdido, son como esqueleto del pasado, como los restos de la gloria. Y es en cada sitio norteño de la patria en que hay vestigios aún de que allí laboró y se apasionó el hombre, hubo una razón de dignidad, de triunfo, de vida fastuosa y contenta.

Así, toda punta de rieles es algo como un símbolo de respeto a lo humano que vivió en brega y que en breve se extinguió para siempre.



Mineros trabajando en El Teniente, 1931. Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile.

EL HUASO

En la vendimia, en la trilla, en la topeadura el hombre de poncho tricolor —que esconde la chaqueta más parecida a chaleco, ornamentada con botones de concheperla— y de calzón ajustado a la cintura por la faja con todos tan los matices patrios arrancados a tintas nativas; y de botas de potro, las que se ajusta la talonera, todo a la vez, se semiabrazada por la espuela con el metal que porta la espuela con el decir, el huaso vestido de fiesta de sugestionante poderío.

Cual más, cual menos, los hombres de Chile se endosan a su cuerpo el sombrero alón, provisto de cordón cordovez —y cordovez de la vieja hasta los tobillos, todos los elementos del vestuario que representa orgullo y dignidad en los días de alegría agrícola. La briosa misma del caballo se suma a los enseres indispensables a la mejor presentación. La estampa se hace más nacional.

Elegante y rangoso en el vestir y modesto en sus atavíos, en el decir sin embargo, más que todo lo demás en el hablar y en la conducta, que es tradición pura. Continente y contento se complementan para exaltar, por el ingenio y la gracia de una raza que no conoce embates.

Vengan la vihuela y chicha, una cantora y los mostos de uva por limpios y generosos; la cueca, y sin embargo, más que todo lo demás el pie y mejor zapateado y las ocurrentes de mozas y mocetones, todo estará de plácemes; que esta fiesta transitoria se impronta de lo típico que resarce de la memoria y bonanza para el pasado inmediato.

Así hay que observar el curso de trayectorias. Será el inquilino o el simple labriego, el carretero, el vendimiador, personaje en su acción proyectada hacia nuevos horizontes.

Gañanes descansando en 1944. https://es.wikipedia.org/wiki/Huaso#/media/Archivo:RG18-AG--3951.jpg

BOLETÍN DE INFORMACIONES Y PRÁCTICAS ESCOLARES

Dirección General de Educación Primaria — Departamento Pedagógico

JULIO 1951

AÑO V — N.º 38

Págs. 27-32.

Director: Víctor Gómez Ch.

Santiago de Chile

-27-

CONOCIMIENTO DE CHILE POPULAR

ESCRIBE NICOMEDES GUZMÁN.

Es importante en la vida de los pueblos el conocimiento de sus significativas fechas históricas, el modo de cómo se ganó tal batalla, los hechos que dieron como consecuencia este o aquel acontecimiento político, los perfiles de algún prócer. Mas. Bajo todo esto se mueven y se agigantan otras cosas a cuyo conocimiento huimos, algo que puede tener base más seria de hermandad, de fraternidad, de comprensión.

"No hay pueblo que, al mismo ritmo de sus luchas públicas, no se encuentre librando una lucha íntima. Esta lucha se encuentra viva en las costumbres y en la simpleza de la vida popular, simpleza ésta que deviene en grandes gestas, como la gesta del salitre, en Chile, o del carbón, del cobre; simpleza en la que se recluye la verdad, la esperanza, los bríos de la nacionalidad.

"Comprendamos al pueblo y habremos comprendido una nacionalidad. Los acontecimientos pasan. El pueblo y su conducto por muy anónima que ésta sea, abran el paso a lo eterno.

"Chile se construye sobre el alma misma del pueblo y sus detallamientos más simples pero más respetables. De aquí nacen sus empresas colectivas, siempre en brega, en medio de una soledad territorial ajena a influencias espirituales, y de aquí emana lo más propio de su cultura, de sus inquietades de nacionalidad tierna y soberbia, su desprendimiento, su generosidad siempre constatable".

(De "Lo popular y el espíritu de Chile").

EL DIECIOCHO EN EL PARQUE CENTENARIO

Hay cosas y asuntos relativos a las tradiciones nacionales que viven sólo sujetos a la magia de la evocación. Hay rincones santiaguinos que el progreso urbano abolió en su rotativo afán de la superación.

Queremos recordar ahora un ambiente y un hecho: el Parque Centenario, ya muerto, y las fiestas del dieciocho de septiembre, que el pueblo realizaba bajo sus árboles y junto a sus acequias desde lejanos tiempos hasta 1928.

Allí, junto al río Mapocho, de fervientes historias, a su costado mismo, alimentado por sus corrientes barrosas, entre solares que

se extendían en la que ahora es la Avenida Balmaceda, entre Brasil y el Puente de Manuel Rodríguez, a la vera de la línea férrea que va hacia Valparaíso, levantaba sus orgullosas y gallardías populares, en verdes de pimientos y eucaliptos, el Parque Centenario. Frescura de savias en primavera; rebuzjina de abejas, moscardones y langostas, más allá de los zarzales que bordeaban el lado opuesto del río. Canción rauda e impetuosa de aguas. Pertenencias de un pasado de perenne infancia, que, pese a todas las adversidades, no conoce sino el regocijo. Lagartijas tornasoles y candorosas, que no resistían el engaño del lazo de teatina que nuestra infancia les tendía para su padecimiento. Calderas y trompas herrumbrosas de locomotoras abandonadas, sobre cuya superficie la flor del hierro florecía en cobrizas opacidades. Rebuzno de burros llagosos. Soliloquios apasionados de amantes proletarios. Pasividad de vagabundos y de hojalateros. Roncas tonadas de areneros incansables para arrancar al vientre de las angostas vegas los tesoros del ripio.

Todo común y cierto bajo el transcurrir de los días, desvaleciendo [sic] miserias, creando ilusiones y esperanzas.

Pero, llegaba el Dieciocho de Septiembre. Y, si el Parque Cousiño, era el lugar donde iba a acunarse la diversión del aristócrata junto a la del pueblo, el Parque Centenario era el recinto donde lo más auténtico de la humanidad arrabalera iba a desparramar su alegría, al ritmo de los sentimientos patrióticos.

¡Reinado de la empanada y del pequén. Imperio del causeo y del mosto traídos de Renca o de Lampa. República de los chuicos, de las donosas damajuanas, de los clásicos potrillos, caudalosos de líquido espeso y bermejo, bullente y espumante!

Pasión patriótica de las barriadas suburbanas, que recuerdan a sus héroes sin hacer ostentación de nombres. Sinceridad del hombre humilde que profesa el respeto a las viejas luchas libertarias en el origen mismo de su propia alegría.

Es el Dieciocho de Septiembre. Y las viejas lavanderas que abandonaron sus artesas por un día de color criollo, y los hojalateros, que olvidaron sus hornillos, y los areneros, y los panaderos, y los tranviarios en espontánea conducta, llevan sus arpas y sus guitarras, sus acordeones y sus armónicas, y la fiesta se construye, entre comistrajos, bebidas, cuecas y tonadas. El conventillo y la cité prolongan su existencia bajo la imponencia melodiosa de los árboles. Lo triste se hace aquí ubérrima alegría, estridentes gritos, risas que corean los pájaros que anidan entre los ramajes. Aquí no se lanzan vivas por los tradicionales héroes. Ellos reeditan su figura egregia en los vivas a la mujer querida, al compadre, al hijo que nació hace poco; y se confirman en el olor de las empanadas, en la música del vino y las guitarras, en el dolor del pueblo que ahora es anchurosa vivencia de júbilo.

Y más allá, en los solares, la chiquillería despliega también su existencia dieciochera en los colores de los volantines, las ñeclas y los chonchos. El cielo es amplio. Y contra su azul purísimo, las ansias infantiles se elevan en el oropel maravilloso de los papeles

y los maderos volátiles. El tiempo se estremece al compás de las clavadas. Y el hilo curado hace sus estragos. Allá el volantín chupete, que porta los colores de la patria, embistiendo audazmente al pavo pechuga, que se enseñorea majestuosamente. Las cañuelas giran entre los dedos casposos, sangrantes de rebanadas. Los ojos están puestos en la briosa batalla aérea. Y cuando el pavo se va cortado, incapaz de resistir los findeos y ataques del volantín chupete, la pequeña ñecla y humilde choncho, parecen sonreír contra el aguamarina de los cielos, que los mece plácidamente, como bongos que cargaran las mismas esperanzas de la niñez.

PREGONES CHILENOS

¡¡¡ El Pueblo !!!

He aquí una maravillosa expresión, de la que se abusa a diario, sobre todo en los lances políticos. ¿Es necesario definirlo en sus aglutinadas potencias, en sus simples manifestaciones de creación, en sus primitivas maneras líricas, en sus espontáneos gestos de artista?

Una larga trayectoria colonial y de vida libre y ciudadana ha definido al pueblo chileno, más allá de todos sus poderes constructivos, como un creador espontáneo, absoluto.

¿Dónde reside este sentido de creación? ¿Dónde el hallazgo de este milagro de pasión artística?

Es menester acercarse a la intimidad de la existencia popular y entonces se debelan ciertos secretos de pura raigambre humana, se descubre una verdad de poesía y de ternura.

No ya los graciosos cacharritos y figuras de Quinchamalí, en la zona de Nuble. Ni tampoco las gredas de Pomaire. Ni las maravillosas filigranas de crín, que son los tejidos de Panimávida o la policromía de los tejidos de Chiloé.

Todo esto, que nace como música natural, material y asible de manos de los artífices populares de nuestros villorrios y de nuestros campos, son asuntos de belleza simplemente sugestionante, de instinto que quiere sublimarse, de espíritu que anhela realizarse en vernaculares manifestaciones de cultura. Más, existe una música esencial que revela el carácter del pueblo, su sentido lírico siempre constatable.

¡Es el pregón!

¿Qué substancias vitales conforman la carnadura de esta fuente de música auténticamente popular que es el pregón chileno? Desde el corazón de la vida colonial invaden aún los oídos de la nacionalidad actual, los hondos y prolongados gritos del sereno:

-¡ Ave María Puríii ... simaaa ...! ¡Las nueves han dado y lloviendo ...!

Grito que la noche destilante cogía en sus obscuras manos sin estrellas, para portarlo hasta lo infinito.

Ahora, en los inviernos de los suburbios santiaguinos y en el alma fundamental de las provincias sureñas, el grito del sereno se reedita en el pregón del vendedor nocturno:

-¡Los camoteee ... y las castañas ... cocidas ...!

-30-

El tiempo parece detenerse bajo la lluvia espesa e inquietante. En algún hogar humilde, alrededor de un esmirriado brasero hay algunas almas ancianas e infantes que se sobrecogen.

-Los piñooo..nes y las castaaa… ñas cocidas!

¿Qué pasión dulce y a la vez amarga, qué retorcida alegría y crispado de dolor? ¿Qué extraña melancolía, qué todo aquello propio de las almas viejas contiene el pregón del vendedor nocturno?

Canto con olor a sur y a campo nutrido de las palabras, camotes, castañas, piñones, es el que se extiende desde las sombras sorprendidas por el farolillo hediondo a sebo quemado. Arrecia a veces la lluvia sobre el suburbio y los andurriales, y entre las hilazas violentas del agua y las breves treguas del ventarrón iracundo se extiende el grito como una culebra herida:

-¡ Los piñooo ... nes, los camootes.

Sería necesario dar forma íntegra al sentido social que guarda en sí el grito de los vendedores callejeros de Chile. Puede suponerse en esos pregones un germen de poesía poderosa. Como todas las artes populares nuestras, como en toda creación primitiva, el pregones una especie de aria rotunda, una expresión categórica dentro de su simpleza, del espíritu colectivo en brega por la definición de un carácter. Hermano nocturno del vendedor de castañas, camotes y piñones es el vendedor de tortillas. Pulula en todos los barrios, y su grito tiene también su ritmo musical:

-¡ Tooo ... rtiii ... lla y guevo ...!

Pregón el suyo breve y agudo, resulta algo así como el trasunto onomatopéyico del cántico de un pájaro noctámbulo. Busca y encuentra el alma con una insistencia trágica, de cuchillo que quiere herir, pese a la sabrosa razón que lo origina.

Pero hay también el trashumante pregón del hojalatero.

-¡ Hojalateríií... a que componeee ... le ...! ¡Hojalatería qué componele ...!

Nace de la garganta del viejo vagabundo suburbano, cojo y maltrecho, de amarilla colilla pegada a los labios, bajo los bigotes espesos. Humea el hornillo que porta su diestra, y es cómo si el humo

simbolizara la consumación del grito en los confines:

-¡ Hojalateríií ... a que componeee ... le ...! ¡Hojalatería qué

Cada pregón tiene su modulación, su gracia personal, su propio dolor, su particular alegría, su arraigada melancolía. Música del pueblo, poesía del hombre humilde que parece querer prolongar su alta voz hasta los cielos en el sonido de su garganta.

Vamos a la Vega o al Mercado y allí encontraremos la picardia criolla sujeta a los gritos encontrados de los vendedores:

-¡ Las pilas, las pilas, las güenas ...! ¡Compre aquí, caserita, compre aquí ... ¡Las pilas ...!

-¡ Las papas, las papas importadas de Lampa ...!

-Los ajos, los ajos! ¡Llévele ajo a su marido, caserita ....

Entre pregón y pregón, van y vienen las puyas, que son como una oferta más de gracia puramente criolla. Todo es color: multitud

y vegetales. Hasta el olor de las legumbres y verduras resuman sensación de pregonería campesina. Luego, el mar chileno, fragante a yodo vigoroso y a sales, se hace presente en otros espesos gritos:

-¡ Choros, los choros ...! ¡Amarillos y negros los tengo ...!

-alardea pelando los dientes una mujer.

Lo más típico de las costumbres populares se concentra en todos los lares del Mercado.

Pero, regresando a las calles, se enredarán una vez más en los oídos, templando el alma de júbilo los pregones más variados; arde de sol la mañana. Y el guatero dirá hacia las distancias:

-¡ Paaa ... ta ... y guatitas !... ¡Sangre ... corderito ...!

Y así, los escoberos, los remolineros perseguidos por los chiquillos, los fruteros, los suplementeros, el motero ... Y hasta el el lustrabotas, conformará en sus luengas voces un poco de la verdad simplota y pícara del "roto":

¡... trialeeee ...!... ¡Trialooooo !...

LA FIESTA DEL ROTO CHILENO

Encuadrada entre las calles de Las Rosas, Santo Domingo, Sotomayor y Libertad, encuéntrase en la capital de Chile la Plaza llamada de Yungay. Homenaje de la nacionalidad a un acto heroico del soldado chileno. Árboles y prados. Flores vegetales que en la primavera yerguen la gracia de sus colores; y flores humanas que. en tardes lucen el atavío de las ilusiones. Centro de atracción, solaz y regocijo de todo un barrio. Allí el juego del niño es matiz de candor. Y allí los besos a hurtadillas atizan los fuegos sentimentales.

Pero, en cambio de todo, como un vigilante de inmóvil, y no obstante cálida pupila, se encuentra el monumento al Roto Chileno. Sobre un pedestal de rocas que destilan aguas y enredaderas, la chilenidad elevó, constituido en bronce y actitud gallarda, la figura del héroe vital en los entreveros aguerridos de la

Batalla de Yungay. Allí está el "roto" -héroe anónimo en todos los lances: los de la guerra, determinados por el empuje titánico; y los de la paz, conformados a fuerza de la paciencia varonil en el trabajo.

Es decir, allí se encuentra el pueblo, el hombre-masa olvidado a veces, pero siempre inmortal, merced a sus propios ímpetus. Es el hombre popular de Chile el que se perpetúa en el bronce que allí se eleva.

Pese a todas las negaciones, el "roto" chileno ha forjado a través de la historia de nuestro pueblo, su propia historia. Historia que, en verdad, va más allá del bronce y se alimenta de sangre propia.

De rotos fueron compuestas las huestes de Manuel Rodríguez, los Húsares de la Muerte, que definieron la Batalla de Maipú, cuando el noble y grande guerrillero se lanzó en definitiva en brega libertaria. Rotos fueron los conquistadores del Cerro Pan de Azúcar, en Yungay, al mando del general Bulnes. Rotos, los conquistadores de las pampas salitreras, dirigidos por el espíritu de

aventura de don José Santos Ossa. Roto, indudablemente, Juan Godoy, el descubridor de las fastuosas riquezas de Chañarcillo. Rotos los de la campaña de 1879. Rotos todos aquellos que han hecho históricas las grandes gestas chilenas.

Símbolo y realidad es algo más que carne y huesos cubiertos por unos cuantos ropajes, más o menos ... Es espíritu eterno de honra chilena y de grandeza criollas.

El pueblo metropolitano, que es el roto chileno mismo, así lo entiende, y año a año, allí por el 20 de enero, aniversario de la Batalla de Yungay, desborda su entusiasmo en despliegues chilenísimos.

La plaza de juegos de niños y de querellas de enamorados, transforma su semblante habitual.

Se acerca la noche y ya las fondas se hallan en plena madurez de músicas y bailes. Suenan las guitarras. Algún piano desvencijado remoza sus añejas notas. Un arpa de alcurnia aristocrática ennoblece sus cuerdas resecas, bajo las manos de una tocadora que recién termina de freír empanadas. El tiempo se aglutina en música y alegría. El desenfreno de la cueca, sabor a humitas y a caldos "criatureros", define su imperio. Por allí los sones de los instrumentos improvisados con metálicas tapas de botellas. Allá las serpentinas. Y corre el ponche en leche, el col'e mono, como en lácteas réplicas terrestres, al mito de la Diosa Juno. Y el ponche en agua de culén y de canela, y la chicha prematura, hecha de uvas adolescentes.

Bulla y alegría. Bailes y algazara. Y el "roto", rígido en su eternidad de bronce, grande y tierno, entre la pirotecnia de los petardos, los juegos artificiales, los voladores.

¡Júbilo del Pueblo por sí y para el mundo!

(*) La Dirección del Boletín ha solicitado a Nicomedes Guzmán una serie de viñetas de características propias de nuestro pueblo. Ellas serán publicadas en los boletines regulares de la suscripción del presente año. Esperamos que los maestros sabrán apreciar este esfuerzo de la Dirección de la Revista y dar a este material un uso adecuado en sus clases de literatura o de información nacional.

Dieciocho de septiembre en el Parque Cousiño, hacia 1900 (Santiago, Chile).
Memoria Chilena. Biblioteca Nacional.

Vendedor de mote. (inicios del Siglo XX). Archivo MHN.

BOLETÍN DE INFORMACIONES Y PRÁCTICAS ESCOLARES

Dirección General de Educación Primaria — Departamento Pedagógico

JULIO 1951

AÑO V— N.º 39

Págs. 25-32.

Director: Víctor Gómez Ch.

Santiago de Chile

CONOCIMIENTO DE CHILE POPULAR

SEGUNDA PARTE

ESCRIBE NICOMEDES GUZMAN

-25-

UNA VIEJECITA

Quienes no tengan voluntad para mirar al pueblo chileno en sus gestos más simples, en sus actitudes menos trascendentes, en sus mínimas y muchas veces tiernas costumbres, en sus hábitos piadosos, y en su tradicional bondad, no podrán llegar a comprenderle. Los críticos y criticones de la raza, sobre todo cuando se trata de levantar propagandas de carácter político, gesticulan mediante palabras, retuercen feroces frases, levantan y dejan caer terribles látigos para zaherir en su probada grandeza al pueblo de Chile. Necesitamos observar hacia aquella pureza popular que, por lo general, transcurre y existe en nuestros medios humanos, doblegándose al anonimato, para entender en su integra idiosincrasia a la nacionalidad.

Los que miraron a un borracho tendido junto a una acera, los harapos entierrados, y la cabellera hirsuta, y comentaron: "El pueblo chileno es borracho", ¿miraron también acaso a aquella viejecita, que agobiada por los años de sacrificios junto a la artesa del lavado, gibada y torpe en el andar, cubierta con un viejo manto de luto, pasaba precisamente cerca del hombre tendido en dirección a la parroquia cercana? Prototipo de la mujer heroica del "alto pueblo" chileno, ella concreta toda una verdad histórica y humana con respecto a nuestra existencia. Es en ella en donde se sintetiza la virtud o las virtudes de la raza nuestra, forjada en el esfuerzo sin límites. Sin embargo, simple, humilde y anónima camina hacia la iglesia a oír su misa dominical y a orar piadosamente por los suyos, y nadie repara en ella. El crítico o el crítico

de que rebaja y zahiere en su integridad gran- diosa el espíritu de la nacionalidad, no la ve ni le interesa verla, ni menos maginar lo que fue su vida o qué rol simple y extraordinario le ha corres-

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

pondido a ella en la fragorosa lucha desconocida de los humildes. Nosotros que creemos conocerla, sí nos hemos interesado por ella. Sabemos su historia. Sabemos la leyenda de su existencia, compuesta por la adversidad la tragedia, la ternura, la fe, la bondad, la piedad ilimitadas.... Podría hacerse una novela de su vida. Su vida es una arcilla robusta y emocional, luminosa y dulce, apta para que el artista elabore en su espíritu una creación de caracteres recios y definitivos .... Una arcilla con la cual se podría conformar el rostro entero de Chile, tan caprichoso a lo largo de todo su extenso territorio.

Conocemos la historia de esta viejecita. Ella ha llegado ya a la iglesia solitaria, aún a tan temprana hora de la mañana .... Se postra de rodillas entre dos asientos. Hay aquí olor profundo y exótico a incienso, como decir olor a religión, a sacrificio, a tradición, a bruma seca... Extrae la viejecita un rosario del bolsillo de su falda, averiada por los años. Junta las manos. Sus labios tiemblan; es como si tiritasen, al ritmo de la silenciosa y honda oración. Mientras reza, nuestra viejecita no cierra los ojos, como tan teatralmente lo hacen algunas "aristócratas" para revelar con ello una fe y una piedad que no experimentan. Nuestra viejecita mira hacia el altar con los ojos húmedos. En esos días se revive su historia, esa historia que conocemos y que quizá nadie admire, esa historia que se perderá en la tierra cuando sus huesos cansados se dobleguen por fin.

Es como un cuento o como una leyenda .... La presenciamos en sus pupilas brillantes de religiosidad. Ella nació hace muchos años en un pueblecito del sur, entre cantarinas aguas, entre trinos de pájaros, entre verdor profundo de savias .... Pero, jay! esos crueles inviernos de su infancia! Su casa era un rancho en donde la miseria discurría como una rata insaciable y en donde la humedad invernal y los vientos iracundos generaban manos para herirle ... El padre, era un viejo tosco y recio. Ella recuerda - tenía quince años entonces - cuando se llevaron al viejo, reclutado para luchar en la revolución del 91. Fue triste

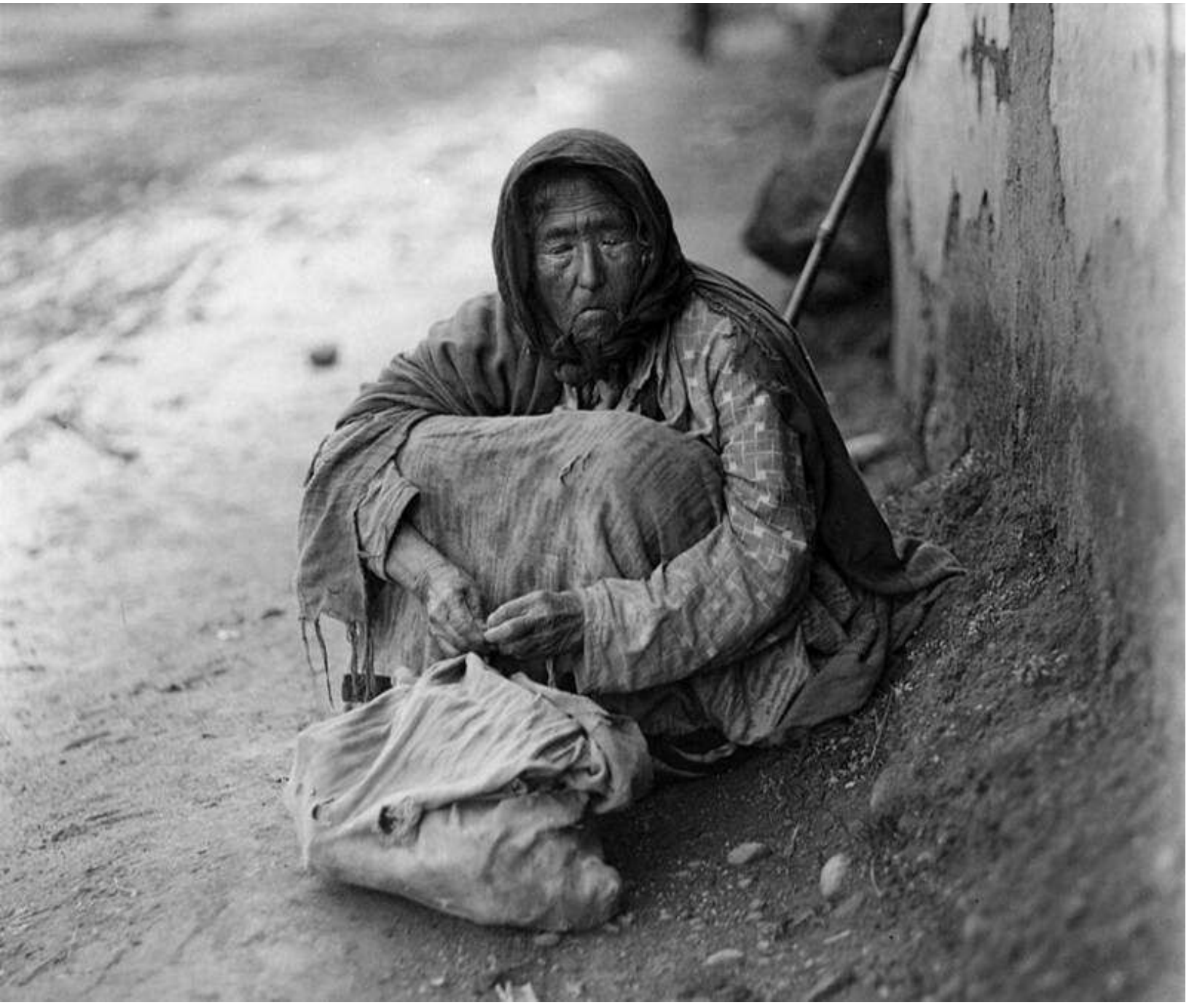
aquello. El viejo no volvió nunca más ... ¡fue muy triste! Más tarde, muerta también la madre, y dueña ella de la casa y responsable de los hermanos menores, se casó. Fue feliz y sufrió también muchas amarguras. Grande ya los hermanos, el esposo, alucinado con las promesas de un "enganchador" de las salitreras, decidió emigrar al norte.

¡Tremenda vida aquella !.... Después de largos años de trabajo, lo cogió a él un "chancho" y lo trituró .... Cosas de la vida. Se hizo lavandera, estando aún pequeños los hijos que le habían nacido. Luchó. Hasta llegó, después, a poseer una pequeña cantina .... Crecido los hijos, los reclamó la pampa. Cosas de la vida. Algunos se casaron. Dos fueron masacrados por la policía en una huelga. Y ella, trabaja y trabaja .... Hasta que vino la cesantía. Y de nuevo la vuelta al sur ... El albergue, la horrenda miseria. Santiago, la gran ciudad, no fue para ella más que un antro de miseria y oprobio, de humillación y harapos.

Luego, cuando el destino lo quiso, los hijos que aún la acompañaban volvieron al norte ... Entonces, la soledad ... Una soledad heroica y voluntaria, pues no quiso acompañarlos... Siguió lavando ... Y aquí la tenemos ahora, triste, anónima, humilde, como es su costumbre, pero llena de fe, de esperanza por sobre todas las cosas, por sobre todos los sinsabores y amarguras.

Y esto es todo ... Nada más ... Todo es tan simple, ¡pero qué novela podría nacer de aquí, de esta historia, de esta leyenda! Mas, nadie atiende a ella ... El novelista no la sabe ... El crítico o el criticoide o el sociólogo se interesan más por el borracho que se hunde en el vicio y le zahieren sin hacer nada por salvarlo ... Y nuestra viejecita, que reza tan llena de piedad, de fe y de esperanza, seguirá oculta en el anonimato, sin que nadie cuente nunca su historia, que es la historia de tantas mujeres de Chile y semejante a la historia de tantos hombres de Chile, es decir, del alto pueblo de Chile abnegado y forjado en eterna brega por la vida.

De vuelta de misa, la viejecita, sola y heroica, seguirá lavando...



Mujeres en el mundo popular. Inicios del siglo XX. Fotografía: Carlos Dorlhiac. Biblioteca Nacional Digital.

hasta tendrá fuerzas y voluntad para atender a la vecina enferma y hasta en su precaria situación, le será posible, a fuerza de piedad y personal privación, acaso, llevar un plato de caldo a unos niños que tienen hambre en algún cuarto del conventillo. Y así, su historia seguirá acumulando bellos capítulos que nadie comprenderá hasta que los huesos se dobleguen y el documento humano, y la piedad humana que sintetiza su existencia entera, queden olvidados bajo la tierra.

EL HOJALATERO

¿Quién no lo conoce? De pequeños, nosotros hermanamos nuestra pupila con su presencia humilde, barbuda, haraposa. Es el servidor trashumante de los barrios pobres. A veces cojea un poco, porque tiene una pierna algo más corta que la otra. Y, por lo general, tiene la vista baja, acaso porque su trabajo, que le obliga a aferrar la mirada a los objetos que repara, le ha habituado a ello. Usa un sombrero deforme, manchado de sudor, descolorido, calado hasta las orejas y casi nunca se le ve sin el pucho de papel de trigo pegado a los labios. También es gibado, tal vez por el peso que por años ha llevado a la espalda. Da la impresión a veces, de que nunca se desprendiera de sus menesteres de trabajo, la caja con las herramientas, que cuelga de su hombro y se apoya sobre la espalda, el hornillo encendido en que enrojece el cobre del cautín.

De lejos se oye su voz, cuando viene:

-Hojalatería que componéee .... le !..Hojalatería ....!

Es el suyo un grito lánguido por completo diferente de todo pregón callejero. El aire lo coje y es como si lo acariciara en un vaivén prolongado que lo conduce a las distancias.

-¡ Hojalatería !.

Recorre las callejas, se detiene en las puertas, entra a los conventillos y cités, anunciándose con su voz incansable. No tarda en ser requerido:

-Pch .... Pch .... - le llama una mujer, asomando la desgreñada cabeza por el vano de una puerta.

El no mira. Es como si el instinto le encaminara al lugar del llamado.

Entra al conventillo y aunque la mujer ha desaparecido, llega cojeando, cojeando, en forma segura y precisa a la pieza en que ella habita. Coge entre sus manos el lavatorio, la olla, la cacerola o la tetera rota, se sienta, si le ofrecen asiento. Si no, busca apoyo para sus posaderas en el suelo húmedo y pelado. No dice nada. No habla. Es como un hombre de piedra con el poder de moverse. Abre su caja, saca sus trapos, sus soldaduras, sus ácidos, sus limas, su trozo de hojalata. Y se da a la tarea empezan-

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

do por quitar de la rotura del objeto a reparar, el clásico tarugo ya pasado de moho, que fué colocado allí en la emergencia de un instante cualquiera. A esta hora, ya las dueñas de casa, han sacado al patio del conventillo para que se asoleen, los jergones y colchones. Alguna mujer, ayudada por su hijo mayor, limpia de chinches un somier herrumboso, dejándole caer en las ranuras el hirviente contenido de una tetera. Entra una anciana protestando por la carestía de la vida. Hay esto y muchas cosas a esta hora en el patio del conventillo. Pero nuestro hojalatero, esclavizado por su trabajo, no ve nada. El no sabe más que de sus tareas; lima, atiza el fuego en el hornillo, corta el trozo de hojalata necesario.

Y luego, terminada la faena, se irá en busca de otra, cojeando, cojeando, pronta la garganta al voceo incansable:

-Hojalatería que componéeee ... le! ... Ollas, jarros, lavatorios que componéee .... le!

A su vez, irá comprando todo objeto demasiado viejo que le vendan. De vuelta al hogar, ya tarde, reparará tales utensilios para comerciarlos, entre las gentes más abandonadas del barrio. Sólo así es posible que haya hogares demasiado humildes en que pasean un lavatorio, una tetera, una cacerola. En estos objetos habrá estado la mano afanosa y negra del buen servidor trashumante del barrio. A él, en todo lugar donde reine la pobreza, se le necesita. Es esta necesidad la que justifica su existencia de ser laborioso. Y sólo la muerte de la pobreza, muerte que el mundo tanto desea borrará del plano de nuestros tipos populares al hojalatero, el "tapa agujeros", como se atreven a decirle los chiquillos y comadres cuando pasa por las calles ofreciendo sus servicios:

-Hojalatería que componéee .... le! Ollas, lavatorios, jarros viejos que me vendan !....

¡Hojalatería !.

ANIMITAS

Se ha hablado de cómo se desconoce la condición espiritual del pueblo chileno. Se atribuye este desconocimiento a causas que tienen relación con la evidente falta de voluntad para observar nuestra vida humilde con ojos y criterio honrados, descartando prejuicios y antecedentes deshonestos. Porque ha sido común atestiguar cómo, lamentablemente, los que con más entusiasmo propagan ideas negativas con respecto al pueblo, no le han visto y apenas se informaron acerca de él en erradas fuentes o mediante malas oídas

Vivimos un momento que exige un recuento de nuestras capacidades, a fin de estudiar nuestras posibilidades con fundamentos serios y verídicos. La vida sin fatigas que estamos obligados a desplegar, nos reclama una visión conjunta del pasado, y aun del presente, como única manera de preparar el terreno que hemos de pisar

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

SERGIO DIAZ

en el futuro. Es tiempo ya de que nuestros valores sean reconocidos de una vez por todas. Chile ha vivido y es lo que es, no por los vicios que se le achacan al pueblo, sino por las virtudes que le honran. Entonces al mirar hacia el vicio del pueblo, volvamos también la vista hacia tales virtudes, que a decir verdad, a ellas se debe esta Patria en toda su entera realidad.

¿Hasta qué punto es una virtud la piedad religiosa que tradicionalmente ha caracterizado al pueblo chileno?

Observemos algo propio de la piedad religiosa del pueblo, más aun de la superstición enraizada en su alma y que constituye una característica bien definida de la piedad popular como virtud dentro de su cierto primitivismo. Queremos hablar de las animitas. Mientras hay algunos que ven en ciertos hábitos del pueblo signos de retraso e incultura, nosotros, aun reconociendo esos signos, queremos ver en ellos, además, una demostración de pureza, de respeto y de ternura colectiva.

Las animitas que hemos visto en todos los caminos que recorrimos, son algo más que simples casetas primitivas de hojalata y piedras: flores, cruces o velas. Animadas ellas a la vera de las rutas por el hábito de las mujeres de los campos o los extramuros, parecen guardar el latido de todas las almas que le han dispensado su cuidado. Las flores secas, las coronas de papel de seda, las velas chorreantes palpitan como en una especie de agostamiento doloroso y místico. El simple objeto, el vulgar elemento, las pequeñas cosas que el ojo profano no ve o las ve con malicia, pierden aquí su humildad material para trocarse acaso en cosas vivientes y emocionadas

Junto a un camino solitario por donde parece que, por años, no ha transitado ni un alma, a la vera de una ruta calcinada, achicharrada por el sol del verano y de donde hasta las lagartijas parecen haber huido, hay la caseta de una animita. Existe allí desde hace largo tiempo y marca exactamente el sitio donde murió, asesinado o porque su caballo desbocado lo derribó, un rústico hombre chileno. La soledad vibra en el lugar y se enseñorea en él, como una diosa magra y severa. ¿En qué hora invisible, en qué instante de luces tiernas, en qué encrucijada milagrosa de minutos, el sésamo ábrete de la piedad arrebató sus dominios a la soledad para venir aquí, a la caseta del animita, a dejar unas velas, a rezar una oración y a rogar por la salud de una pequeña a punto de fallecer? El camino no acusa huellas. Pero, es cierto que alguien vino desde lejos, desde alguna distancia poco menos que increíble, a depositar aquí unas velas, unas flores, y unas palabras. Aún hay algo como fluctuación de voces en el aire caldeado. Una como humedad de alma humana que intentara refrescar la atmósfera. Acaso sea una sensación de lágrimas evaporadas, que rumoreasen todavía el dolor de su muerte.

Los sentimientos de quien vino es como si se hubieran quedado prendidos al lugar en donde un día encontró su fin la vida de un rústico labriego chileno. Y son estos sentimientos, acaso, los que animan de palpitaciones este mundo solitario y calcinado; los que insuflan vida a lo que es muerte. Pasará el día, vendrá el crepúsculo, se derrumbará sobre el camino la noche. Y las velas seguirán dando su pan de luz al recuerdo del difunto.

Luego, cuando chorreantes y acongojadas, estén a punto de extinguirse, se acercará una anciana, también venida de lejos, una anciana silenciosa y lenta, casi invisible, como el retrato viviente del animita, y revivirá la existencia en la caseta nunca abandonada, dejada de la mano de Dios, quién sabe, pero no de la piedad rústica y sincera de las campesinas que nadie ve en su fervor por la continuidad de una memoria o de un minuto.

Aqui hay una virtud, virtud simple - negativa dirá alguien – pero que es una verdad, que es un poder, que es una ternura. Cuando se mira la caseta encendida de una animita, se piensa en los luengos años que tendrán que sobrevenir para que el pueblo mate en sus hábitos esta afición pura y piadosa.

"Ojalateros", Santiago (1920).

-30-

LOS ARENEROS

La paz de los solares es hórrida, seca, enervante. Cabecea el sol como un bravo macho cabrío sin hembra. Zumban las langostas hiriendo las rutas luminosas del aire. Ni un alma fuera de las de los hombres en trabajo arduo y permanente.

La mañana los encontró allí, frescos, dicharacheros, animosos para la faena endemoniada. Habían llegado aún más temprano con sus herramientas y menesteres. Los chuzos, las palas, las rejillas y los tachos para el agua, el vino, o la choca. No tardaron en darse a la tarea agobiadora. Se recalentaron los aceros de los chuzos en su apasionado tesón de herida, como en cruel búsqueda del húmedo corazón de la tierra. Rasmilláronse y quebráronse las piedras. Y las plantas ajadas, resecas de los hombres, a medida que las palas, a su vez, hacían su labor, sujetas a los brazos incansables, fueron experimentando la frescura de los terrestres rasgones. ¡Poderoso instinto de madre el de la tierra! ¡Mientras el hombre la hiere para aprovecharse de su entraña valiosa, ella retribúyelo con su frescura parda y bien oliente. Los pastos ralos a la vera de las zanjas, abiertas con tanto ahínco, fueron yuyos, ortigas, malvas sin flores o manzanilla hedionda", se cubrían y recubrían de polvo y pedruscos resistiéndose, pero doblegándose al fin, a fuerza de tanto peso del mismo elemento que le dio de sus sales.

Entretanto se acezaba. Acezaban los hombres, y transpiraban. Los raídos sombreros, grasosos y sin formas, se empapaban. Y brillaban y rebrillaban los brazos color pan negro, y corrían venas salobres a flor del rostro y se pegaban las ropas añosas.

Luego, se instalarían las rejillas. Y se impondría el paleo rítmico y sinfónico. Sería que ya había sido descubierta la rica veta del ripio. A explotarla, entonces. El hombre tras su pan, no perdona riquezas naturales. Y el medio tendrá que domeñarse merced a sus jornadas de dominio. Suenan, entonces, ahora las paladas de ripio lanzadas desde los hoyos a las rejillas. La arena húmeda se cuela entre los alambres con un ras ras-ras conmovido, nervioso, separándose de las piedras. No tardarán, sin embargo, arena y piedras en hermanarse de nuevo en las concreteras de las construcciones, cohesionadas por el cemento, para adquirir forma de edificio en los moldes de madera hechos a ritmo de serrucho y martillo.

Prosigue el sudor su faena de esmeril en los cuerpos. Y el quejido dicho a seca garganta, sale con ruido de gozne sin aceitar o como lamento de astillas quebradas de súbito.

Pero, el sol cornea desde lo más alto del cielo. La ruda labor exige una pausa. Descansan ahora músculos y aceros. Conversan los hombres, tendidos, fumando algunos el pucho del descanso. Más, es necesario comer. El cuerpo reclama. Y ya irá alguno al des-

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

pacho más próximo, tarrito en mano, en busca del necesario trago, del pan, de los tomates, de la cebolla y del ají para el causeo. De vueltas, se prepara el plato colectivo. O se pica o se machaca la cebolla con el ají y se revuelve con el tomate en un tiesto cualquiera. Luego, la sal y el vino. Y ya las fuerzas se han recuperado. Las postrimerías del día les tendrán recién abandonando la labor. Ya a esta hora habrán venido los carretones en busca de los materiales extraídos. Y así, día a día, aquí en los solares pateados rudamente por los soles del verano o a la vera de los ríos, o en los lechos mismos de éstos ya dejados por las aguas.

Ellos, estos hombres, son los areneros, porción humana constructiva del pueblo de Chile, luchadores anónimos, que cantan a pelada garganta, muchas veces cuando trabajan, como cantan frente a su suerte circuida por el don del esfuerzo.

Ellos son algo así como parte de los cimientos de los edificios. Le luchan a la vida y con ello hacen patria. El origen de las grandes y pequeñas construcciones, porque se cimenta en la arena y en el ritmo que ellos extraen, aparte del cemento elaborado también por obreros chilenos, se fundamenta en sus sudores y en sus energías generosas.

LAVANDERAS

Pocos tipos populares hay en Chile que nos sean más nuestros que las lavanderas. Pocos también que se identifiquen tanto entre sí. Sus estampas poseen un clásico don del pueblo, un matiz humano inconfundible que no se advierte ni en vestimentas, ni en rostros, sino en aquello inasible y poderoso,

de humilde pero ruda y sincera poesía, natural de los seres cuyas almas son ciertamente las verdaderas raíces de una nacionalidad.

Las vimos hace muchos años, de niños, viejas algunas, jóvenes las otras, morenas y rubias, de altos moños, cubiertas por verdosos mantos a veces, salir de las misérrimas viviendas, y las vemos ahora, al hombro o a la cabeza el ex saco harinero, varicosos los pies, torcidos los zapatos, caídos sobre la frente algunos hilillos de pelos, melancólico el rostro, y nos parece que nada les ha cambiado desde entonces. Son diferentes mujeres, pero a la vista son las mismas movibles hojas desprendidas y desparramadas por las calles en viernes, sábado o domingo, movibles hojas de ese árbol chato, soberbio y hosco que es el suburbio, el extramuro... Hay en ellas como una misma triste pasión, una idéntica añoranza, una nostalgia semejante que fuese mordida a fuerza de cruel hermetismo sentimental.

Pueden ser ellas las viudas de nuestros mineros, de nuestros obreros pampinos; pueden ser esas viejas de antiguo cuño, de nobleza inconfundi-

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

Lavandera. (Siglo XX). Archivo Nacional.

ble, que se crearon en ciertas épocas azarosas de Chile; viejas con la condición orgánica del roble o la araucaria, y como éstos, con tinte de tierra o pasto a medio secar. Puede ser la madre soltera, zaherida pero heroica, a quien la vida le negó todos los derechos, pero no los de trabajar, porque así lo quiso su voluntad ... Puede ser, en fin, la anciana sin vínculos enfrentada a la mayor edad, pero siempre aguerrida en la brega por el pan.

Son semejantes por sobre aspectos diferentes o diferencias de edades, pero, son como una misma alma, son un mismo ritmo, una misma cadencia femenina, una misma sinfonía de silenciosa lucha por un porvenir que aún no llega.

Su trabajo diario, desde lunes a jueves, tiene un mismo compás. La vida parece bordonear para ellas un instrumento tan dinámico como inaudito, puesto que sus manos, arremangados los brazos, empapados los delantales, tienen los mismos movimientos, al igual que las cabezas, cuando quieren echar hacia atrás una guedeja que cayó sobre la frente, mientras refriegan, escobillan o estrujan, de pie ante la artesa, la ropa del patrón adinerado.

En verano, en otoño, en invierno, en primavera, la vida para ellas es igual. Unas veces el sol, otras el frío o las hilazas de la lluvia son los que las zahieren duramente. Cuando esto último, la artesa hay que instalaría en el cuartucho en que habitan, entre los catres, junto al derrengado comedor de pobre hule, y entonces hasta la guagua que juguetea en la cunilla maltratada es salpicada con el agua del desmanche, con goterones de lavaza, entre tanto afuera la lluvia es un estremecimiento húmedo y cruel de los poderes celestiales.

La fiesta se impone en los días de sol, cuando el conventillo o el patio común de varias casas enarbola en sus combados alambres, sostenidos con largos coligües, las sábanas albas, los rosados calzones de seda, los pañuelos, las bordadas camisas. Entonces el conventillo o la triste vivienda colectiva, se transforma en un barco maravilloso, tan maravilloso como extraño, con tripulantes que de pronto han descubierto en lontananza un continente mágico. No falta por el cielo la nube esperanzosa, desflecándose como un volantín de algodón con que las almas de los niños muertos desafiaran la ilusión instintiva de los infantes vivos para entablar una "comisión" fraterna.

En todo caso, ocurra esto o muchas otras cosas alegres o amargas, nuestras lavanderas tendrán que encararse en las noches a las anticuadas planchas de hierro macizo o económicas en el brasero rojo a la fuerza dura y agotadora del aplanchado. Llorará el hijo más pequeño, leerá el esposo, en voz alta, un diario del dia o algún cuadernillo de folletín o algún libro de política, o el hijo mayor hará las tareas escolares, pero ellas, las lavanderas, no cejarán en su ahinco de pacientes hembras chilenas, aunque los riñones se sientan heridos por agudos estiletes o los pulmones reclamen una posición más cómoda.

Pero todo esto último es lo íntimo, lo que nadie advierte, lo que nadie medita, lo que la conciencia de ciertos seres es incapaz de discernir. Estamos acostumbrados a ver a las lavanderas de Chile en las calles, portando sus repletas bolsas, pechando, doliéndose, discutiendo por subir a los vehículos que las llevarán a su destino. Conocemos sus rostros, sus arrugas, su tez morenamente americana, la bruna apostura de sus cuellos descubiertos por los moños altos, sus manos enjutas y venosas las de las más. Pero tenemos que conocerlas o adivinarlas en el corazón mismo de la labor, de la heroica labor, carne motor al servicio de la colectividad.

Mojados los pies, mojado el vientre, muchas veces redondo como un velamen - que impulsado por un viento de vida nueva viene - empapada casi hasta los mismos pechos, heridas las manos y los brazos enrojecidos, imaginémoslas en

invierno, cuando el frío clava en el cuerpo sus escarchadas agujas y todo impulsa hacia la fraternidad del fuego, hacia la tertulia de un hogar, bien iluminado, hacia el distendimiento del espíritu sobre las páginas de un buen libro.

Lavandera. Primera mitad del siglo XX. Fotografía. Archivo Nacional de Chile.

Fotografía Casas de Altos de Matucana, por Julio Bertrand 1914

Fuente: Archivo fotográfico Biblioteca Nacional Digital

BOLETÍN DE INFORMACIONES Y PRACTICAS ESCOLARES

Dirección General de Educación Primaria — Departamento Pedagógico

JULIO 1951

AÑO V— N.º 40

Págs. 23-32.

Director: Víctor Gómez Ch.

Santiago de Chile

23-

CONOCIMIENTO DE CHILE POPULAR

TERCERA PARTE

por Nicomedes Guzmán.

Ilustraciones de Osvaldo Salas

RIELES HERRUMBROSOS

Se camina por una calle de suburbio. Y de pronto, un terreno eriazo. El triste solar, de esmirriadas hierbas entre las que la ortiga alza su verde y helada cabeza de adolescente nunca amada. El baldío terreno mal tapiado en donde latas viejas y tarros en desuso muestran su rojiza tristeza alimentada por el moho.

Hay una melodía de mar seco, de rio mordido por las piedras, de nubes despedazadas por un viento malhadado, de savias disecadas en plena pubertad, de voces muertas antes de nacer, de lágrimas que se tornaron suspiros, hay una angustiosa euforia no realizado flotando por sobre aquellos sitios en donde la soledad aposentó sus plantas de doncella ciega. Por [ilegible] el vuelo de una mariposa rezagada no tiene más poder que el de la brizna huerfana que el viento manosea.

La vida no podría desconocerse, pero es la vida lenta y paulatina de la congoja. La vida del amor que reclina la cabeza, antes de llamarse olvido. La vida en donde abren sus pétalos de rojo dominio las flores innumerables del moho. Todo es la violencia caduca desprovista de látigos.

Nos encontramos, pues, ante un cuadro de dolor sin gestos ¿Y qué decir de los pequeñitos campos sin labriegos, esas parcelas de surcos semiborrados, en donde la chépica construyó su hogar más terroso? No podría negarse que el azadón, que el hambriento inquilino dejó a la zaga de sus trastos, olvidado, de cabeza a la tierra, tiene una actitud de ancla sin función ni futuro.

La flor del hierro es la más amarga de las flores.

Y el azadón abandonado no se libra de su influencio.

Tampoco se libran de sus pétalos duros los rieles abandonados del rodaje de los trenes. Cuántas paralelas de acero no vimos en la vida inútilmente, distendidas bajo los movimientos imposibles.

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

-24-

La flor de hierro les pone su ornamento de bermeja melancolía.

Así hemos visto los rieles ferroviarios de una trágica avenida metropolitana. Invadida sus veras de hierbas, los tarros desechados no quieren desmerecer ante ellos. Y dejan que la savia seca de la herrumbre les corroa el brillo.

evaporados aceites de locomotoras veloces, de evaporadas sangres, de mutilados voluntarios o casuales; solos con sus animitas, a las cuales las viejas del barrio ya no les encienden velas, porque la ausencia de los trenes parece haberles desvanecido el poder del milagro. Los suicidas también a sus veras, podrán sentir a su vez que es inútil la esperanza de la neblina eterna. Porque los rieles están solos sobre los durmientes, solos con su moho y sus yerbas semisecas, solos con sus recuerdos de evaporados aceites de locomotoras veloces, de evaporadas sangres, por mutilados voluntarios o casuales; solos con sus animitas, a las cuales las viejas del barrio ya no les encienden velas, porque la ausencia de los trenes parece haberles desvanecido el poder del milagro.

Así vimos los rieles ferroviarios de la Avenida Matucana.

Vieja calle. Noble calle del pueblo. Anchurosa arteria que no sabríamos si tiene olor a alquitrán, o a puerto, o a Mercado o a obrera sin ocupación. Calle noble y trágica, con tradición de fiesta y de sangre. Con tradición de enamorados y de tísicos que salieron al paso de los trenes a aspirar el humo saludable de las locomotoras.

Ahora, más de las serpientes y de las rosas que le arrojaron los enmascara-dos y disfrazados de los corsos y fiestas primaverales, más acá de la sangre de los suicidas y de los tuberculosos que soñaron con nuevas horas de vida sorbiendo

la miasma de las locomotoras, más acá aún, de las animitas, no quedan más que los tendidos rieles (*) que, como duros y helados caminos donde los pétalos de la herrumbe se nutren de agrios destellos, se alargan y se alargan, como si fuesen huyendo del instante en que se los levante y se los despoje del derecho a soñar junto a la siesta de los gatos abandonados.

Matucana ya no tiene trenes ni suicidas. La trágica ruta de los trenes es ahora, como aquellos terrenos baldíos, como los tristes solares en donde las mariposas no tienen objeto y en donde sólo el moho alza sus estambres de color de soledad y olvido.

Nunca llegó más temprano el otoño en una calle de Santiago que ahora que, en Matucana, el progreso usurpó el estrépito de los trenes y el gemido postrero de los suicidas.

(*) Nota escrita meses antes de la Avenida en referencia.

LOS ASFALTADORES

Ellos llegaban un día cualquiera al barrio. En un carretón municipal traían sus menesteres; el gran fondo que semejaba un colero monstruoso ca- carañado [sic] por el tiempo, por el moho, por el hollín y el fuego; las palas y otras herramientas, las barricas de alquitrán seco, y los enormes trozos de tronco de eucalipto para el fuego. Luego vendría el ripio y la arena, y la tierra fina necesarios a la labor de asfalto.

Se instalaban en un solar o en medio de alguna calleja semiabandonada o de escaso tránsito. Y ahí les teníamos entonces, por días de días, poniendo a prueba los músculos y su maestría de obreros adiestrados en una labor endemoniada.

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

Eran hombres fornidos y negros, de tez, cuyos pigmentos hubieran determinado el ritmo o la esencia del alquitrán. Trabajaban como titanes todo el día y ni en la noche descansaban, pues había que alimentar constantemente el fuego y por lo general lo hacían por turno. Eran cinco o seis. Formaban una cuadrilla de aguerridos servidores de los barrios bajos. Las aceras comidas por el tráfico los requerían. Y allí estaban ellos con su burda alegría, con sus escondidos dolores, con su rudeza de espinos sin hojas.

Desde que se instalaban, los vagabundos del suburbio, hombres o perros, podían regocijarse, sobre todo si era invierno. El fondo hirviente de alquitrán líquido bajo el cual los leños ardían y crepitaban atraía como si fuese un hogar. La misma camaradería de los hombres era motivo de atracción. Y era pintoresco verlos a todos por las noches, verlos a todos -a hombres de trabajo, a vagabundos y a perros- unidos en torno al fondo por amistad de una noche acaso, pero amistad verdadera, cobrizos los caracteres de la faz a fuerza de lengüeteo de llamas.

Los hombres conversaban y en sus palabras revivía más de alguna infancia triste, gangrenada por el hambre; o se alzaba una vieja historia de bandidos o de brujos; o algún lapso de un pasado en que las plantas del narrador se tiñeron con el polvo de los caminos de todo el territorio patrio. Mientras esto ocurría los perros tal vez meditaran, oyendo, echados tranquilamente, en esa actitud que hace pensar que la bestia en ellos se hace hombre a veces

Alli también se bebía la hirviente "choca", el líquido de los trabajadores; los tarros se alzaban hacia los labios entre palabra y palabra, y en el paladar quedaría el regusto al café de higo y trigo con cierto picor de aguardiente, Lo mismo que para muchos seres de esta tierra el ají, la cebolla y el vino son el único alimento, para otros lo es la "choca" bebida en el tiesto de hojalata -ex

envase de conservas-tiesto ahumado y provisto de un arillo de alambre, muchas veces forrado de tiras.

Los asfaltadores amaban la "choca" y la amarán aún los pocos que van quedando. Por esto la bebían día y noche. Y si antes de echarse a dormir sobre sus mismas ropas y apenas bajo una desmedrada plancha de zinc alzada de uno de sus extremos mediante un palo cualquiera, la tomaban con fruición. La mañana, más bien la madrugada, también los encontraría ingurgitándola con deleite.

Mucho de la historia social de este pueblo enmaraña su verdad profundamente angustiosa en la vida casi anónima de los trabajadores del alquitrán, del asfalto. De niños, acaso presenciáramos esa historia en la realidad misma. Pero es posible que no la hayamos comprendido. ¡Es tan estrecho el criterio cuando se es niño! Pero a pesar de ello, cuántas cosas no pensamos toda vez que, de mañana, antes que saliera el sol aún, al encaminarnos en busca de la leche al establo vecino, y mientras algunos asfaltadores se desperezaban, vimos un pie de alguno de los compañeros todavía dormido, sobresalir debajo la calamina un poco alzada; pie rudo, pie andariego, sucio, casposo, de gruesos y deformes dedos y escasamente calzado con la ojota.

Luego, al mismo tiempo de olvidar nosotros el aguafuerte que los pies pudieran encontrar grosero, ese pie junto a su hermano ya estaría soportando el arduo fuego del trabajo. El hombre que lo poseyera, desplegaría todo el día su actividad yendo y viniendo entre el fondo y el lugar en que se construía una acera, cargando sobre los hombros el barrilillo desbordándose de alquitrán hirviente debidamente preparado con ripio y arena.

Los otros, los hombres que cooperaban a su trabajo, a cada vaciada de barril se activarian también, extendiendo la materia humeante sobre la tierra apisonada, merced a las herramientas aplonadoras; algunos espolvoreaban

arena y completaban la labor con la plana de madera, mientras los otros, los de junto al fondo no cesaban colmando de alquitrán con sus enormes cucharas, los barriles ya vacios -previamente entierrados por dentro- que los acarreadores portaban en su hombro, guarecidas las manos por trozos de gangocho.

Felicidad para los vagabundos y los perros. La venida de una cuadrilla de asfaltadores al barrio era también felicidad para los chiquillos, puesto que no faltaba la oportunidad de obtener algún trocito de alquitrán en bruto, que amasado en las manos se convertía luego en bolitas como de opaco azabache.

Hoy los asfaltadores se van acabando. La baldosa y el concreto los van desvaneciendo, van cortando los hilos de sus historias anónimas, pero aguerridas,

Apenas en el recuerdo, persisten sus negras estampas como pintadas de hollín, como producto de chimeneas infernales.

(25)

-26-

LA SOLEDAD DEL NORTE

Hay necesidad de volar. Hay necesidad de remontarse por las infinitas y anchurosas rutas del aire, para empezar a entender el norte chileno en su soledad. En verdad, la despoblación y la soledad chilena, son asuntos que tienen que ver con el rostro, con el carácter, con el cuerpo entero y rígido del territorio nacional. Pero es que el verde, la savia, las floraciones todas del sur, desvanecen un tanto la sensación de abandono de nuestra tierra. El norte en cambio desde lo alto, es la soledad completa, en la realidad crispada y

gesticulante de un mundo que se nutre de sus propias carnaduras secas, hasta de sus propios huesos calcinados.

Es necesario remontarse sobre los verdes valles, sobre los verdes cerros que parecen agarrarse a las alturas con los de dos recios de sus cactos, es necesario habituar los ojos a las resolanas hirientes y a la frescura azul y distante de un mar como de leyenda, y es menester divisar Coquimbo y La Serena como cálidos y blancos refugios de luz humana, a lo lejos, para irrumpir luego, en un ataque contra la ngustia de Atacama, apenas resarcida por la humedad del Huasco y del Copiapó.

Es un ataque violento e impetuoso del que se sale con la sensación ruda y anudada de un mal, que lentamente se convierte en hechizo poderoso, en férrea conciencia de grandeza y opulencia. Pudiera ser un espejismo. Pero no lo es. He aquí la soledad del norte -se dice -.¿Hacia dónde sé escapó lo humano? Se piensa entonces en el pasado, en la historia, en el transcurrir de la vida nacional ... Y se dice, también, entonces, la soledad chilena ...

Nunca, en ningún instante de la existencia, se podrá sentir tan recia y ostensiblemente el poder de la soledad nuestra, como volando sobre el norte de la patria. Pero nunca tampoco se tendrá una conciencia más severa y lógica de los merecimientos que honran a los hombres que han forjado esta patria. No a los hombres gloriosos propiamente que impulsaron nuestra libertad, sino aquéllos más gloriosos próceres anónimos que a costa de sudores y sangre, a trueque de esfuerzos sin medida y de energías aprovechadas a destajo, conformaron la tradición industrial y minera del norte, vale decir, de Chile.

La soledad del norte chileno es la soledad brillante y aguerrida de los trabajadores de este territorio inhóspito y terrible. Es el alma de toda una época de la nacionalidad. Una época que se traspasó a la verdad airosa de nuestro presente como un líquido puro y luminoso de vitalidad humana.

Porque el líquido, las aguas que escasean en el norte, así, materialmente, se han prodigado a mares agitados y altos en espíritu desde los ánimos de los conquistadores de los desiertos, de los mineros, los calicheros, de todo ser que en medio de la aventura parda y magra de lomajes y pampas construyeron con su esperanza los más vigorosos capítulos de

¡Bella y estimulante soledad del norte chileno! Es indispensable sentirla, sentir en toda su potencia esa soledad arriscada y tremolante, azotada por los soles más maduros de los cielos, para entender que en Chile hay una raza grande, para saber que la nacionalidad no puede morir. No con-

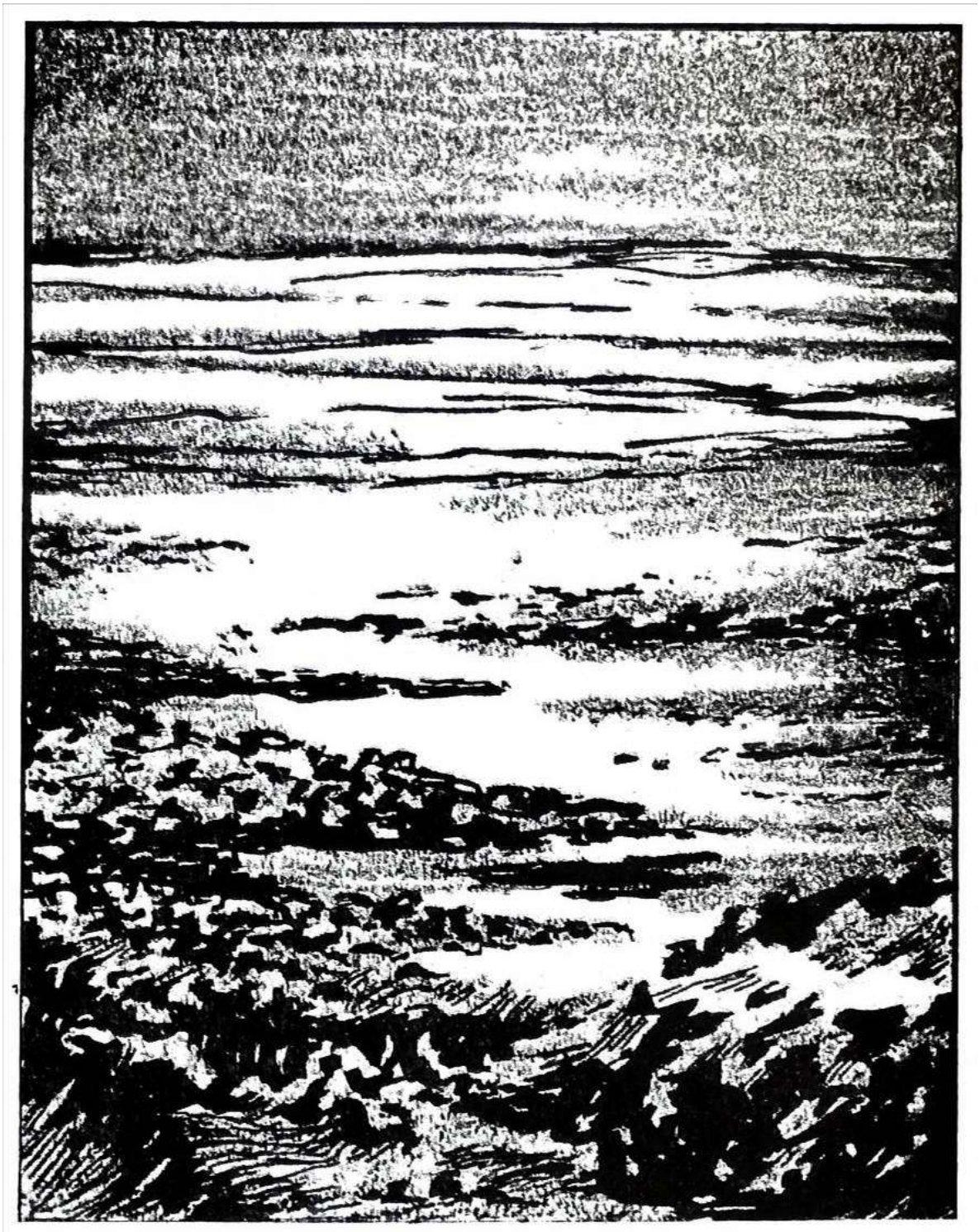
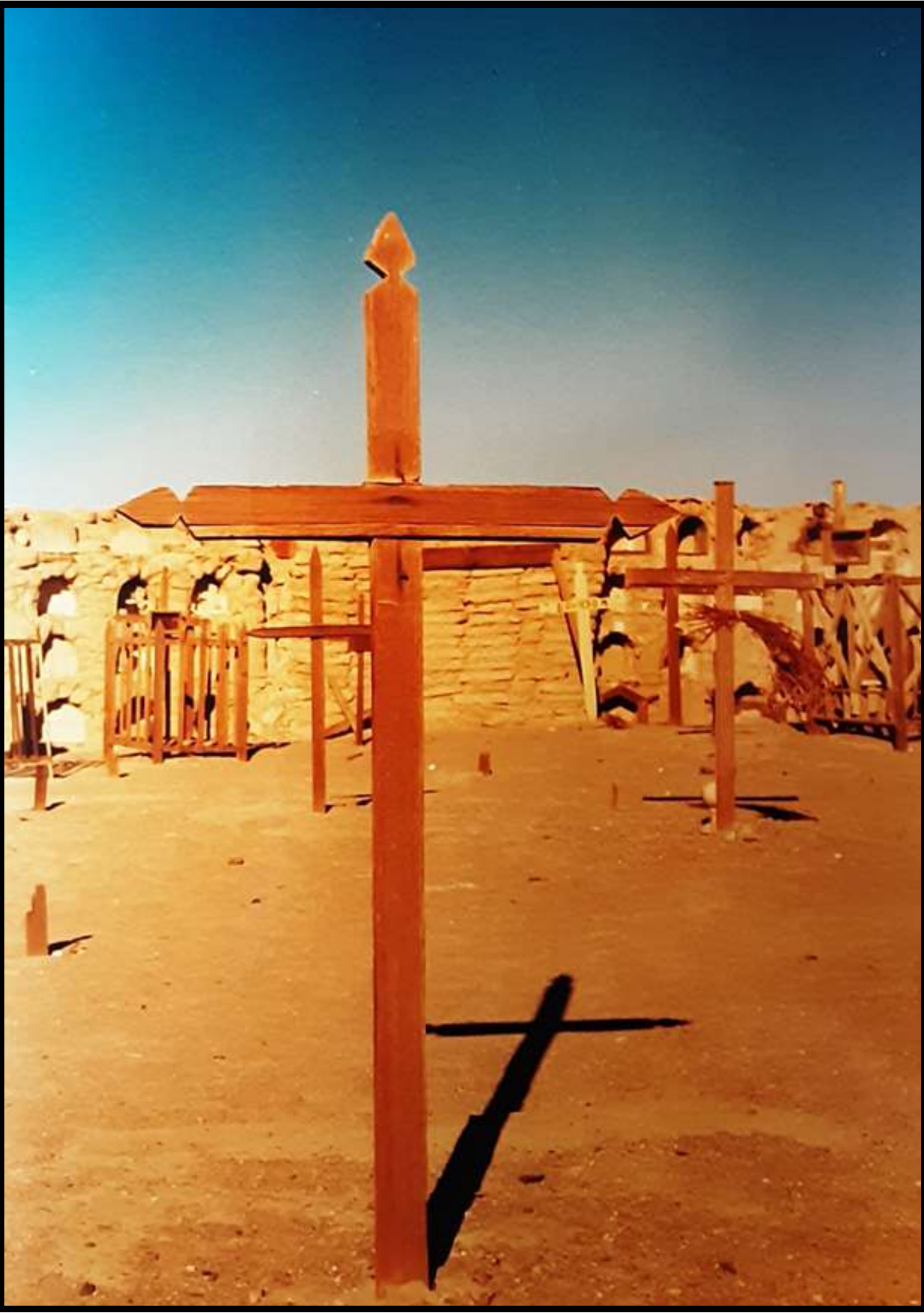


Ilustración: Osvaldo Salas Veas.



cebimos una tierra con más carácter, con rasgos más varoniles y definitivos, como el Norte de Chile. Todo ese carácter y todos esos rasgos se trasmutaron al alma colectiva de los hombres que hollaron los ilimitados caminos de las pampas. Nunca quizá tierra alguna conformó con tan genuino poder los destinos humanos de quienes la conquistaron.

¡Dura es la soledad norteña de la patria! Pero por dura, no admite renuncios, de aquí que, al influir y orientar los cauces humanos en son de aventuras y grandeza, haya dado como fruto colectivo almas capaces de sostener el prestigio de la nación.

Día llegará en que la patria, pague a la pampa este carácter humano que le debe ... Entonces quizás las soledades de las pampas sepan del estremecimiento de los trigos, de la entrañable luz de las savias agitándose en corrientes distendidas hacia un nuevo futuro que el esfuerzo destaca en duras estrías, deja correr las hilazas salobres, hasta la barbilla, un poco alzada, y hasta el cuello en que algunos nervios tensos y en relieve vibran con una vibración robusta y potente de defensa orgánica. Es aquí, en el cuello precisamente, en donde las potencias del organismo se concentran para soportar el peso de la carga que nadie que no fuera uno de estos sabios hombres populares, podría trasladar en forma igual de un lugar a otro ... Profesionales del esfuerzo, los cargadores no saben de cansancios. Y sudan, decimos. Su sudor, como escurriéndose de desbordantes e invisibles caños, se aprieta al rostro, lo pule, le da un grasoso briilo, abraza el cuello, busca los hombros y el pecho descubierto.

Escasas veces los brazos arremangados osan alzarse. Sólo la maestría del equilibrio, adquirida después de largos días de labores, permite este espectáculo único en pleno corazón de la ciudad.

-¡ Guarde, guarde !... -dice de pronto el hombre en trote como quejándose. Y acaso muerda un grueso vocablo

-¡Guarde, guarde !...!

CARGADORES DE LA VEGA

A plena mañana y en pleno centro, sorteando gentíos y vehículos, los hemos visto avanzar. Puede ser un enorme canasto atestado de frutas o verduras los que cargan encima de la cabeza. Puede ser una ruma de cajones también, cinco o seis, llenos de comestibles y que ellos han acomodado semicruzándolos, unos sobre otros. Lo primero o lo segundo, lo bello y lo interesante es ver cómo el hombre equilibra su carga inmóvil encima de la cabeza ... Así y todo el hombre trota y trota. No hay obstáculos para él. Nadie nunca podrá haber visto a uno de estos cargadores de la Vega o del Mercado lamentándose por unos bultos caídos.

Suda el hombre. El término es exacto. Los cargadores parecen no transpirar. Invierno o verano, primavera u otoño, los cargadores mientras trotan, sudan a mares. El rostro rojo, de caracteres

El transeúnte se ha hecho ya a un lado, y él, como un triunfador soberbio de la calle, sigue su ruta. Sus pies descalzos o

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

apenas calzados con ojotas o alpargatas, son como dientes apresurados que masticaran los metros de acera y calzada. La faja roja se ciñe a la cintura, como hincando sus bordes en la carne. Los pantalones de piernas arrolladas a la altura de la rodilla, descubren las pantorrillas que muestran sus nervaturas como las de un desollado.

Y así, con toda su figura de héroe sudoroso, quejándose a veces; mascullando una interjección obscena, otras; reclamando paso de vez en cuando, va el cargador de la Vega. Su estampa, estampa viva del esfuerzo del "roto", es motivo de aguafuerte o de cuadro a realizar con los más poderosos y masculinos colores.

ASPECTOS HUMANOS DE LA DEL SALITRE [sic]

REMEMBRANZA EN GRIS

Hará unos veinte años, cuando, sabiendo ya leer, comenzábamos a satisfacer nuestras primeras inquietudes literarias con heterogénicas lecturas, que variaban entre los episodios que nos dispensaba una revista como "Tit-Bits" y los maravillosos relatos de Emilio Salgari, llegó a nuestras manos un libro chileno. La portada de este libro, si mal no recordamos, reproducía un dibujo al carbón que delineaba a una mujer del pueblo, aindiada, con un párvulo en los brazos y otro aferrado a sus polleras contra un fondo desolado, avivado apenas por unas chimeneas que alargaban al cielo también desolado sus oscuros brazos de humo.

El título del libro decía: "LA PAMPA TRÁGICA" con el subtítulo de "COMO SE VIVE Y SE MUERE EN LA REGION DEL SALITRE". El autor, don Víctor Domingo Silva, poeta que lo mismo fue grande y tierno en poemas como "LA CUNA VACIA" y "NUNCA YA", como fue directo y aullante en "La nueva Marsellesa".

Y bien, leímos ese libro. Era una época aquella en que las calles de Santiago se atiborraban de cesantes y emigrados desde las lejanas tierras del oro blanco, mordidos por los colmillos de la más horrenda de las miserias y del hambre, doloridos, esmirriados, piojosos.

La sociedad chilena de hoy, con toda su indiferencia y con toda su indolencia, no admitiría en tiempos como los nuestros, estado semejante. Los barrios populares de Santiago fueron escenarios de las trashumantes caravanas de aquellos chilenos del salitre que llegaban a guarecerse del golpe que les asestaba el destino económico del país y llegaban a guarecerse, humillados, ofendidos de corazón afuera y de corazón adentro en los albergues que la piedad oficial abría a sus tristes esperanzas.

Era aquel tiempo amargo. De angustias, de plomizas ilusiones enceguecendo la luz de los días. Con relación a este sombrío tiempo, ya establecimos estas palabras, entre otras muchas, en nuestra novela "LA SANGRE Y LA ESPERANZA":

"Los albergues como bestias grises, como enormes asnos de piel sangrante, más allá de los conventillos, parecían lamérselas llagas a las plantas callosas del otoño. En sus vísceras podridas los hombres mataban las horas, a la caza del piojo y del mendrugo limosneado. Los "rotos" pampi-

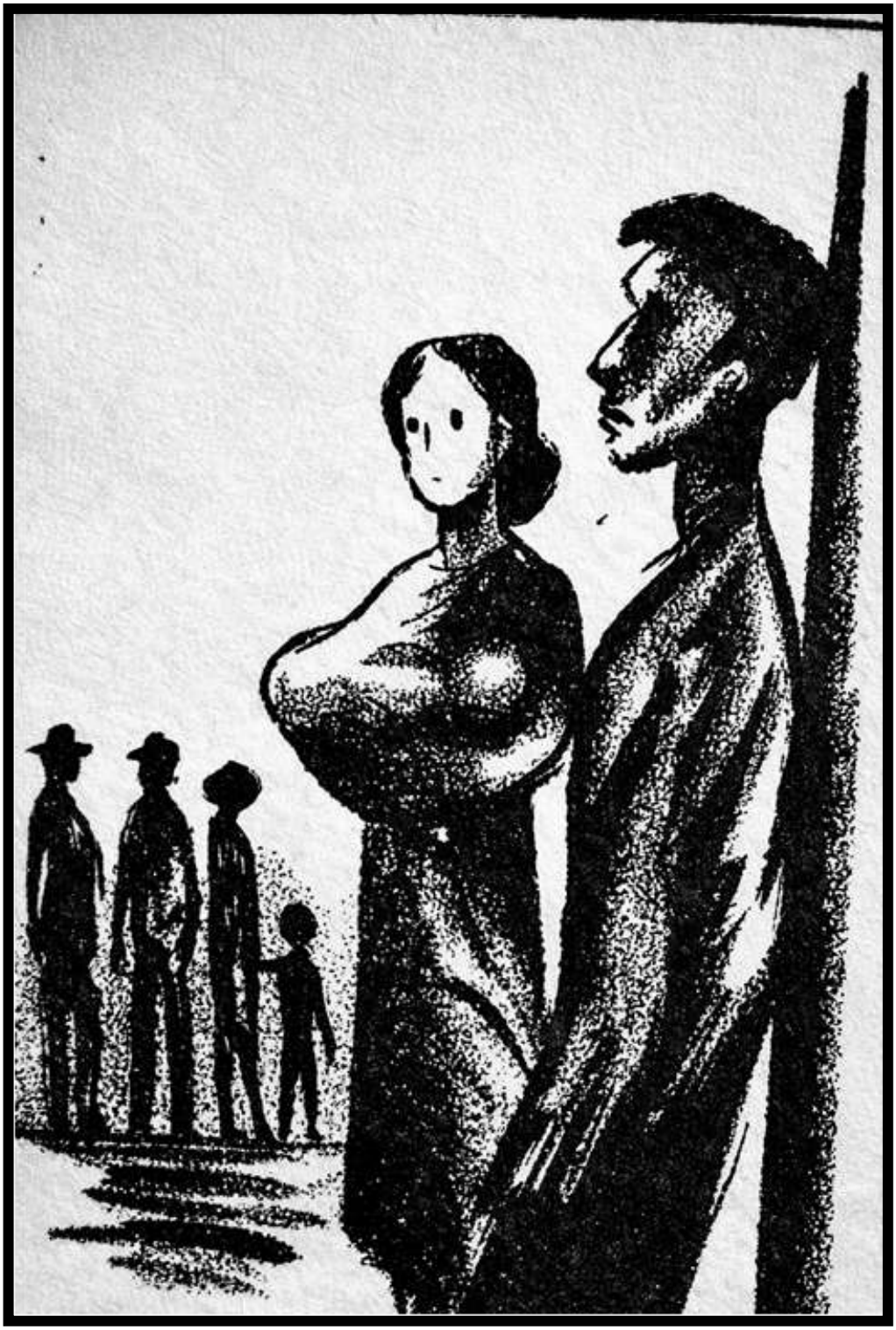


Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

nos, esmirriados por la espera de días -que ya se alargaban en años- humillaban su existencia en el vórtice macabro e una cesantía forzada en que el harapo era como si pretendiera cobrar territorios para toda la eternidad, y en el que la bestia recluía lo humano al triste reinado de su pezuña torva. Las manos trabajadoras podrían estirarse inútilmente esperanzadas tras una herramienta de trabajo. El derecho más inalienable se perdía ya para la honra del hombre. Pero se estimulaba el derecho al piojo. Se animaba el hábito a la humillación. Las calles se dolían, lloraban por los ojos lánguidos de los chiquillos hambrientos, expertos en estirar los dedos pedigüeños, en alzar la voz en una conquista de piedad y misericordia.

"Mas no había surco para la luminosa semilla del sudor"

"Era el otoño".

"Era también la vida".

Y fue precisamente en este tiempo que llegó a nuestras manos "La Pampa Trágica" de Víctor Domingo Silva.

La pampa en la capital estaba de moda, puesto que de la pampa venían los míseros hombres que invadían de harapos la ciudad. Por las noches, desde los galpones que hacían de albergue, no era extraño aunque era profundamente amargo- oír las voces secas, escuetas y dolientes de los albergados, que capeando los hirientes gimoteos de algún párvulo hambriento entonaban:

"Canto la Pampa, la tierra triste,
réproba tierra de maldición,
que de verdores jamás se viste.
ni en lo más bello de la estación".

"En donde el ave nunca gorjea,
en donde nunca la flor creció,
ni del arroyo que serpentea,
el cristalino bullir se oyó".

ALMA Y PAMPA

Esta realidad cruel y sollamante que nuestra sensibilidad de niños captó en la llaga propia de aquellos días, y que nos hizo sentir la verdad que emanaba de la condición desmedrada de esos hombres y mujeres que habían dejado lo mejor de sus vidas entre las tierras acres y calientes y bajo los cielos de horno de esas regiones norteñas, se identificaba violentamente y en parte con aquellas realidades que nos contaba en su "PAMPA TRAGICA" el poeta Silva.

La verdad social a que asistíamos con ojos y conciencia ingenuos, nos hacía ver, a pesar de la ingenuidad, la vida de chicote y saeta, el áspero curso, el escabroso ir y venir de la existencia que precedió a la época que de esos hombres presenciábamos. La intuición nos hacía ver que algo grandioso y tremendo, inmenso y heroico se traían del reciente pasado las gentes de nuestras referencias. La imaginación no lograba aún delinear el corte topográfico de la región salitrera, pero algo caliente y hosco, algo rebelde y ondulante buscaba acomodo en nuestra mente para ilustrarnos del gesto de un pasaje sobre el cual

Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

lo humano era crispación de sudor y sangre.

Mirábamos entonces a Chile, como a un gran organismo que precisaba de interpretación novelesca, y si no encontramos concretamente a Chile -cuya heroicidad comenzábamos recién a conocer- en tanta porción de obras novelescas producidas en el país, menos encontrábamos a ese ansiado Chile de la Pampa, en los releídos cuentos del poeta Silva.

Cuerpo tremendo y hostil, conformador de recios temperamentos humanos y cuna gris en donde las esperanzas del pueblo germinaron potentemente al influjo de las fervorosas palabras del gran maestro que fuera Luis Emilio Recabarren; cuerpo doloroso que el tesón del hombre de esta tierra aró a dinamitazos para extraer salobres semillas, a cambio de otras salobres simientes de sudor; crispada extensión en donde el esfuerzo del hombre del norte jugó sus mejores cartas por el porvenir de todo nuestro luengo territorio, que lo mismo aceza, aquejado por un cansancio cósmico en la zona de los desiertos, como desencadena su júbilo de lluvias y de savias en el centro, o estremece de hielo sus pies bajo los ventarrones australes; arrugada y roturada sábana bajo la cual la ilusión de los espejismos y de los derroteros sepultó tanta osamenta de quimeras, la pampa del salitre ha sido el mágico, sarcástico y recio tapete -ora esquivo, ora dispuesto a los más bellos azares- en que la raza chilena concretó anhelos de vida y muerte, y en que el espíritu nacional se alzó y cayó por mil veces, para surgir luego como un símbolo de contumacia, de rebeldía, de lucha y de perseverancia.

Largo ejercicio humano el nuestro, es decir, el de nuestros hombres del norte, tras la consecución de un personal y alto destino! ¡Pero de verdad, el hombre de esta tierra, si no alcanzó este destino, individualmente, lo logró colectivamente!

Ese territorio magro y angustiado ha sido la escuela en que nuestros trabajadores aprendieron las primeras letras y las últimas lecciones de conciencia social y de clase. El instinto encontró aquí un cauce anchuroso, como la pampa misma, para impulsar sus corrientes positivas, hacia el mar de las reivindicaciones proletarias. Contra bayoneta y sangre, contra ametralladora y llanto, contra masacre y gemido, la raza chilena se hizo aquí, en los moldes calientes del trabajo y de la lucha social; la raza chilena se hizo aquí —decimos— musculosa credencial de luz entre las razas del mundo.

LAS QUIMERAS CRISPADAS

Y bien, hace un tiempo, al establecer desde el aire nuestro primer contacto con estas tierras, las palabras se nos arrancaron fervientes y apasionadas, para admirarla.

"Zona infernal -dijimos- zona caldeado como un horno en el cual infernal por maravillosa, cielo puro, el único pan fuera el sol duro y fustigante, quemado, salobre y amargo. Al fondo, estirándose bajo las metálicas alas triunfadoras, bajo los motores que trabajaban, rugiendo como toros de mito, el desierto aparentemente solo, ondulante, cubierto de efluvios nerviosos, de torbellinos de calor y chuca, hosco, trágico, doloroso, monstruo agazapado como hasta el infinito roncando en una siesta de siglos".

(30)

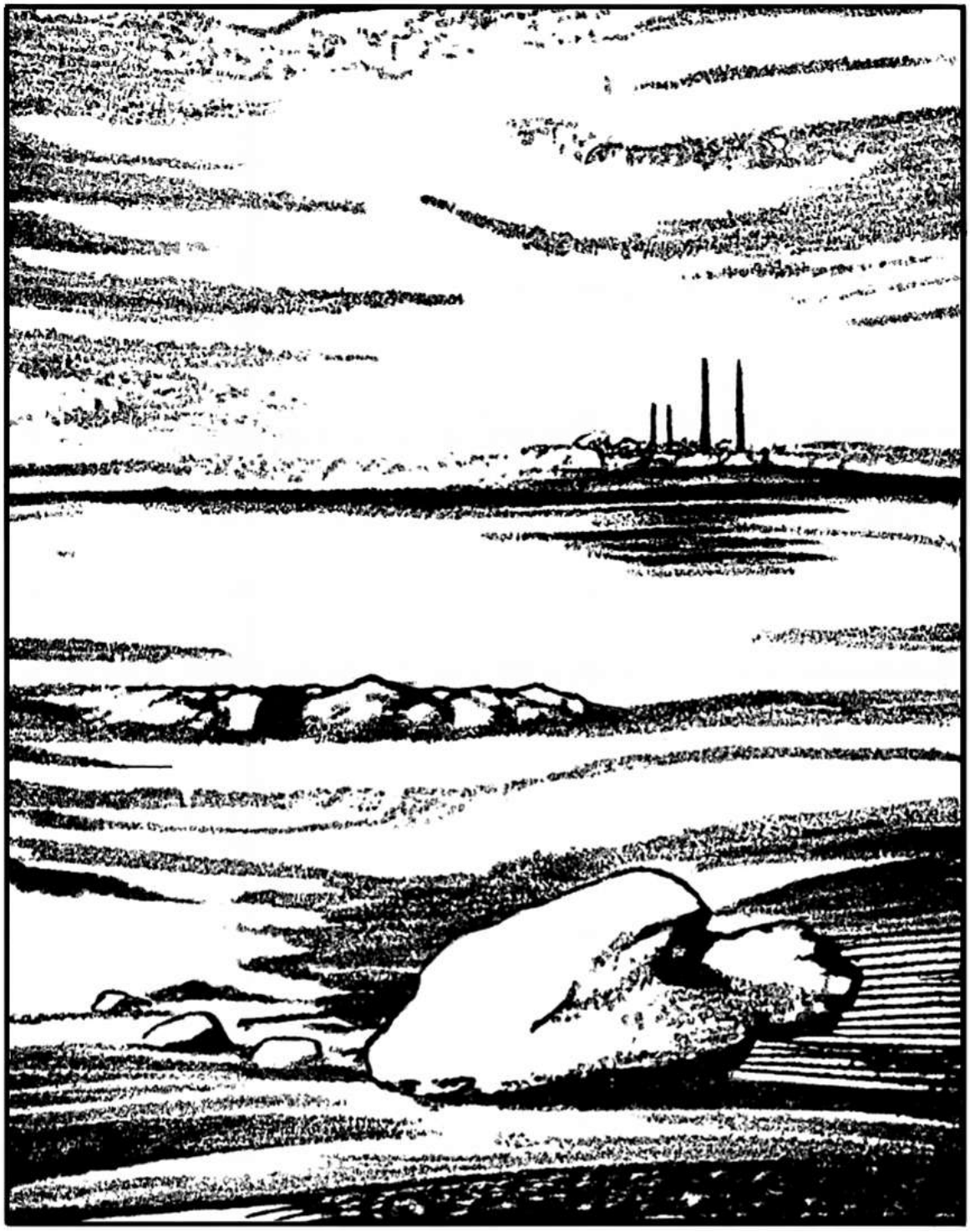


Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

Decíamos esto y pensábamos en el novelador que debe nacerle a esas tierras.

¿Dónde está?

Dia llegará en que surja. Y entonces la nacionalidad apurará el sorbo más ácido, pero más fortificante, en lo que se relaciona con nuestras letras.

Pero hoy, no hay más que apreciar la visión y aquilatar el sentimiento de esas zonas donde una vida chilena parece estar muriendo, lentamente con un padecimiento de coagulada sangre, con un acezar de tiempos sin memoria.

Y es de veras que acoger la vastedad ondeante y cruel de esos desiertos es apreciar la grandeza entera de Chile, la leyenda y tradición en su presente y angustiada realidad. Todo esto afirmado —más reafirmado— en el corazón, en el alma de los hombres pampinos que dejaron y dejan allí su vida en aventura humana inimitable.

De la gran aventura de esos hombres los que ya se fueron- no se advierte ahora en pleno espinazo caprichoso de la Pampa otra cosa que tristes y sombríos poblachos destruídos, de boca minas abandonadas, de huellas longuísimas que suben y bajan sobre pliegues y repliegues ardientes y casposos, de oficinas salitreras crispadas de herrumbe rebelándose contra un presente sin porvenir, en negra y totalitaria revolución de chimeneas dormidas por las aguas tremelucientes de los espejismos. De aquella gran aventura no resta otra cosa que esto y cementerios, cementerios do-lientes y plomizos de cruces y rejas resquebrajadas, caídas, doblegadas, humilladas bajo el sol amargo. Allí dentro de abiertos ataúdes que el tiempo alzó a flor de caliche y chuca, el alma del pasado humano del norte vive aún en cal inalterable.

La Pampa, que devoró sueños, sangre, células y sudores, parece tener su religión, una religión en que la osamenta fuera el motivo místico. Y se piensa que aún la naturaleza con toda su impiedad y su indolencia, respeta el don del hombre heroico que transmutó su alma a sus propios huesos para eternizarse.

Los muertos cementerios en que ni la alegría pálida de los tranquilos pimientos -los pequeños y verdes soberanos de la Pampa- impone su ánimo, son como una extendida y nunca extinguida alarma hacia un pasado de aventura no por el sufrimiento, sino por el esfuerzo en marcha que contuvo.

VIÑETAS DE LO INMORTAL

Por encima de todos estos restos, que son dominio ya como de la leyenda y la tradición, se imponen otros restos en fogosa actividad; las modernas oficinas -las menos- que con su ajetreo incansable no consiguen reemplazar la azarosa y desgraciadamente muerta existencia de los viejos establecimientos salitreros. Espesos humos y densos vapores violetas, por encima de los campamentos, anuncian a las distancias, entre las brumas lechosas, más allá de los rasgos abandonados, de los acopios que por innobles fueron despreciados, de los desmontes del desierto todo volcado, de las chatas oficinas herrumbrosas, la existencia del hierro en movimiento bajo la mano del hombre.

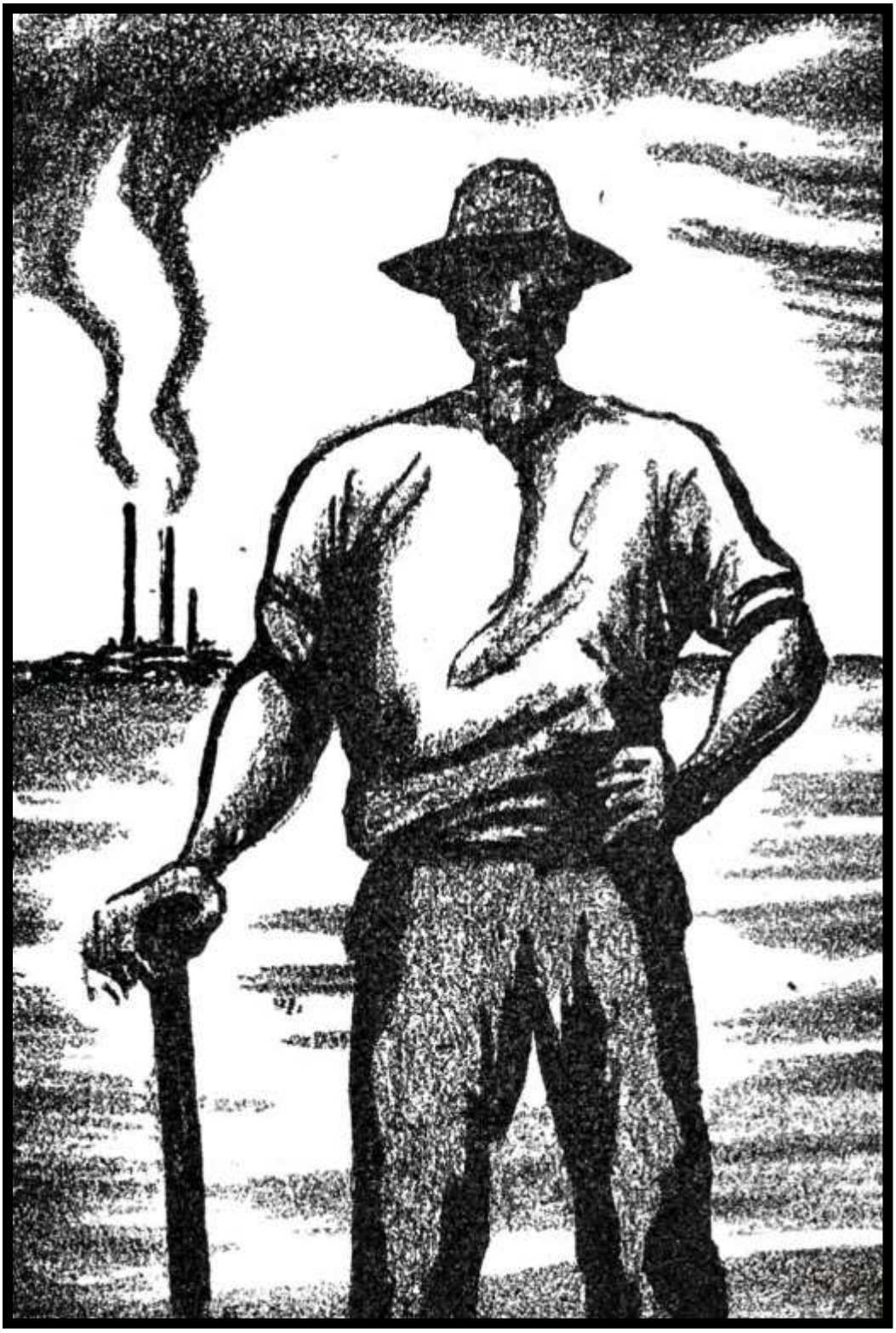


Ilustración: Osvaldo Salas Veas.

-32-

Murió el tiempo, murió en la Pampa el tiempo en que el hombre, el roto nortino, se encaraba de frente, músculo a músculo, con el cerro para barrenarlo, cargar los tiros y tronarlos. Tiempo grande, gris, epopéyico. En la cota de más de un pampino de entonces -y aun en la de algunos de ahora- en la cota manchada de sudor, chuca y pólvora quedó esperando el tema palpitante y humano de una grandiosa novela. Los escritores, sin embargo, no vieron eso. Como tampoco se ha visto la novela que se está perdiendo en las manos morenas de gastadas uñas, de hinchadas venas, de palmas ajadas y callosas de los hombres de esta tierra en general.

¡Cuánta luz sale al encuentro y cuánta verdad temblorosa y perteneciente a la porción de todas nuestras verdades nos golpea la conciencia en medio de las soledosas pampas de aquel norte anchuroso!

Mienten los que dicen que la raza chilena se derrumba, se extingue. La propaganda, la aspiración de los que quieren rebajar en sus valores más intrínsecos a nuestro pueblo, nada podrán contra la mole que es el espíritu de nuestros trabajadores del norte, mole que se forjó a costa de todos los sacrificios, de todas las angustias, de todas las miserias, de todos los esfuerzos. Historia humana la de la pampa, escrita con sangre tumultuosa y espesa, es ahora, por sobre la muerte y las soledades desérticas, como una oración que repite el sonoro y potente viento encima de los lomajes de ese mundo caprichoso y rebelde.

De verdad ilusos intereses son los de quienes creen que esta raza se extingue.

Una raza como la nuestra, construida en carne y espíritu como lo fue esta que simboliza el roto de la pampa, no puede, no podrá extinguirse nunca. Una raza

hecha de la carnadura humana de nuestras gentes, en medio de la soledad de los desiertos, de las privaciones, del ejercicio constante en el trabajo, espalda a espalda con los soles de lija, una raza que hizo su historia como la ha hecho esta porción innúmera de chilenos del salitre, por la epopeya que dejó a su paso, no puede morir.

-

Los valores se transmutan. Y el hombre de esta tierra, porque llegó aquí y aquí se hizo gran hombre, seguirá siéndolo, sin perder una sola condición a través de todo el territorio nacional. La cesantía y la emigración al centro y al sur, han sido el fantasma tétrico del pampino. Pero el roto criado y forjado en la Pampa, se debe a su medio. Y sus esfuerzos deben semillar, deben seguir semillando allí en beneficio y honra de la chilenidad.

Y el hombre de esta tierra, el que tenga conciencia y corazón bien puesto, está obligado a evitar jojalá no se verifiquen de nuevo aquellos tristes días de los años veintidós y veinticuatro!, años de sangre y esperanzas, cuando desde los albergues brotaban las amargas palabras y las más amargas notas de aquella canción proletaria que dice:

"*Año tras años, por los salares*
del desolado Tamarugal,
lentos, cruzando van por millares
los tristes parias del capital".

Trabadores del salitre. Norte Grande. 1920-1940). Archivo MHN.

Obreros de rieles. (Norte Grande). Archivo Museo Histórico Nacional.

CONOCIMIENTO de Chile POPULAR

Nicomedes Guzmán

EL ROTO

El día 20 de enero de cada año se celebra en nuestra tierra la Fiesta del Roto Chileno.

Esta fiesta tiene raíces en nuestra alma porque — lo recordamos bien — ¡cuántas veces en un día como el citado, nuestros buenos padres nos encaminaron a reprimendas tiernas, para que no nos apartáramos de su lado, hacia la Plaza Yungay de Santiago, en donde se alza el monumento que perpetúa el espíritu de nuestro prototipo popular y en donde el pueblo desborda su homenaje, año a año, en juegos artificiales y júbilo, y guitarras sonoras y cuecas bajo las ramadas improvisadas, para quien es su representante en entereza, heroísmo y carácter!

Hay quienes hablan del roto chileno con acento insolente y despectivo. Roto, para mucha gente, es lo denigrante y despectivo. En sí, la simple palabra "roto" es humillante. El roto, como hombre precisamente nace en el individuo chileno que, por su pobreza, fué zaherido. Pero, este hombre— conciencia, corazón y sentimiento hechos del espíritu puro y grandioso de la tierra chilena—supo, a través del tiempo, dar categoría a su título. El roto chileno, a través de la historia aguerrida del pueblo nuestro, se ha forjado su propia historia.

De rotos fueron compuestas las huestes de Manuel Rodríguez, cuando el noble y grande guerrillero de la Independencia preparó el terreno en Chile para la llegada de los Ejércitos Libertadores. Rotos fueron también en gran parte los soldados que formaron la legión de los Húsares de la Muerte. Rotos fueron los hombres que, tras el talento admirable y la iniciativa incansable de don José Santos Ossa, se lanzaron al encuentro de los desiertos y arrancaron a las pampas nortinas su rico secreto de caliche. Rotos habían sido también quienes se aventuraron tras el hallazgo de Juan Godoy, a la conquista de la plata en Chañarcillo. Rotos fueron quienes se lanzaron al norte en 1879, para defender, contra el medio ingrato e impiadoso y contra la fuerza humana y mecánica, las territorios conquistados a costa de tantos sacrificios. Rotos chilenos fueron, en fin, los que, por querer imponer en gesta heroica sus derechos, doblegaron sus vidas en la matanza de la Escuela Santa María, en Iquique, y las masacres de San Gregorio, Punta Arenas, La Coruña, La Alameda de las Delicias, Vallenar, Ránquil y otras.

Así, entre múltiples actividades que, no por ser anónimas dejan de ser grandes y heroicas, el roto chileno ha forjado su historia, grandiosa y admirable.

De este modo, entre gesta y gesta, en que la sangre muchas veces ha formado caudales increíbles, el roto chileno ha creado su propia psicología y una modalidad también propia y determinada frente al mundo.

Inteligente, agudo, esforzado, valiente, incorruptible, audaz, decidido, tierno, rebelde — amén de otras loables cualidades — el roto chileno se encuentra muy distante de aquellas opiniones que tan maldadosamente se han emitido acerca suyo.

Para zaherir el espíritu nacional, los antipatriotas que nunca faltan — exactamente los mismos que le han explotado y los que le han estrujado en su constructiva condición humana— han achacado a nuestro roto defectos que se encuentran lejos de sus costumbres.

Es menester, de una vez por todas, catalogar a los hombres de Chile y no confundir a nuestro roto, laureado honrosamente por la tradición y que subsiste hoy como subsistirá siempre, con el sub hombre del vino, con el trashumante ladrón, con el vagabundo piojoso, especímenes propios de una sociedad universal, mezquina y egoísta.

Nuestro prototipo popular ha escrito en

NUEVAS TENDENCIAS Y CARACTERISTICAS EN LA NOVELA CHILENA

Nicomedes Guzmán

NICOMEDES GUZMAN, uno de los más recios y serios escritores nacionales del presente siglo contribuye hoy a orientar las páginas del "Boletín de Informaciones y Prácticas Escolares", con su trabajo "Nuevas características y tendencias en la novela chilena".

Es Nicomedes Guzmán un escritor de admirable personalidad, su actitud ante la literatura le sitúa entre los novelistas más serios del continente.

Sus trabajos han marcado claros destinos a la literatura chilena y americana y bien podemos afirmar que, la novela social por él cultivada, adquiere alta categoría en Chile, desde la publicación de esa admirable obra que es "La Sangre y la Esperanza".

Guzmán aborda al hombre no en lo periférico sino, en esa contextura honda e indestructible que es la personalidad humana.

Con ese vigor tan propio del que más que contemplar la vida la ha vivido, Nicomedes Guzmán va hacia lo profundo del espíritu para llegar a la tragedia del hombre y daría, en gracia de Arte, con la claridad y la transparencia de la Belleza que, ciertamente, no necesita mentir ni negar la realidad.

Inquietud de espíritu, dinamismo constructivo, pasión hecha a fuerza de dolor y responsabilidad ante un destino es lo que caracteriza a este novelista y da seguridad a su obra.

La novela nacional, desde sus orígenes hasta nuestros días, ha ofrecido siempre una característica específica, cual es su fisonomía nacional, chilenísima. Alberto Blest Gana, el padre de este importante género literario, anima en la totalidad de sus ya tradicionales páginas, un espíritu que es el espíritu criollo del siglo pasado en esencia; a la aguda observación psicológica aúna elementos humanos de robusta raigambre popular temperamentalmente nuestra. Mas aún, los alientos colectivos que vigorizan sus mejores obras, especialmente "Durante la Reconquista", dotan de un brillo particular la personalidad de este creador admirable.

Difícil sería encontrar entre nuestros novelistas alguno que le supere en maestría y destreza para completar o ensamblar sus materiales de creación y suscitar una atmósfera de ficción tal ligada a la realidad, mediante el aprovechamiento de lo que nos ha pertenecido y nos pertenece en chilenidad.

Después de Blest Gana, casi en general y hasta la tercera década del presente siglo, los autores de novelas han circunscrito su tarea a la creación de tipos y descripción de ambientes, si bien chilenos, personificados por caracteres y matices de origen agrario. Salvadas las excepciones — en las que ronda el conflicto psicológico o la intriga exótica y la aventura fabulosa que fueron propiedades del "imaginismo" —, es el "criollismo" el que alimenta muchos de los mejores momentos de la novela nacional.

Esta corriente literaria, es decir, el "criollismo", cuenta desde princi-

INFORME DE LA POESIA GENERAL DE CHILE – 2.a PARTE

NICOMEDES GUZMAN

Angel Cruchaga Santa María, también se le asemeja en altitud y hondura expresivas. Más cerca éste de la autora de "El Ruego" y de Pedro Prado, sobre todo en intención renovadora, exalta una pasión, que es la de aquellos místicos que observan al hombre y al amor en sus más sencillas y a la vez más complejas actitudes sentimentales:

"Los brazos están pobres, la luz descolorida.
Entre la luz del cielo cansado el mundo rueda.
Huracán de cenizas cayó sobre mi vida.
¡Qué lejos está inmóvil tu alba perfil de sedal

No vuela el corazón con los pájaros puros.
Mi espíritu va en flechas hacia la eternidad.
Se casan en la noche los planetas maduros
y llora el caracol de mi honda soledad".

Una fuerza nueva, aisla, sin embargo a Cruchaga Santa María y le insufla alientos que en nada le igualan a los más novísimos creadores líricos de estos tiempos. Es místico de un modo distinto, personal y original, dueño de un lenguaje secreto y sugestionante, que hace suponer luces superpuestas en medio de sus pardas angustias:

"Somos la remembranza de la tierra vencida.
Necesitaba Dios nuestro vaivén profundo
que era ritmo en sus venas, y en su carne florida
la invencible y eterna melodía del mundo".

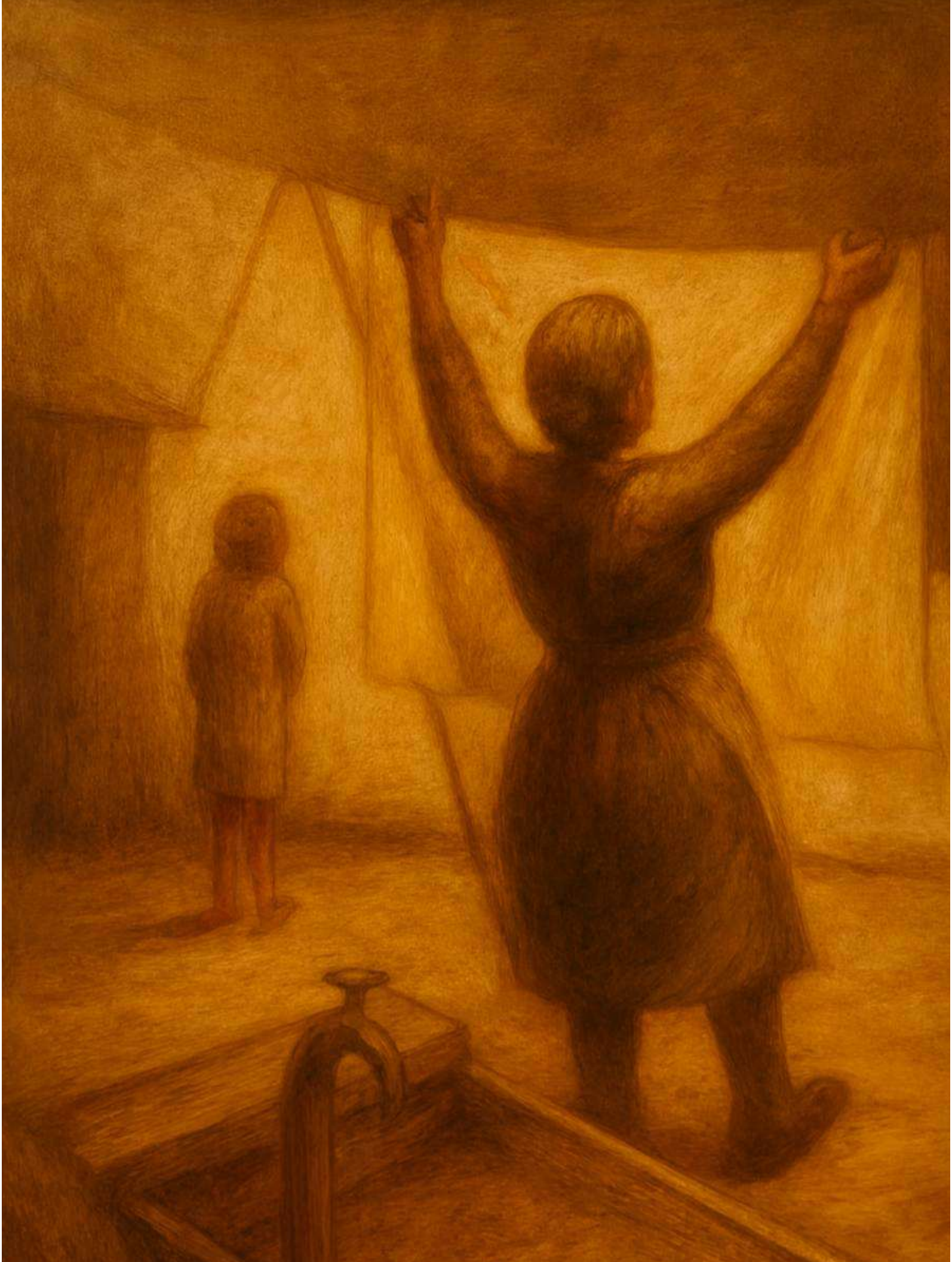
"Nuestro vigor es fuerza de fuegos y raíces...
¡Los árboles nos dieron sus moribundos brío!
Soñamos en las claras y enormes cicatrices
que abrían las soberbias quillas de los navíos".

No aquí el verso fácil y a veces manido de algunos otros poetas que pudieran asemejársele en tendencias. No obstante, su voz es directa. Tampoco el rebuscamiento que malogró más de algún otro talento. Todo en Cruchaga es espontáneo, de una espontaneidad que encuentra lin emocional de fervientes fibras. Aun en su palabra dirigida al amor, se le sorprenderá independiente de toda influencia:

"En mi silencio azul lleno de barcos
sólo tu rostro vive.
En el mar de la tarde el día duerme.
Eres más bella cuando estás más triste.

"Tiembla mi amor como una voz antigua
sobre la calma verde.
El sol cantando como los pastores
te dió su melodía hasta la muerte".

Se advierte hasta aquí cómo la poesía nacional se fortifica con voces de grandeza indiscutible, original y gallarda. Un pulso de vigor sin precedentes señala la constructiva fiebre de innovaciones que animan y superan todos los propósitos. Este anhelo instintivo de dar cuerpo original, dentro del continente a nuestra



Atribución-NoComercial-Compartirigual
4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)